BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

SAID JEDIDI

11-M: Madrid 1425

Edición impresa

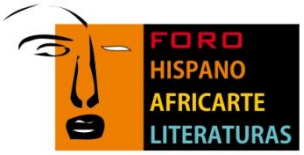
Said Jedid, *11-M: Madrid 1425*. Rabat: autoedición, 2009.

Edición digital

Said Jedidi, *11-M: Madrid 1425* (2012)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Septiembre de 2012

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



A mi esposa Jannat y a mis hijas Inés, Jihane Rime y a todos nuestros hijos que, por haber comprendido erróneamente los preceptos del Islam, pueden ser cualquier día objeto de un deshaucio de la decencia. Y al profesor Boujemaa Al Abkari, mi orilla tras un naufragio voluntario…

En memoria de las víctimas del 11-M y de todas las intolerancias.

Agradecimiento a Arab Gulf Agency for Media and Communication.

«… Lo que importa, no es el mundo que dejaremos a nuestros hijos, sino los niños que dejaremos a este mundo…»
(S.A.R. la Princesa Lala Mariem, marzo 1999)

El Islam es una actitud ante la vida que en su escala de valores tienen plenamente incorporado el ideal de la paz.
(Centro Islámico de la República Argentina)

Que adoren, pues, al Señor de esta Casa [la Ka'ba] y Le agradezcan por haberles proveído el sustento para que pudieran saciar el hambre y haberles dado seguridad.
(Corán, Sura 106)

NOTA DEL AUTOR

Era el 14 de marzo del 2004. Llevaba dos días en Madrid.

Desde el minúsculo balcón de mi habitación Nº 14 del hotel Excelsior en la Gran Vía de Madrid, observaba las entradas y salidas del restaurante VIP, donde tenía cita con Mohamed Chakor, productor y presentador del programa religioso de la segunda cadena de la TVE, «Tiempo de reflexión» y especialista del sufismo y del movimiento musulmán en España en general.

Llevaba dos días en Madrid y la Radio Televisión Marroquí en Rabat reclamaba casi con gritos la cuarta de mis crónicas sobre los atentados terroristas del pasado día 11.

El asunto intrigaba cada vez más a los marroquíes por lo que he decidido que mi nueva nota fuese más adornada y con más elementos informativos.

«Si Mohamed», para los que nos inspirábamos de su dilatado bagaje literario e intelectual, me llamó poco antes para anunciarme una cita con el entonces portavoz de la Federación Musulmana en España, Yusuf Fernández Ordóñez, «absolutamente inevitable en este tipo de investigaciones», a quien debía consultar previamente antes de comenzar mis reportajes.

De repente suena el teléfono de la habitación. Era la recepción, que me pasaba una comunicación.

—¿Sr. Jedidi?, me preguntó-respondió una voz con un claro acento marroquí.

—Dígame.

—Salam Ualikum, me dijo mi interlocutor como si quisiera indicarme que era paisano.

—Ua Alikum Asalam. ¿En qué le puedo servir?

—No… es que un amigo común me dijo que estaba por aquí y…

—¿Me puede recordar su nombre?

—Tutti…Tutti.

—…Tuteamos.

—Sí. Me llamo Abdelkader. Algunos amigos me dijeron lo que estás haciendo aquí. Creo que podemos ser mutuamente complementarios. Te invito a comer. Vivo con mi familia en Lavapiés y me imagino que el barrio forma parte del esquema de tu trabajo.

«¡Santo Dios!», pensé de manera elíptica. Las cosas no podían presentarse mejor. Era exactamente lo que yo estaba buscando durante todo el día para una documentación previa a mis reportajes.

—Mira, Abdelkader, es que…yo no tengo inconveniente, lo que pasa es que no tengo coche. No conozco lo suficiente las redes del metro de Madrid. Llegué hace poco y me paso el santo día

trabajando. Tengo una cita y además, Ángel Acebes* da dentro de un par de horas una rueda de prensa.

—No te preocupes. Ya tienes el número de mi teléfono, cuando tengas un hueco me das un toque…

—Seguro. ¡Oye! Un millón de gracias. Nos vemos. Me quedaré al loro.

Una providencia aun sin digerir.

Por mi mente, yo, que siempre consideré el militantismo radical como un disparate y los militantes como criminales por contumacia, pasaron infinitas preguntas e inquietudes pero sabía pertinentemente que esta vez me hará falta un poco más que un ejercicio intelectual. ¡Lavapiés!... La madre del cordero.

Me equivoqué. Con su extraordinaria energía de creación y de reflexión, Abdelkader, toda una gramática de la reconfiguración de la creencia impuesta, era exactamente lo que yo no podía prever… en su justo valor.

Si. Una providencia.

Me enseñó generosamente todo lo que yo quería saber a cambio de… mi atención: me explicó la lenta pero inevitable deshumanización de la juventud musulmana en Madrid, «donde la luz deslumbrante les borró los colores», las promesas abortadas que les convirtió en más sensibles a las sirenas del extremismo y una, según él, nueva y extraña identidad «cada vez más estructural», forjada, a veces por la ignorancia de la nueva realidad y alimentada por una abstracta curiosidad y una insaciable atracción por las ideologías viriles, otras.

Víctimas de una empresa de exterminación de una identidad y de fidelidades dudosas, la mayoría de los jóvenes que me presentó Abdelkader clamaban su inocencia pero magnificaban la ortodoxia religiosa aparentemente aprendida muy recientemente y con otros acentos. «Nadie trató ni aquí ni en Marruecos de hacer frente a los fundamentos de la ideología extremista que se extiende como una mancha de aceite». El comentario-acusación era de un viejo imam de una improvisada mezquita en Lavapiés, para quien «misteriosos predicadores venidos de qué sé yo, intentan dar a su proyecto una legitimidad ideológico-religiosa».

—¿Y tú? ¿Y la gente? ¿Qué te parece? ¿Qué…?

—No hijo. Yo no puedo. No tengo medios. Yo vivo gracias a la generosidad de algunos compatriotas y de la compasión o tolerancia del huésped español. Ellos sí. Son muchos. Muchísimos. Repitió por lo menos nueve veces lo de «muchísimos» antes de enfatizar, en voz temblada, casi suplicando: «Todos debemos respetar las diferencias sin dejarnos aniquilar por ellas».

—Nos han «museoizado», se quejaba uno.

Cruel desilusión de quien vino en busca de sustento y encontró las semillas del odio y del resentimiento.

* Fue Ministro del Interior del gobierno del PP con J. M. Aznar.

—Aquí encontramos con que saciar nuestro vicio hasta la sobredosis, presumía otro irónicamente. ¿Pensamiento transcultural, mal concebido o simplemente psicosis de romper con el estatuto de antaño?

—Nadie nos ayudó a asimilar las influencias socio-políticas de un país, como Marruecos, en la encrucijada de la controversia regional. El universitario se refería a sus dudas de que un marroquí se atreviera a hacer tan horrible crimen.

—Pero Acebes ha dicho otra cosa

—Déjate de Acebes y del Partido Popular, dijo masticando cada sílaba con una inteligencia aguda y una extrema lucidez, haciendo gala, discretamente, de su militancia socialista.

—Mira Said, te voy a revelar algo que todo el mundo sabe pero nadie quiere creer. La voz grave con un acento exageradamente severo traducía la conciencia crítica de Abdelkader quien denunciaba así, a su manera, a los que pensaban que «aquello ocurre sólo a los demás». Además de ensartar las desconfianzas recíprocas, la ruptura entre el gobierno marroquí y el Partido Popular ha constituido un terreno muy abonado para lo que sucedió y puede volver a suceder aquí o en otra parte, dijo poniendo el acento sobre cada silaba.

—¡Que Dios no quiera! Clamó la voz del imam como si rezara por el fin de tanta decadencia física y moral.

—Os digo y sé lo que digo que la responsabilidad es del gobierno del Sr. Aznar. Se quedó mudo un instante esperando una reacción y enlazó… o, por lo menos, relativamente compartida.

Confidencias demasiado íntimas en las que se confunden sonrisas y lágrimas…. verdades crudas y puras pasiones.

Comenzaba a dudar de que mis interlocutores fueran una minoría… una consciente de los «privilegios» del presente y asustada por las discapacitaciones del pasado.

Con gestos singularmente repetitivos me limitaba a buscar preguntas que no hallaba o no podía plantear. En un instante de distracción, me encontré perdido en la ecuación-paradoja de cómo el que se ha visto obligado a recurrir, como lo calificaba atinadamente Abdelkader a pesar de su poca fascinación por el humor, al «sacrificio supremo» para poder llegar hasta donde está, podía maltratar la providencia... su providencia.

A veces perplejos. Otras agobiados. A menudo los dos, los demás asentaban con su cabeza hacia quien hablaba como si asistieran a una partida de tenis.

No cabía duda: había un atasco ideológico. Cada uno de ellos quería ser apóstol de la ruptura sin tener que estar, como en su país natal, sistemáticamente asociado a adjetivos como «Jouanyia»*.

Tercer día en Madrid. Cuarto reportaje para la radio. Por la tarde otro para la televisión. Aparentemente en Rabat estaban muy contentos. La TVM era la única que daba cuenta puntualmente

* Término que dan los marroquíes metafóricamente a los fundamentalistas.

de lo que sucedía en España con, a menudo, opiniones y criterios de los propios protagonistas-acusados.

A mí, no obstante, todo aquello no me convencía. Cada instante pasado en Madrid me proporcionaba la posibilidad de llegar a algo mejor y, para satisfacer a los oyentes y televidentes, más espectacular o sensacionalista. Era consciente de que estaba en el lugar indicado en el momento indicado.

Durante casi una semana no paré de visitar, hablar, preguntar, descubrir y difundir. Curiosamente todo el mundo era «inocente», una total incultura de los derechos y deberes en el país de acogida y la sensación de que, devorados por la inquietud, muchos se refugiaban, a diversos grados de convicción y rareza, en la retórica del terror aprendida del «otro».

Del 11 hasta el 14 de marzo del 2004, aún fresca la sacudida de la revelación de una pista «islamista», con un ritmo de trabajo de a menudo de 15 a 18 horas, de intensa actividad y una agenda de citas que superaban siempre las veinte diarias, no había indicio alguno de la certeza de un papel directo o indirecto de una presunta implicación «islamista».

En algunos momentos me dejé convencer de una conspiración contra el Islam y sus valores sagrados. «La historia viene desde muy atrás —trataba de influenciar el curso de mi labor Immad Madani, un profesor universitario con aspecto de un francotirador— Entre las prioridades del presidente Bush ha figurado siempre frenar lo que cree un inexorable avance del Islam. La estrategia de lucha contra el Islam y los musulmanes fue de las primeras a las que se consagraron sus equipos de la Casa Blanca y del Consejo de Seguridad Nacional. Con ello contó con la inestimable ayuda e incondicional apoyo de todos los detractores de la religión musulmana, particularmente las asociaciones, organizaciones y organismos de obediencia sionista».

—Frente a esta encarnizada guerra, la OCI y todos los estados musulmanes, unos más que otros... todos continuaron disfrutando de su calidad de «países de interés estratégico» de EE.UU., unos, poco proclives a su interés nacional, aspirante a las benevolencias geopolíticas o financieras estadounidenses, otros… todos en una frenética carrera contrarreloj hacia el liderazgo en la poco democrática guerra contra el misterioso terrorismo islamista o islamizado.

Se quedó mudo un instante, tratando de leer el impacto de sus ideas en mi rostro y remató con la sonrisa de quien conoce un secreto y no quiere divulgarlo.

—Una repentina erección moral e ideológica sin orgasmo recompensable hasta ahora a pesar de una atroz injusticia cometida a ultranza. La autoría, tanto del 11-S como del 11-M —concluyó su sermón— se debe buscar fuera del Islam y los musulmanes.

Buscaba la verdad y no encontraba más que incertidumbre.

—La realidad no se puede cambiar con balas, sino con palabras, profetizaba Abdelkader poco seguro de su evidencia.

Sabía por qué lo dijo:

—Que nos devuelvan nuestra propia historia.

—¿Pero, quién os la arrebató?

—Algo o alguien impedían a estos jóvenes vencer su timidez y hacer prosperar su singularidad saludable.

A todas luces, lo que deseaban era excesivo, pero no exagerado.

También era evidencia inaudita que algunos y no todos rascaban donde creían poder hacer daño.

La indulgencia atravesada por palabras, a menudo mal aprendidas y peor expresadas.

Iniciativas intempestivas. Ninguno de ellos era consciente de que siempre es peligroso decir «tengo razón».

¿Siempre?

Esta vez fue infinitamente más que peligroso y por ello yo estaba allí.

Vi cosas. Mi providencial guía me enseñó otras. Al final, como un elogio supremo o simplemente como un método de compromiso, le prometí «ocuparme» decentemente del asunto «porque en un reportaje de un minuto o dos sería imposible describir fielmente este océano de cálculos imbéciles».

Prometí hacerlo después de una investigación personal y una minuciosa verificación y desglose de la impresionante cantidad de imágenes y sonidos gravados en mi mente y en mis aparatos.

—¿Por qué no escribes un libro?

—Buena idea. A mi regreso a Rabat lo pensaré… porque si lo hago, prefiero ser prudente y tenaz, exigente e imparcial. Tú sabes Abdelkader que aquí se mezclan los míos y los que no me son extranjeros…

—Te refieres a Marruecos y España

—De cierta manera

Con Abdelkader, en Lavapiés o en otros puntos cálidos de Madrid descubrí problemas planteados de manera urgente y cuya solución fue mil veces postergada...

Por razones de Estado o de contextos y coyunturas geopolíticas, todo el mundo estaba convencido de que nunca es oportuno hablar de derechos de los extranjeros.

Los errores de análisis conducen ineluctablemente a graves incoherencias. Para ellos Lavapiés era una especie de «verfügbar»* en el que escucharon mil veces que contaminaban la raza por lo que decidieron refugiarse en una concha de indomables visiones con, a veces, gestos extremos y un cinismo social a toda prueba.

Humor macabro. Pero lo suyo era, a todas luces, una negrura infinita... un combate contra la propia conciencia.

¡Alucinante! Ni querían irse ni querían quedarse.

* Disponible en alemán, adjetivo que designaba, durante la época nazi, a los deportados que estaban afectados a un trabajo no preciso.

Y uno de los resultados era, como me decía Abdelkader, que «esta gente aprendió a rezar cínicamente cada oración, como si fuera, a la vez, la primera y la última».

Era, como lo calificaba atinadamente uno de los hijastros del barrio, su manera de concebir la contracultura.

¡Espantoso!

Gente sincera (el terrorista suele ser ingenuamente sincero) que por abnegación a la realidad o porque nadie hizo nada para buscarles pretextos que les sirvieran a desligarse de su juramento, se pasa el día tratando de plegar a su falsa visión del mundo… a menudo con cinturones explosivos o argumentos todavía más inverosímiles en torno a la indiferencia ante la muerte.

Sin embargo en su Tánger, Tetuán, Larache o cualquier otra ciudad natal, se permitían el lujo de soñar en español. Algunos de ellos elogian ahora una barbarie mediocre.

Para Marruecos se trataba de una irónica función clorofílica: respiraba divisas y desprendía parados y ahora desprende a ambiciosos y absorbe presuntos terroristas.

Desde entonces comencé a acariciar la posibilidad de poner manos a la obra y a… contribuir a canalizar tanta rabia para transformarla en energía creadora.

Volví a Madrid en otras tareas profesionales en la televisión marroquí o en el marco de mis ocupaciones literarias, como conferenciante o para presentar mis novelas. Pero nunca volví a ver a Abdelkader aunque sí me encontré con muchos otros Abdelkaderes.

En Marruecos nadie podía prever aún la globalización de la fe… perversa.

Tuve que esperar y esperando acaricié, más de una vez la extraña duda de que alguien me había manipulado para escribir este libro. ¿Por qué no escribes un libro? Me lo preguntó Abdelkader. Nunca volvió a contactarme para averiguar el estado de su «sugerencia». En cambio yo, una vez terminado el *11-M: Madrid 1425* sí; me pregunté más de una vez quién era realmente Abdelkader por qué me «sugirió» escribir este libro y finalmente, por qué acepté.

No importa. La curiosidad puede matar al gato, pero nunca a un escritor.

Hoy tengo tiempo, ganas y, sobre todo, voluntad de contar, a mi manera, lo que creo que fue- es una mezcla de futurismo, situacionismo y terrorismo... hasta ahora, afortunadamente en ciernes aunque ya ha causado y puede causar muchos estragos.

CAPÍTULO PRIMERO

DISPENSA DE EDAD

I

Siglos después, con desprecio y gesticulaciones estériles, Muy Malika* juraba que en todas nuestras concepciones hay infinitas zonas de oscuridad. «Nunca se debe confiar en la vida», repetía tímida o temeraria, según su humor o el de otros. En su desesperada búsqueda de un instante de gracia sólo encontró compasión. Era consciente, aunque nunca lo confesaba: lo suyo no era vida conyugal sino locura doméstica.

Una deflagración sentimental. Comunión y cinismo.

Desde hacía mucho tiempo perdió la noción del sentido moral pero aprendió con una incurable curiosidad sociológica la exigencia de la eficacia.

Ahora vive tratando inútilmente de encontrarle a su hijo la sombra de un pretexto.

«Fuerte como el sol de mediodía...», solía recitar sin terminar nunca el verso o la idea y sin que nadie supiera lo que insinuaba con aquel verso.

Nadie jamás supo lo que significaba la frase, ni por qué la repetía con tanta frecuencia.

Las buenas o malas palabras le sirven de poco y a los que derraman lagrimas introductivas les contesta que su corazón, como el de Ibn Arabi* «es capaz de todas las formas: el claustro del monje, el templo de los filósofos, el pasto de las gacelas, la K'aaba del peregrino, las tablas de la Torah, el Corán… amor es su credo. Doquiera que dirija sus pasos, el amor seguirá siendo su credo y su fe».

Heredera de un humor cruel, la vida le dio todo pero al final le enseñó a no tener nada y a… sufrir. «Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea Su Santo Nombre».

—No digas esto, mujer, que es cristiano, le dijo su homóloga en la mendicidad, Aicha.

—¿Y qué?

—Pues… nada. Era un consejo. Ya sabes cuánto te quiero.

—Es que...

—Ya lo sé. Que yo soy mendiga. Que lo he sido toda mi vida. Que nací pobre. Y que moriré mendiga.

—No digas esto, Aicha, le suplicó Muy Malika con los ojos húmedos. La verdad es que nadie es rico. Nunca se debería confiar en la vida.

Reflexión biótica.

---

* Madre Malika, en árabe: apodo con que en Marruecos se indica cariñosamente a las ancianas
* Filósofo sufí (místico) andalusí

Por su mente pasaron de repente lustros de violencia psicológica frontal que debía, no solamente tolerar, sino acatar. Recordó la intimidad doméstica en su Tetuán natal. Levantó los ojos hacia el cielo y preguntó a su hermana en la desventura: «¿Conoces a Hallay*?».

—¿A quién?

—A Hallay.

—¿Y quién es este?

—Un persa. Lo que hoy llamamos iraní.

—Pues… la verdad es que no sé.

—A ti solo te interesan las limosnas.

—… Y me basta, se precipitó a responder Aicha como para decirle a su amiga que era una broma de un gusto dudoso.

—Escucha esto: «He reflexionado sobre las distintas confesiones haciendo un esfuerzo por comprenderlas a todas y las considero como un Principio Único con numerosas ramificaciones».

—¿Pero, dónde coño aprendiste todo esto?

—Yo... amiga, he sido muchas cosas. Y sólo en los libros revelados descubrí que todos somos hermanos, nos parecemos mucho, que no entiendo por qué tanto odio, tanto rencor, tanta codicia… tanta cultura de intolerancia y… ¡Despiértate, mujer!

Aicha dormía profundamente…con su habitual mueca de fugitiva como el fuego en la noche, apoyándose, como lo solía hacer, en su mejilla izquierda.

Sonreía burlona como si repitiese en su profundo sueño, por enésima vez su «llevo loca desde hace diez años. Antes fingía ser normal».

«Otra tentativa inacabada», pensó Muy Malika antes de rematar, es «su encanto discreto. Nunca se interesa por nada».

Muy Malika llevaba días sin hablar. De hecho pasaba semanas sin decir esta boca es mía. Su ex rango social era de notoriedad pública «lo que le da ahora más visibilidad», comentaban los muy pocos que la conocían.

Desde que cohabitaba en la puerta de aquella mezquita con otras desheredadas perdió su sentido táctico. Necesitaba una metamorfosis social. «O sea un milagro», comentaba en voz baja, pero acentuando las expresiones de su rostro, eternamente móvil. Sabía pertinentemente que para sobrevivir era necesario aprender a olvidar las barreras disciplinarias. Por ello, ni revuelta ni resignada afirmaba a menudo con una voz temblada: «No quise tomar parte en una violación colectiva de la verdad».

—Se refiere a las acusaciones contra su hijo, murmuraban sus amigas.

Cuenta una de sus compañeras que un día se le ocurrió robarle su rosario que su difunto padre «le había traído de La Meca»

* Sufí andalusí (Murcia 1165-Damasco 1240) citado por M. Chakor en *su Sufismo: Cultura de tolerancia*.

Al día siguiente lo volvió a tener, contó la «ladrona» a sus amigas, medio espantada, medio hechizada.

—¿Cómo fue?

—No lo sé. Lo cierto es que el rosario que le robé y que ella volvía a lucir entre sus dedos, lo tenía yo escondido. Pero ella no pronunció una sola palabra. Sólo se ha limitado a disparar sonrisas que… que... yo qué sé…

—A lo mejor es otro parecido o…

—No. ¡Ni hablar! El mismo. Mira…

Y se lo enseñó envuelto en un sucio pañuelo de seda.

—¿Y el pañuelo?

—Bueno….

Sin estar presente, Muy Malika conocía en sus más mínimos detalles las conversaciones entre sus amigas.

—Todo un éxito de curiosidad, solía comentar con una extraña mueca.

Cuentan que su ahora aparente austeridad, reflejaba la biopsia de un momento de la vida de su hijo que sin darse cuenta, ella que lo cuidaba como su ojo, se convirtió en un adolescente-bomba*. Pero con una dialéctica grosera, ella lo negaba afirmando a menudo, sin dar más detalles, que «se lo llevó la oscuridad invernal».

Contaba sin apuros ni desamparos que su hijo Yussef era objeto de un hostigamiento social. «Se refugió en las drogas hasta que un día…».

Nunca terminaba la frase…soñaba por la noche y sufría por la mañana.

« Hasta que un día...».

Todo el mundo conocía la historia de su hijo Yussef… Todo el mundo, menos ella, o al menos así lo fingía. Pasaba su vida tratando de disimular su sentimiento culpable y de interpretar su ineptitud pseudo intelectual.

—Yussef era un santo repetía mil veces cuando hacía falta.

—... Que se convirtió en una bomba ambulante, la respondían siempre en voz baja.

A pesar del martirio de su paladar debido a largos e interminables años de consumo de pan y té en todas y cada una de las comidas del día, a Muy Malika el gusto de aquél Kuskus* le recordaba extrañamente algo triste.

De repente se puso a llorar.

—¿Pero qué te pasa Muy Malika? preguntó su amiga desarzonada.

—El maldito Kuskus.

—Si es riquísimo, mujer. Come y déjate de tonterías.

---

* Hombre suicida (kamikaze).

* Comida típica marroquí que se sirve a menudo de limosna.

No lo puedo evitar. Nunca podré soportar. Me acuerdo como si fuera hoy… ahora mismo. Era un Kuskus como éste…

—¡Otra vez! exclamó Aïcha con una mueca burlona.

—Mi pobre Yussef. Se fue sin saber por qué ni cómo. O mejor dicho, corrigió precipitadamente, se lo llevaron.

—Tu pobre Yussef era un terrorista, enfatizó Aïcha de manera innata pero sin quitar su mirada del augusto Kuskus.

—¿Pero qué dices, desgraciada?

—Digo y repito que con él murieron o mejor dicho mató a doscientos inocentes y causó más de mil doscientos heridos.

—… y él.

—Pero él fue el autor. Él lo quiso. Lo provocó, el cabrón.

Con la mirada perdida en busca de la caridad de los que entraban o salían del santuario, Muy Malika tomaba una postura disuasiva.

Lo había proclamado muchas veces: las circunstancias lo hicieron todo y la plasticidad social y religiosa se encargaron del resto.

—Fue mi culpa. Sí... mi culpa. Yo era y sigo siendo la única culpable y asumo plena y debidamente mi error.

—Tu negligencia, querrás decir.

—Lo que quieras. Lo mío fue, como se dice, peor que un crimen… un error.

Desde la siniestra obra de su hijo y la posterior desaparición de su marido, quien, incapaz de soportar las consecuencias sociales de la «travesura» del hijo optó por «irse», Muy Malika se acostumbró más a choques que a la connivencia. Buscaba, sin conseguirlo, una moralidad imposible. La gente la llamaba «la madre del terrorista», a lo que ella respondía con un vulgar «tu madre» aunque, en el fondo, como afirmaba su amiga Aicha, comenzaba a concebir, como su hijo, el poder como una relación.

Meditaba constantemente sobre todos los mitos venerados en esta sociedad.

—Él era terrorista, tú qué tienes que ver. ¿Por qué vas a pagar por él?

—Porque soy su madre... la madre del terrorista… pero muy buena madre y hasta donde quiera que llegue.

Era su forma de desencanto y de desilusión. Pero nunca lo admitió y no parecía dispuesta a admitirlo nunca. Era una madurez de juicio y emoción.

II

Tanto la acusaron que la convirtieron en huérfana de una servidumbre voluntaria…

En su océano de disgusto y de dialéctica grosera, Muy Malika no ignoraba que su tenacidad era más excusable que lo que otros calificaban de crimen de su hijo. Sin embargo, habiendo descubierto prematuramente, como las demás mujeres de su generación, la extrema proximidad entre sumisión y libertad, seguía exigiendo argumentos.

—Sabes Aicha, aunque parezca un efecto perverso, te juro que yo nunca dudé de lo que era realmente mi hijo...

—¿Pero, qué culpa tienes tú?

—¡Será tonta esta mujer! Si no estoy hablando de culpas.

—Te atormentas por nada.

—A lo mejor, cortó consciente de su modesta ecuación personal pero segura del valor añadido de lo que iba a revelar. Quería decir que yo juraría que la metamorfosis de mi hijo ocurrió en otros cielos y no aquí en Tetuán.

—Sí, asintió con la cabeza su amiga poco convencida pero sin ganas de escuchar más explicaciones.

—Mira, Aïcha: yo siempre he sido una madre virtuosa. Los que me conocían sabían que nunca fue de hábitos ligeros y menos aún de palabras improvisadas, en este caso, acusaciones ligeras.

—Ya lo sé mujer.

—Justamente no lo sabes. De hecho nadie lo sabe. Por determinadas razones se elaboran estrategias en función de intereses. Intoxicada por la psicología del rumor, la gente especula y…

—Y…

—Y los que saben en este país, no tienen cojones de pronunciarse como Dios manda.

Se quedó muda un instante y volvió a romper su mutismo impávido. Su mirada lánguida traicionaba sus gigantescos esfuerzos en interpretar a su gusto la prefiguración de su drama.

—Una vez Yussef me reveló su intención de olvidar el mundo y su codicia y de dirigirse hacia el Creador.

—Hacia Dios.

—Única y exclusivamente hacia Él, porque me había confesado que necesitaba un padre... otro padre.

—¿Otro padre, y el suyo?

—Me di cuenta de que el chico no necesitaba ni consejos ni orientaciones. Su decisión estaba tomada y bien tomada. Era algo así como la génesis atormentada de su destino.

—Y el vuestro y el de muchos inocentes que murieron sin saber por qué.

—¡Y dale con inocentes! Pues sí, en efecto y el nuestro o más exactamente el mío. O sea de todos o por lo menos de muchos.

Homenaje póstumo a quien todo el mundo ha condenado. Pero Muy Malika creía firmemente que debía, cueste lo que cueste, asumir su actitud más o menos confesable. Nunca «perdía» el tiempo tratando de identificar la verdad o la mentira, el bien o el mal. Forjada desde el comienzo de su drama, su imaginación frenética se apagaba poco a poco. Edulcorada primero, su esperanza le fue traicionando. Horas… días… meses… años de desesperada e infructuosa búsqueda de una palabra de compasión.... de un gesto de solidaridad... de un «tiene razón», aunque de complacencia.

Nada... nunca.

Sabía que la expresión de sus ideas comenzaba a cansar y a aburrir a sus interlocutores. Sus aullidos de antaño se fueron apagando para convertirse en simples quejidos. Su increíble discernimiento la conduce hasta la realidad desnuda, de donde su destreza ventiladora, mezcla de telepatía y de fatalidad. Soltaba cualquier carcajada cuando le decían que tenía una edad canónica.

—Si esto no es musulmán, soltaba secando las lágrimas de la risa.

—Se refiere a tu edad avanzada y seguramente a tu clarividencia.

—Clarividencia… clarividencia... clarividencia cuántas tonterías se cometen en tu nombre.

—Para ella el curso de los acontecimientos se convirtió en simple consecuencia. Le daba igual hoy como ayer o mañana. Éste o aquél. Bueno o malo.

—El futuro es pura hechicería, solía predicar sin mucha convicción.

—Yussef… su Yussef y nadie más. Yussef que nunca creció… que nunca debía crecer… que nunca fue adulto… que «mi pequeño era inocente porque no tenía la edad de la razón». Yussef en los mil y un relato de Muy Malika, alegre, deportista y eternamente alternando una camiseta del Mogreb Atlético de Tetuán* y la del Real Madrid. Yussef que nunca olió a pólvora y cuya sonrisa-sedante contagiaba a propios y extraños.

—Alucinación deliberada de quien defendía, a capa y a espada, una causa perdida. Lo sabía pero «no puedo hacer otra cosa».

—Ahora sonríe, cuando una temblada tarde del irrespetuoso otoño tetuaní le sorprendió recitando un poema que nunca olvidó:

Me alejaron de ti, amor
Recordándome la patria
Como si fuera mía,
Yo que, entre una tía y tía
Siempre preferí otra tía

* Equipo de primera división en la Liga marroquí.

Era la primera vez en que recordaba su origen ceutí y añoraba su infancia dilapidada entre Calle Príncipe* y Jamaa Al Mezuak. Pero no se acordaba o no quería acordarse de la primera vez en que vio a quien, años después, se convirtió en su otra mitad y responsable de su actual marasmo.

Tampoco recordaba cuándo, por una extraña fantasía del destino, renunció a la seducción y al placer.

A su «la gente me decía a menudo que era bella», le contestaban burlonas, como un blasfemo, «aún te quedan los rasgos». Lo que la sumergía durante horas en interminables penitencias.

Calor y quemaduras.

Muy Malika que decía y repetía que nació con la premonición de lo que conoció y dejó profundas huellas de su frialdad, no se cansaba de recordar cínica y desencantada que era esposa «soy madre y lo reivindico».

Rechazaba con fuerza y a veces con asco lo que llamaba con desprecio «virginidad de fachada» como si condenara aquella sociedad hedonista que «se niega a admitir la ideología de quien perdió toda esperanza». Se refería a la metamorfosis de su hijo. Era, a la vez, víctima y culpable de su sueño inacabado y de su castigo por despertarse prematuramente.

Aunque no lo aparentaba con su continuo ascetismo, casi santidad que la transfiguraba, y una lógica arrogante prestada a su secreto sortilegio durante su existencia en Calle Príncipe, Muy Malika no paraba de maldecir la memoria que «selecciona los recuerdos».

Un cóctel apocalíptico: desenfrenada carrera hacia el abismo, sensibilidad que roza lo imposible y un humor chirriante que pone los pelos en punta.

Compartía voluntaria la emoción y perdida entre el sentimiento de su convicción y la conciencia de su ignorancia o por lo menos de la insuficiencia de los conocimientos, trataba de invitar a todo el mundo a amar al prójimo «como protector y no como amo y señor».

En su feroz deseo de blanquear a su hijo, no vacilaba en blasfemar.

—Dios debe saber la verdad.

—Dios sabe la verdad.

—Lo espero.

«Saltó a la vida sin paracaídas», volvía a enlazar, respondiendo a quien no se sentía las suficientes ganas de contar la larga y complicada historia de Yussef. «O lo empujaron», se precipitaba a puntualizar, tratando de engañar su incapacidad de explicar la trashumancia de su hijo, de su idas a otras y de conciencia a otra.

«Ecos de los momentos olvidados». Muy Malika confesaba aburrirse cada vez más. «De hecho me aburré para siempre». Se sentía infinitamente sola. De sus compañeras de circunstancia o de infortunio, que para ella cesaron de ser seres humanos para convertirse en simples individuos, sólo le interesaba sus oídos receptivos para... quejarse de «unos que no me comprenden, otros, más

* Barrio de mayoría musulmana de Ceuta.

crueles, me ignoran». Era consciente y no le importaba que, a medida que la gente descubría quién era, le retiraba su compasión. Se acostumbró a lo que llamaba entre dos sonrisas, aferrándose a sus certezas, «la trampa de una vida» que no le correspondía. Por ello, enligada en su nuevo, «medio social» sabía que prestaba argumentos a quien no los tenía y fingiendo vivir no ignoraba que sólo existía... a menudo de manera satírica, permitiendo que las pasiones de otros la devoraran poco a poco pero irresistiblemente.

Exhumando recuerdos de infancia vencía las vicisitudes del presente.

Buscaba lo improbable y se preguntaba por qué en F'nideq la lluvia era siempre fría intermitente y absurda. Comenzaba a creer que «vivir no es viable»[*]. Desde su improvisado refugio en la esquina de aquella mezquita se limitaba a comprobar la distancia entre lo inmediato y lo inaccesible.

No le importaba aquella miseria insondable ni aquella ruina moral. El impacto marchitado de algunas miradas y la emoción desnuda de algunos «simpatizantes» de la causa de su hijo la convencían de que, pese a no creer ni en la cortesía ni en la amistad, no era imposible convertirse un día en un símbolo proverbial de la solidaridad crepuscular. Muy Malika no respondía nunca a las preguntas. Las volvía a plantear o a formularlas porque creía que responder es juzgar y ella, como Joseph Joubert[*] entendía que «cualquiera que apague en el hombre un sentimiento de afabilidad lo mata parcialmente».Tenía sus propias leyes y las transgredía continuamente... probablemente porque «cuando se encuentra lo que se busca no se puede tener tiempo de decirlo. Se debe morir». Para ella la vida era eso: despecho, dolor y rupturas. Su existencia-pesadilla le inculcó la cultura del desprecio y del nihilismo. Sin tarjeta de identidad... sin identidad, Muy Malika gustaba decir «soy de ninguna parte». Nadie se lo había preguntado.

[*] Referencia de Cédric Demangeot en su «Vers rongeurs» a su amigo Guy Viarre.
[*] Escritor francés (1754-1824).

III

Era la primera vez, desde que perdió a su hijo y poco después a su marido, que se imaginaba a los dos, juntos, sonriendo y derrochando ternura y aprecio recíprocos.

Mientras que otros vivían, Muy Malika soñaba. No sabía por qué se imaginó tan inverosímil escena. Era consciente de que kilómetros de deseos jamás justificarían la cruda aunque luminosa realidad del hijo y su siniestra acción. Era demasiado pedirle a su pobre pero cruel marido perdón, como si nada hubiera ocurrido.

Ahora veía con más claridad la rigidez y la hipocresía sociales «principal causa de que mi Yussef aceptara voluntario la tiranía», repetía deslumbrante durante sus frecuentes crisis de locura, añadiendo que «vaciló tanto que su indecisión se convirtió en regla». Y en sus momentos de lucidez repetía sin saber exactamente lo que significaba que «la culpa la tienen la usurpación de la identidad, el olvido, la injusticia, el abandono y la pérdida de referencias sociales».

—Muy Malika es cada vez más atrevida.

—¿Atrevida? ¿Pero qué coño tiene que perder?

—Tienes razón. Lo perdió todo.

—La policía sabe que no tiene nada que hacer con una mendiga. Ningún terrorista fue mendigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que nunca admitirá que su hijo se haya equivocado.

Sin haberlo proclamado, mil instantes testimonian que, en un alarde de recogimiento antológico, Muy Malika admiraba más a su hijo que nunca. No se cansaba de buscarle pretextos. No cesaba de encontrar argumentos a su acción pero siempre le faltaba el verbo y la expresión. «Yo soy de donde no se habla de clases sociales, sino de exclusión de injusticia y de utopía de la razón».

Ideas y pasiones. Ahora se acuerda de la precoz y galopante calvicie de su hijo, de su barba negra de sus largas plegarias, de sus interminables oraciones del Fajr* y de su cada vez más sereno y enigmático mutismo y lamenta con más dolor los últimos días de la vida religiosa de su hijo, «gobernada exclusivamente por la sin razón».

Ahora admite su involuntaria complicidad en aquél triunfo de «ellos dicen» sobre «nosotros creemos».

Desde hacía tiempo entendía sin proclamarlo que el silencio y la discreción dan una elasticidad saludable a la idea religiosa. Pero presagiaba que lo de su hijo y su especie era y seguirá siendo de una frescura amotinada.

* Oración del alba, primera de las cinco del día en la religión musulmana.

Paradigmas contrapuestas de una mujer que, desde hace mucho tiempo, dejó de interesarse por la vida... ni siquiera la suya. Como todo lo vulgar, la muerte para ella era y sigue siendo barata.

A nadie le hubiese sorprendido que pusiera en tela de juicio el matrimonio, sus valores y lo que representa. Sin embargo Muy Malika respiraba, desde hacía años, la indiferencia hacia todo y el desprecio hacia todos.

«Era una felicidad peligrosa», afirmaba con una enigmática sonrisa cuando estaba contenta. Su amiga Aïcha contaba a todo el mundo que nunca se acostumbró a nada ni consiguió nada. Parece que para ella, «todo tiempo pasado fue mejor». Los sobresaltos en su idiosincrasia adquirieron una notoriedad pública. Algunas veces elogiaba en voz alta, hasta el culto a los que llamaba «los últimos justos», en alusión a los radicales y otras, maldecía también en voz alta y hasta en prosa a Usama Ben Laden y a la Benladenomanía.

—Está loca perdida.

—No lo creo. Esta mujer conoce exactamente la distancia que le separa de lo absoluto. Es, eso sí, atrevida.

—Créeme. No hay nada de esto. Muy Malika vive, desde lo de su hijo, con una memoria de crisis.

—Pues… ¿qué te voy a decir?

—Exageras.

—No. ¡Ni hablar! Sigo creyendo que esta mujer muestra una asombrosa maestría cuando habla de religión.

—¿Pero cuándo habló de religión? Si además de loca es ignorante y siempre lo fue.

La otra vez la escuché decir: el terrorismo es la prolongación natural del militantismo… alienado, extremista, fanático...

—Esto no es religión. Yo me limito a darle limosna y punto.

Nadie hablaba, nadie quería hablar del dolor de la separación ni de la esperanza irracional. Todos pensaban en nombre de todos. Ninguno vislumbraba la disparidad en tan diminuto espacio. Nadie podía dudar de que allí existiera tan cruel misterio.

Pero impermeable a los criterios de su crucigrama social, Muy Malika parece haber jurado no desvelar nunca su pena ni su desventura. Se limitaba a disparar ráfagas de sonrisas. Sabía que sus argumentos ni convencían ni podían convencer. Sabía que la sangre de los inocentes nunca se secará en la memoria de los mortales o, por lo menos, en la de los que no la derraman pero ignoraba el precio de su persistencia al desatino y a su amor deslumbrante de madre.

Dudaba... dudaba... dudaba. Por más que lo intentaba no lograba disipar todas las verosimilitudes. Inconscientemente se agarraba para no abandonar sus certezas. Ignoraba todo con soberbia y lejos de estar incomodada por su ultranza confundía deliberada y agradablemente entre lo que prefiere y lo que cree obligada a defender. No le importaba que sus escasas virtudes se perdiesen en sus incontables defectos.

Muy Malika escuchaba como quien oye llover. Infinitas veces soñó despierta interpretar el papel que jugó su hijo en la realidad en Atocha. ¡Ni hablar! Algo la arrastraba a lo que ella llamaba «mi destino escrito».

—A veces comienzo a pensar que lo que creo firmemente sólo es parcialmente verdad.

—Ni siquiera parcialmente.

—¿Tú crees?

—Escúchame, Muy Malika. Yo sé que soy una doña nadie, pero te digo y te lo repito nadie perdona ni puede perdonar a quien mata a sangre fría. Además…

—Mi Yussef lo hizo por convicción religiosa, cortó, sin ninguna garantía de éxito de convencer, como quien buscaba compasión, expresando una locura.

—... Que Dios nos proteja. El Islam es inocente de tu hijo y de los de su calaña.

—¡Hija de puta!

—Prefiero mil veces ser hija de puta que terrorista, como tu hijo.

Muy Malika se acuerda como si fuera hace un instante. La declinación... su ocaso se produjo un día del 2003. Cuatro años después se acuerda aún, soñadora, que era la época en que comenzaba a constatar, sin lograr creerlo, ensamblarse los pedacitos de lo que iba a ser después su rompecabezas.

Desde entonces no sabía quién la obligaba a poner el cerrojo a la realidad de las cosas, a razonar sin ninguna visibilidad y a rechazar sistemáticamente toda reconciliación con la verdad y la lógica.

Mil veces estaba a dos dedos de convencerse de la necesidad de hacer, en sentido inverso, el camino de cuatro años antes.

—¡Tampoco!

—Obsérvala bien, esta mujer sólo se fija en los niños.

—Ella sabe por qué.

—Seguramente tiene una experiencia singular.

—¿Y quién no la tiene?

—Me refería a…

—... a su forma de actuar.

—Se creerá una aristócrata.

—En efecto, mendiga aristocráticamente.

Sin buscarlo e incluso haciendo su posible para remediarlo, Muy Malika no dejaba a nadie indiferente. Profundamente humana a veces, increíblemente agresiva, otras, la mujer tenía su propio léxico. «Es que en Marruecos los niños son maltratables».

Cuando hablaba de los hijos repetía con los ojos medio cerrados: «los bebés son personas». Al azar de la vida cotidiana, preconizaba, flotando entre la ignorancia de la causa y un lapsus menos flagrante, un futuro mejor mestizado.

Itinerario de una complejidad psicológica indescifrable en la que se acepta implícitamente la culpabilidad y se rechaza tajantemente la confesión.

No cabía la menor duda de que, lo de Muy Malika eran coletazos. La mujer perdió desde hacía tiempo el deseo visceral de vivir y por nada del mundo revelaría el secreto que sepultó en algún rincón de su casa de Jamaa El Mezouak. Lo que le quedaba por vivir no era más que un paréntesis surrealista. Por ello ahora comprende cosas, que de haberlas comprendido en su debido tiempo habría podido contribuir a moldear otro destino para su hijo y para… muchas de sus víctimas. Se cansó de dar estocadas en la realidad.

«No soy hijo prodigio, pero creo firme e irracionalmente en el destino... mi destino». ¿Destino, qué destino? Nadie se preguntó sobre lo que Yussef reivindicaba con voluptuosidad y es que en el F'nideq, a dos dedos de la indecencia, entre las diferentes marcas de chocolate, el queso de bola y mil y una marca de arroz de dudosa procedencia, la gente tenía, aparentemente, otras preocupaciones. Nadie tenía tiempo ni ganas de constatar las trasformaciones y las conductas sospechosas. Todo tenía un precio y no importaba la nacionalidad de la moneda.

«Creo firme e irracionalmente en el destino... mi destino».

Pero... ¿qué quería decir con esta frase? De hecho: ¿Por qué le preocupa ahora y nunca antes?

Ahora reprocha, sin argumentos, a quien no haya dudado de esta conducta, ligeramente marchitada por haber sido absolutamente natural. Para ella, era desconcertante porque «allí comenzó la devoción descarriada y nadie comprendió o no quiso comprender que el chico necesitaba acuciantemente un guía e incluso un bastón».

Otros se encargaron del entonces aún devoto... en ciernes…

Tanto retraso... tanta pesadez. Exageradamente orgullosa de su hijo no podía atravesar su opaca transformación y sólo años después descubrió, con una predilección burlona, que nunca repetiría lo suficiente que no era aprendiz hechicero. Es verdad que «de repente, se puso a detestar los colores diáfanos y las flores artificiales. ¿Y qué? Era normal ¿No?». Sí. Y... la gente y los usos y costumbres... y la moderación… y los valores y principios de los piadosos... y la vía trazada por los sunitas* a la sombra del… intruso salafismo-yihadista.

Argumentos detrás de los cuales se ocultan algunos para ilegitimizar la condena del crimen y del horror. La ideología integrista no escatima esfuerzo ni escrúpulo alguno para tildar a los diferentes de infidelidad.

* Perteneciente a Sunna, conducta del Profeta Sidna Mohamed.

IV

Nunca había escuchado hablar ni de los tres besos de Napoleón a Josefina*, ni de los tres tés saharauis*, sin embargo adoraba contarlos. Lo hacía con entusiasmo y un regocijo infantil. «... Dulce como la muerte...», lo solía repetir más de una vez, a menudo con un tono decreciente debido a su prematura decrepitud y a la ausencia de todo signo de impacto o de crédito observados en los rostros de los que la escuchaban.

Muy Malika no se cansaba de las humillaciones gratuitas. Era su manera de alimentar la inercia y de tratar infructuosamente de encontrar argumentos donde no los podía hallar. Difícil cláusula de conciencia en un océano de esquizofrenia para quien, según propios y extraños, nunca tuvo ni necesitó conciencia.

Muchos se preguntaban dónde aprendió tanto.

—Excesivo para una curandera.

—Yo diría incluso enigmático para una mendiga.

—Yo no sé si esta mujer es curandera, pero lo cierto es que su clarividencia no deja indiferente a nadie.

—Es curandera y su historia es conocida.

—Querrás decir su tragedia. Sí. Todos la conocemos. Su historia no tanto.

A medio camino entre sus barrios, natal en Sebta y de adopción en Tetuán, Muy Malika vivía en F'nideq lo que calificaba con su habitual y decapante humor, de abstinencia.

Contrariamente a otros, presumía de ser ignorante y rechazaba los honores y los privilegios.

—No es ignorante.

—Ah, eso no. ¡Ni hablar! Lo finge pero mal… muy mal.

—A lo mejor fue ella quien inculcó tanto horror a nuestros hijos.

—No. Tampoco.

—Pero, ¿de dónde trajo esta mujer tanto tacto y tanta sutileza?

A veces... en lapsos de tiempo, entre dos contorsiones de hombros, después de una leve y apagada sonrisa, casi alucinando y con mil y un rodeos admite «que es difícil comprender las fuerzas del destino». Pero volvía inmediatamente con diferentes muecas y con voz agrietada a masticar su ya folklórico «ni mitos ni leyendas, sólo apostatas» lo que desataba las lenguas.... pero como de costumbre, en voz baja... casi decomisando el pretexto.

---

* Mensaje de Napoleón (1769-1821) a Josefina: «Te envío tres besos: uno a tu corazón, otro a tu boca y otro a tus ojos».

* Los tres legendarios tés saharauis: el primero, amargo como la vida; el segundo, dulce como el amor; y el tercero suave como la muerte.

Sabía pero nunca se cansaba de repetir que es imposible apagar la condena de unos ni saciar las impaciencias de otros. «A nadie le interesa exorcizar las mil formas del mal». La culpa la tiene siempre el otro.

Desesperado esfuerzo para desembalsar, según su versión de los hechos, la devastación física y psíquica sufrida por muchos inocentes «y los perjuicios morales y materiales propios sin posible reparación».

Lindaba juiciosamente con sueño y realidad pero siempre encontraba el tono justo o disfrazado. Una irreverencia hacia la lógica y la razón.

¿Delito de opinión o libertad de expresión? «Te lo digo yo: este país es una mierda».

Su tono atento y el derecho de reserva, con cada vez más desenvoltura y perspicacia, indicaban que ahora comenzaba a tener la impresión de que su vida no tiene un precio porque, entre muchas otras paradojas, «las justicias, en plural, nunca reconocerán mi inocencia».

Desde su rincón en la pequeña habitación, con un vago resabio de orina y de sudor, Muy Malika reflexionaba sobre la arrogancia de las instituciones del país, cuyo corporativismo anecdótico ha hecho accesible todo lenguaje extremista, fracturando una sociedad herida mortalmente por las carencias morales y el desarraigo frágil y permeable. Sin que lo dijeran los sondeos, afirmaba y reafirmaba que el dinero es sinónimo de seguridad, de placer, de felicidad, de éxito y hasta de libertad. «Si no, que me lo pregunten a mí, que he conocido las dos caras de la moneda».

—¿Conoces a la mujer del velo rojo?

—Pues... no.

—Es toda una historia.

—¿Y qué está haciendo en la puerta de esta mezquita?

—Pues dice que tiene un poder extra-natural para curar

—... Y

—Su ex marido, un conocido «narco» es actualmente uno de los más ricos de la Costa del Sol.

—¿Es español?

—Sí, pero también marroquí. Él es de todo... de todo, menos...

Todas las narraciones tenían lagunas. Terminaban cuando apenas comenzaban y ninguna relataba fehacientemente lo que realmente había ocurrido. Todo el mundo tenía un nudo en la garganta pero quedaba siempre en el aire la sensación de que, donde estaba antes Muy Malika no era precisamente un lugar de inhumanidad. El tiempo y las circunstancias lo transformaron en un retrovisor en el que sólo se contempla lo de atrás que parece menos grosero y más cierto que el que vendrá.

Se hablaba trascendiendo del tiempo y del espacio. Se barajaban hipótesis a través de ficciones. Se confundían heces y espumas y se desplegaba mecánica y expresamente la misión de distraer sin ir hasta preguntarse si es realmente justo morir por una idea o un ideal.

En F'nideq, a pesar de su humilde condición y su abstracta imagen social, Muy Malika no dejaba indiferente a nadie pero nadie necesitaba al Dr. Freud. Gritos distintos pero no muy distantes. Gritos como metáforas, como un desafío... como una derrota.... como un rugido… como balas.

«Los hombres son, necesariamente locos, que sería una locura no enloquecerse», afirmaba.

Como solía decir Muy Malika en sus raros momentos de humor «en F'nideq todos somos millonarios frustrados o desperdiciados».

—Pero si tú no eres de aquí.

—Nadie es de aquí. Todos han venido. Se viene siempre. Se viene y se va cuando, rozando la fortuna fácil, no se obtiene nada*.

Expresiones inauditas. Ideas peregrinas. Un ejercicio voluntario pero legítimo con perfume de alucinación.

—A veces no la comprendemos.

—Es que... es como si mandara mensajes en botellas arrojadas al mar.

¿Ultrajante o revelador?

Como siempre nadie responderá. En F'nideq muy pocos respondían o tenían derecho (o osadía) de responder. La aritmética impetuosa y extravagante: el origen de las fortunas del más del 99% de los acomodados de la localidad, es inexplicable y deliberadamente desconocido.

—Antes se llamaba Castillejos.

—Pero dicen que era diferente.

Entre montañas de productos de contrabando, las barbas enmarañadas, «dichdachas»* de todo color y conversaciones codificadas y en voz alta, los aparentemente militantes de la fe, parecían a mil leguas de la luz predicada.

Allí todo era de contrabando… todo, hasta las ideas, las opciones y concepciones. Toda una trasgresión. Impermeable a la tolerancia, la mayoría de la gente se saltaba todos los semáforos de las leyes y sus sonrisas enérgicas y a veces afables las conservaban exclusivamente a las otras mentes bloqueadas. Muchos reconocen que no han elegido esta vida pero la consumen.

Allí todo debía rimar con lo abstracto... lo incongruente lo absurdo... lo…

Convicciones virtuales.

Allí se puede comprar de todo: desde mensajes de Usama Ben Laden o Aiman Duahri* gravados de Al Jazira o Al Arabia* hasta compactos y cintas de «La Traviata» de Verdi pirateados de emisiones de otros canales de televisión que proliferan en las incontables pantallas de los vendedores de aparatos electrodomésticos.

Como a menudo, desde que se instaló en aquél rincón, Muy Malika recibía, sin emoción excesiva, todo lo que necesitaba sin saber ni preguntar su procedencia.

---

* Referencia a la primera actividad de la ciudad: el contrabando de la vecina Ceuta.
* Larga túnica casi siempre blanca, típicamente egipcia o saudita.
* Números uno y dos de la organización Al Qaeda.
* Canales de televisión árabes.

—A veces me pregunto a quién debo agradecer, repetía hasta el escándalo cuando se sentía furiosamente luminosa.

—Pues... qué más da. A los que debes agradecer no les gustaría que se supiera que...

—Ya sé lo que quieres decir.

Inocente pero odiada y odiosa, Muy Malika no podía ignorar que la utopía es lo propio de los visionarios. Ella no pretendía contemplar el futuro sino el pasado con su fuerte dosis de incertidumbres y la mezcla de sus ebriedades casi siempre inexplicable.

Inquisidora pero tolerada y tolerante, Muy Malika nunca logró descifrar la dimensión épica de una vida dilapidada, como el resto de las mujeres de su generación, entre la servidumbre conyugal y un insondable amor hacia lo propio. Ella aceptaba sus errores pero no los asumía invariablemente. Contumaz cuando se trataba de los que creían en ella sin preguntar, prefería no esbozar nunca el nombre de su marido ni el recuerdo de quién era o pudiera ser.

—Lleno de audacia y de vitalidad, comentaba sin precisar a quién se refería.

Tampoco se pronunciaba sobre la misteriosa relación que algunos afirmaban mantener aún con él.

Un apetito sin fronteras a embarullar los síntomas de la decadencia moral pero una curiosidad sana de no reprochar nada al destino.

—A veces comienzo a creer que esta mujer está en ruptura con la moral religiosa existente.

—¡Hombre! Ni tanto ni tan calvo. Pero... ¿Qué te lo hace pensar?

—Bueno, la verdad es que, o bien es una falsa pregunta o bien una pregunta mal planteada.

—Lo siento. No era mi intención. Bueno... la verdad es que sé lo que piensas por su «prefiero mil veces allí en guerra que aquí en paz» pues...

—Exactamente.

—... Pues todos los que, por una u otra causa, se encuentran en un aprieto como el suyo, lo dicen. Es algo que en este país se ha convertido en, cómo diría yo... en una exclamación de desamparo.

V

«A veces pienso que es imposible predicar después del Imam Chafie*». Expresión de un pesimismo lapidario del f'quih* Layachi.

—Los eruditos tienen raramente el talento de sus discípulos.

—¿Qué quieres decir? Que Yussef era discípulo de f'quih Layachi, quien conoce la historia de esta mujer, la de su hijo y la del marido.

—Probablemente, pero discípulo... francamente no lo creo. Todo el mundo aquí sabe que Yussef se fue a buscar las ideas en otros derroteros.

—Mira. Nosotros somos así. Cuando hay alguien como Yussef lo consideramos como excepción y cuando comete alguna barbaridad, como él, nos ponemos a gritar de que son ideas importadas ¿Por qué no miras a tu alrededor? Que esto parece Kandahar. Si desde aquí exportamos ideologías a Afganistán, a Irak y al quinto coño.

—Quería decir que…

—No. F'quih Layachi es otra cosa. No tiene nada que ver con las esferas nebulosas y Yussef, que Dios le perdone...

—¿Encima, que Dios le perdone?

—Sí. Que Dios le perdone porque un buen musulmán nunca debe olvidar aquello de que «citad a vuestros muertos de manera digna». Dios es el único que juzga.

—¡Ah sí!

—… Aunque sé que era... que Dios le perdone, más cáustico que jovial. Exactamente lo contrario de f'quih Layachi.

—Escrupuloso respeto de una tradición de simpatía hacia la mitificación en una sociedad, en la que, sin ser matriarcal, los padres nunca crecen, dejando que sus esposas e incluso hijos encargarse de lo más duro y en la que el autoritarismo y la autosugestión masculina son géneros nobles.

—Inconsolable, F'quih Layachi, que solía hablar siempre en presente, no ignoraba que sus sermones atraían más elogios que adeptos. Pero a él no le importaba ser una pequeña isla de clarividencia en un océano de integrismo. «A quien guía Dios en el buen camino nadie podrá desencaminar»* repetía sin dejar de pasar las bolitas de su legendario rosario en torno al cual mil leyendas se han tejido. Sabía también que su religiosidad tórrida era de motivo de discusión lo que le

* Ilustre Imam musulmán para quien «el que insiste en su criterio comete una injusticia y el que impone su criterio, blasfema».
* Docto en jurisprudencia islámica que suele saber el Corán de memoria.
* Corán

proporcionaba cierta inmunidad aunque no pocos sentían una fuerte tentación de preguntarse si alguna promesa lúbrica pudo algún día resquebrajar la tenaz resistencia moral de este controvertido santo.

—La honestidad, predicaba, es relativa.

—¿Cómo va a ser relativa?

—Porque los que se inmolan matando a inocentes no son honestos o, por lo menos, erróneamente honestos, aunque ellos mueren creyendo lo contrario.

Su moderación y su valentía de llamar al pan, pan y a las cosas lo que son* le ha valido el peyorativo apodo de «El f'quih americano» lo que, lejos de causarle un disgusto, consolaba su vertiginosa apuesta de que «desgraciadamente, aquí, los auténticos valores del Islam se han jubilado».

—Nos hemos confrontado a la modernidad decadente con convicciones destructoras.

—Los años no parecen tener el mismo peso en el reino de la tenebrosidad.

—La Jelaba* no hace el devoto.

—Personalmente no comprendo, f'quih, de dónde nos ha venido tan volátil ideología…

—Tienes razón porque es ideología. Otra cosa no es ni podría ser. Pura ideología. Una mezcla centesimal de ideología y demagogia.

Para su desgracia, f'quih Layachi estaba dotado de razón. Sus singulares análisis de lo que estaba pasando en F'nideq y en parte del mundo musulmán le valieron más de una tristeza.

A veces, cuando no convencía, presentaba la imagen de un condenado a pocos minutos de su ejecución... de quien haya traicionado su adhesión tribal. «Que Dios les perdone...».

—La verdad es que soy incapaz de catalogar a este hombre.

—¡Admirable!

—... Y al mismo tiempo desconcertante. Tienes que verlo con su larga barba, su chilaba, su taquía y sus babuchas* exaltando lo que él llama la dictadura de la belleza.

—¡No me digas!

Cuando no habla de religión, f'quih Layachi parece tener veinte años menos. «A mis hijas siempre aconsejo pensarlo dos veces antes de casarse con un hombre con quien no le gustaría ser su ex esposa», haraganeaba cuando le preguntaban sobre su, celosamente cultivado, jardín familiar. «Inútil de precisar que soy y me moriré un buen musulmán», se precipitaba a puntualizar que hablaba donde los rencores son tan sólidos como su convicción en Dios y donde la inmensa mayoría de sus congéneres son atrozmente tradicionales.

Iconoclasta sin exceso o sólo en lo que consideraba intruso en la religión y de una curiosidad sin contornos, f'quih Layachi juraba que F'nideq no había existido lo suficiente como para tener una historia que contar. «Como si no teníamos lo suficiente con la exclusión, ahora nos meten la historia del terrorismo».

---

* Por ser musulmán para quien las bebidas alcohólicas son proscritas, el refrán fue «remodelado».
* Atuendo tradicional marroquí.
* Gorra y sandalias tradicionales.

—Desgraciadamente no es ninguna fantasía. Hay parte de la verdad.

—A mí me gustaría saber quién fue el listillo que nos identificó como terroristas o con vocación terrorista.

—Muchos. Entre ellos José María Aznar y su himno a la intolerancia.

—Y hablan de cultura, de violencia, de...

De incomprendido pasó a ser confidencial. Toda una crónica de la osadía en medio de una avalancha de extremismo y oscuridad en la que perdió todo o casi todo su sentido. Pero él no se cansaba de denunciar a los que, prisioneros de una lógica perversa, trataban de imponer su inquisición. Su combate de memoria acabó por seducir a quien afirmaba que merecía de lejos sus mitos.

—Espero vivir para ver que nadie puede ni debe traicionar su origen, solía desear casi predicar y en su mirada fija hacia el cielo no había la menor duda de que Dios y sólo Él se lo podía realizar.

Sus irónicas muecas y sus enigmáticas sonrisas de otros tiempos, traducían su firme convicción de que, ni los que comprenden mal Al Jihad* ni los que, aprovechando su ignorancia y su situación precaria, les introducen en el error... mortal, llegarán a la antecámara de la gloria... póstuma.

—Hijos de este F'nideq que aprendieron a admirar, comenzaron, como todos, prudentes y acabaron contradictorios, acusaba triste, medio histórico, medio predicativo aquello de que «aquí pocas cosas… muy pocas se dicen expresamente».

Una mirada, un gesto y un recuerdo. F'quih Layachi tenía su estilo, su método y sus convicciones que por nada del mundo quería pisotear.

Cuando hablaba de Yussef se limitaba a recordar que «de padre conocido por sus actividades ilícitas y venerado por una madre que...», declinando inteligentemente terminar la frase para no incurrir en la ultranza verbal, deporte favorito y vocación nacional de la mayoría de los analfabetos de la ciudad y del país, convertidos en referencias religiosas, gracias a su apoyo a las tesis violentas. «Esbozad a vuestros muertos de manera digna»* enlazaba rápidamente.

—En un F'nideq durante lustros excluido, el descubrimiento del fenómeno religioso se ha convertido en algo más que un reto.

—No se trata de F'nideq específicamente sino también del resto del país en donde nunca se conoció la exclusión ni el olvido.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... nada. Bueno… que, como dicen los nigerianos, el Estado es inmensamente rico y el país incomprensiblemente pobre.

Falsos mendigos, traficantes y orgullosos de serlo y contrabandistas que hacían continuamente gala de sus relaciones con altos cargos...

---

* Guerra santa.
* Corán.

Una tendencia exacerbada de la anecdótica configuración de un alter-mundialismo islamista nacido en Kandahar y propagado al resto del mundo.

«Hasta hace poco, estas cosas nos hacían reír porque aquí habían dos categorías de ciudadanos: los que piensan con la cabeza grande y los que piensan con la cabeza pequeña[*]» enfatizaba en un alarde de desafío al buen gusto, Bachir, el hijo mayor de F'quih Layachi, reconvertido al contrabando, después de enterrar sus tres años de agronomía en Valencia. Atascado entre un humor extravertido y el escalofrío intimista, en F'nideq era una dirección obligada. Todo el mundo comentaba sus confirmadas cualidades de predicador de todos los instantes y sobre todo, para todos los humores. Sin ningún prejuicio estético, Bachir no desdeñaba litros de whisky a buen precio sin dejar de desafiar con su atuendo afgano, eternamente limpio y planchado y su larga y cuidadosamente ordenada barba a los detractores de su padre. Lo admiraba y consideraba como «el único en esta localidad que se niega a revelar su edad, que tiene una concepción clara y actualizada de los valores religiosos». No ocultaba su admiración por el Islam moderado que le enseñó «a comprender, cuando estaba perdido en España, el valor de la dulzura y de la vulnerabilidad». Afirmaba con una intensidad emotiva que, contrariamente a muchos otros jóvenes de su generación y de su confesión, la religión le inculcó el arte de cavar más íntimamente en sí mismo «acusar no es ninguna terapia», respondía a los que, como los calificaba él, confundían entre contrabajo y contrabando y consejero y conserje. Pero la provocación inteligente y audaz no era la única cualidad de este noble e inspirado que decidió recurrir inversamente el camino « para esta gente no me sorprendería que reclamaran públicamente como bien saben hacerlo en este país el derecho de muslo[*]». Embadurnado con un aspecto fundamentalista y presumido por su impecable acento español, Bachir se sentía orgulloso de «ser un moro».

[*] Referencia en el léxico popular marroquí al pene.
[*] «Droit de cuissage», derecho sobre todas las mujeres que se poseía en los siglos anteriores en Francia

CAPÍTULO SEGUNDO

«BUNCH OF GUYS»[*]

I

No sabía por qué nunca lo lamentó. «Lustros de sequía sentimental», pensaba con los ojos fijos en una madre que acariciaba cariñosamente a su pequeña hija en el minúsculo locutorio de la madrileña calle Virgen del Coro. «Ni amor ni ternura ni siquiera interés», masticó entre los dientes en una mezcla nostalgia y de rabia antes de concluir: «como si nuestros padres no tenían corazón y nos parieron sin él». Soltó una enigmática sonrisa y dio rienda suelta a sus perturbados recuerdos desde su existencia en Jamaa Al Mezouak en su Tetuán natal y una limitada terminología que se limitaba a Bab Sebta, los «pofias», «los de Rabat» y el Real Madrid y el Barça, hasta su vida, primero en Villaverde, más tarde en Lavapiés y ahora en Virgen del Coro, y los nuevos conceptos escuchados mil veces: Bosnia, Afganistán o, naturalmente, Irak, a flor de boca de todos y de cada uno.

Sonrió cuando se acordó de la reacción de un imam de Jamaa Al Mezuak al contarle parte de sus actividades en Madrid.

—Pues, hijo… se ve que aprendiste cosas.

—Maldita sea esta suerte que me lleva a aprender a morir, pensó de nuevo, esta vez en voz muy baja y con gesticulaciones como si acababa de descubrir su responsabilidad en muchas tareas de carácter logístico.

Volvió a converger su mirada hacia el pequeño locutorio, comenzando a entretenerse imaginándose la pequeña entre los brazos de su cariñosa madre. De repente:

—Oye, Yussef, ¿no has visto a Mansur?

Asustado como si le acabaran de despertar de un feliz sueño, Yussef respondió con despecho:

—Yo no veo a los apostates.

—¡Acojónate! Que te pones ahora a hablar como aquellos sirios o…

—Por lo menos ellos son sinceros y no se dedican a la compra-venta de sus creencias.

—Pero… vamos a ver, ¿qué te ha hecho el pobre Mansur hasta…?

—Mansur pobre, ¿me tomas el pelo, Abderrahman?

—¿Cómo?

—La otra vez vino y comenzó a escupir cosas raras.

—¿Raras?

[*] Así llama Marc Sageman (2004) en su «Understanding Terror Networks» a las redes de base, es decir, los grupos radicales que actúan por cuenta propia, sin comunicación con organizaciones superiores.

—Sí, bueno más que raras, apostasías.

Abderrahman no creía lo que oía. Conocía, quería y admiraba a Mansur por su alto nivel intelectual y por sus ideas claras, a menudo atrevidas pero nunca arriesgadas.

—¿Apóstata, Mansur? No lo creo.

—Pues… a lo mejor yo soy mentiroso.

—Mira, Yussef yo no he dicho esto. Lo que pasa es que ya conoces a Mansur siempre ha sido bromista y resulta que a veces exagera pero nunca abusa.

—Mira Abderrahman, a mí ya me conoces, no tengo ni un pelo de tonto ni he sido nunca gratuitamente rencoroso. Mansur se puso a reprochar a todos los musulmanes lo que calificaba de espíritu malsano. Entonces…

—¿Entonces qué?

—Dijo que ningún musulmán se atreviera, un instante de imaginar que son los judíos o los cristianos o los budistas que tienen razón y que los verdaderos infieles somos nosotros.

—¿Y tú qué le has respondido?

—Le dije un ¡Vete a la mierda, hijo de puta!

«Mansur… Mansur… que tienes razón, bribón. Fiel a tus extravagantes auto-críticas». Abderrahman lo dijo siempre, consciente de que le puede crear problemas: «Mansur es de una franqueza refrescante». Sabía que contemplar la otra posibilidad de la realidad puede resultar mortal.

Los compañeros de Yussef en el «círculo de la orientación espiritual» en Virgen del Coro le advirtieron más de una vez que lo suyo con Mansur eran «amistades peligrosas».

Colección de recuerdos. Ejercicio dirimible. Ilusoria nostalgia de una ruralidad, urbanizada a base de exclusión, injusticia y desesperación. Una pobreza, madre de mil lecciones y motivo de muchas osadías e intereses políticos cínicos que crearon en la misma ciudad tantos «townships» como conciencias desgraciadas.

Vencido e impotente, Haj Ahmed, un insignificante «F'quih» venido de su Alcazarkebir natal en una aventura digna de James Bond en la que ni faltó dinero, ni drogas, ni pateras ni agonías, no se cansaba de advertir a sus paisanos contra lo que llamaba «crisis de ciudadanía», impulsada, según él, «por estos enemigos de Dios» que nunca se atrevía a llamar por sus nombres.

Él, semi-clandestino en España, combatidas a capa y espada su predicación por la convivencia pacífica y su predicación moderada, merced de «diablos» venidos de «de donde nadie sabe» y consciente de su calidad de huésped que debe expresar su gratitud hacia los anfitriones, no ignoraba que «aquellos jóvenes» padecían patologías diversas pero se cansaba de prodigarles sus consejos con la esperanza de rechazar el odio, el rencor y el desprecio de los que son distintos.

Haj Ahmed sospechaba que lo que leía en los ojos o en el fondo de los pensamientos de algunos de los asiduos a la improvisada mezquita de Villa verde trascendía inquietantemente de lo meramente retórico. Sabía que se quedaba sólo…. con, cada vez menos recursos y menos impacto

por el que cruzó mares y tierras pero confiaba en que «Dios acabará por reorientar a estos descarriados por el buen sendero».

«Banda de ignorantes» solía replicar a los que no cesaban de vanagloriarse de «combatir a los infieles en su tierra».

—En este caso los infieles sois vosotros.

—Hablas como Mansur.

—Fíjate que Mansur es un buen musulmán y más inteligente que todos vosotros. Él por lo menos sabe donde estamos todos y sobre todo vosotros que habláis de liberación. Pero… ¿liberar qué, idiotas? Si no sois más que unos pobres inmigrantes en busca de lo que no encontrasteis donde estabais que, por cierto, era musulmán.

—¡Basta, Haj! …

—Termina la frase Hakim ¿Sabes lo que te digo? Te la terminaré yo: … o me denuncias. Probablemente me harás un favor porque me voy dando la perfecta cuenta de que aquí ya no sirvo. Soy un inútil. Soy…

—Está bien, Haj. Nadie dijo que te va a denunciar. La mayoría de los que estamos aquí en Villaverde arrastramos el mismo problema.

—… Pues no hay más que una forma de evitar el suspense: respetemos sus reglas.

—Era su único valor añadido pero estaba seguro de que un día llorará cuando de nada le servirán las lágrimas.

—Ni mártires ni víctimas. Ni héroes ni malvados pero él sabía que eran más los segundos que los primeros.

II

Descolgó el teléfono de la cabina que sonaba rabiosamente y contestó gritando:

—Está usted con un locutorio público.

Se quedó mudo un instante y volvió a preguntar:

—¿Quién ha dicho?

Volvió a converger su vista en el horizonte y…

—¡Parece mentira! Tanto tiempo, Fadl… ¿Sabes que…?

Habló casi durante 20 minutos. De repente:

—Tienes razón. La comunicación no es gratuita sobre todo a esta hora del día. ¡Qué te voy a decir!...

Antes de terminar la frase escuchó el sonido del fin de comunicación. Sacó la cajetilla de «Clínex» y se secó el frente con dos pañuelitos. Estaba un poco frustrado por no haber contado a su hermano cómo vivía en Madrid. De repente recordó que su hermano murió hacía once años cuando regresaba de Ksar Essuk donde era profesor de secundaria.

—Creo que estoy mal. ¿Sabes? He hablado durante un buen rato con mi hermano Fado que murió hace más de quince años. Debo ver al Haj, le confesó a su compañero, Mehdi al presentarse para el relevo.

—¿Pero qué te puede hacer el pobre hombre?

—Él sabe de estas cosas. La otra vez me contaba cómo exorcizaba a los enfermos en su pueblo.

—Francamente, Yussef, te tragas lo que sea. Lo que debes hacer es ir a ver a un psicoanalista que, en Madrid, los hay a punta pala.

—¿Sabes, Mehdi, era su voz, su acento, sus frases, sus bromas, sus…

—Eh… Eh… despiértate, tío.

—¡Increíble! Era él. Era mi hermano Fadl.

¿Indicios de un estrés postraumático; consecuencias de una integración imposible o simplemente alucinaciones de un terrorista en ciernes? Yussef llevaba semanas devastado literalmente por la incertidumbre de lo que se atrevía a llamar «nuevas luces». Sus frecuentes asistencias a predicaciones de personajes de « mal augurio » como los solía calificar Haj Ahmed le inyectaban, cada vez más, fuertes dosis de misticismo y de idealismo «prêt-à-porter». Desde hacía meses perdió la sonrisa y con ella el espontáneo optimismo rural y los placeres juveniles. Pasaba horas meditando, calculando y verificando. Hablaba poco. Se limitaba a responder a menudo con frases monosilábicas.

—No me gusta tu estado de salud. Últimamente me inquietas, le explicó con ternura Haj Ahmed antes incluso de contarle la historia de su hermano.

—Haj Ahmed, ¿sabes lo que te digo?

—Sí, hijo, dime.

—Que estás hecho todo un horóscopo.

—Ya me gustaría. En principio, hijo mío, en esto consiste la tarea por la que vine hasta aquí.

—Te trajeron hasta aquí, querrás decir.

—¡Qué más da! En efecto, me trajisteis aquí, lo dijo masticando cada sílaba antes de puntualizar: de diferente manera y por distintos objetivos, a todos nos trajo o nos trajeron hasta aquí algo o algunos.

—El sermón de la oración solemne del viernes pasado.

—Y de todos los días… y de todos los instantes. Nadie lo debe olvidar. Nadie tiene el derecho de olvidarlo.

—Pero, ¿quién te ha dicho que lo hemos olvidado?

—Tus tontas insinuaciones, vuestras torpes maneras de analizar las cosas y la facilidad con que aceptáis erróneas lecturas de los preceptos del Islam.

Haj Ahmed sacó un rosario de su bolsillo y comenzó un salmo: «Hasbía Lahu ua nihma al uakil…»*, «Hasbía lahu ua nihma al uakil…», «Hasbía lahu ua…». Antes de abandonar el minúsculo locutorio y el barrio, el Haj Ahmed, cuya voz se fue apagando hasta adquirir el tono y el sentido de un incomprensible murmureo se dirigió a su improvisado discípulo y le dijo:

—Nunca debes olvidar que somos nosotros los que estamos en su país y no ellos en el nuestro.

—Ya lo sé, Haj.

—Pues… paguémoslo con gratitud y respeto.

Y se fue…

Hacía más de un año, más concretamente desde octubre del 2003, cuando los servicios de seguridad catalanes arrestaron en Vilanova i la Geltrú, en Barcelona, a Abdeladim Akoudad, Haj Ahmed se mostraba poco confiado en aquellos «hermanos» que afluían de, prácticamente, toda España e incluso de fuera de ella. Presagiaba lo peor y así lo dio a conocer a un reducido grupo de fieles al término de una de las oraciones del Fajr* en el pequeño, garaje que servía de templo en Lavapiés.

—Tengo miedo. Veo cosas y casos. Me inquietan mucho las frecuentes visitas de gente con acentos raros y...

—No, Haj. Todos somos hermanos y ésta es casa de Dios.

—Tal vez tengas razón. Por lo menos, así lo espero.

La frescura del alba madrileña despejaba las incógnitas del crucigrama de Haj Ahmed. Pero una cosa seguía preocupando al pobre hombre: «¿Quién está detrás de esta criminal empresa?».

* «A Dios debo dirigirme y a Él agradecer el destino». Exclamación de los fieles musulmanes para denunciar la impotencia.
* La primera de las cinco oraciones del Islam: la oración del alba.

La autosugestión religiosa ocultaba su gran pecado: el de creer que aún era capaz de enderezar las coordenadas de la función.

Confiaba en su océano de sabiduría y creía que la clarividencia que predicaba era capaz de encargarse del resto. Contaba exageradamente con la voluntad de Dios. Tenía una ciega aunque errónea convicción de poder frenar todo exceso o descarriado. «La vida sin razón es como un pantalón si correa», solía predicar con ironía y cierta soberbia, precisando con cierta solemnidad «se cae». «Lo vuestro no tiene nada con los esfuerzos de integración social», acusaba enfadado cuando veía a alguno de sus improvisados discípulos en compañía de algún forastero «afgano»…. «Lo vuestro es locura».

Prudente, tenaz, exigente y modesto, Haj Ahmed era un combatiente intrépido contra el extremismo y lo que consideraba impostura religiosa.

Entre el mensaje y su estilo prefería el primero:

«A través de un análisis de los versículos del Santo Corán, el Dr. Tarik Al Swaidán descubrió que todo está correcto gramatical y matemáticamente», trataba de esclarecer a sus discípulos las virtudes de la igualdad, del igualitarismo y de la cultura de tolerancia. «Todo en el Santo libro se enmarca en una sana y explícita igualdad: Dunia o la vida se cita en el Corán 115 veces. Al Akhira o la vida después de la muerte también 115. Malaëka o ángeles 88 veces. Achaytán o Satán igualmente 88 veces. Vida 145. Muerte asimismo 145 veces. Musibah o calamidad 75 veces. Alabanza a Dios también 75 veces. Privación 114 veces. Paciencia también 114 veces. Hombre 34 veces. Mujer igualmente 24 veces».

Se quedaba mudo unos instantes comprobando el impacto de su mensaje en los rostros de la audiencia y proseguía triunfante: «Es más transparente y explícito: en el Corán se cita 5 veces Asalat u oración. 12 Shahr o mes y 465 Al yaum o día. Bendito sea Su Santo Nombre. El que adivinó todo esto e infinitamente más que esto, no puede auspiciar ni la violencia, ni la intolerancia, ni ninguna idiotez de orden criminal».

IV

«Si la riqueza no vendrá a los hombres, los hombres irán a la riqueza». La cita de Alfred Sauvy[*] se acopla sólo a medias con la realidad socio-religiosa de los 2.096.600 inmigrantes magrebíes en Europa, entre los cuales más del 50% son marroquíes, un poco menos del 30%, argelinos y más del 14% son tunecinos[*].

En efecto, los mecanismos, inicialmente contemplados para favorecer el diálogo interestatal sobre los temas de la inmigración como las múltiples sesiones del Diálogo Euro-Mediterráneo 5+5 y sus incontables conferencias sobre el flujo migratorio mostraron siempre una preocupante negligencia hacia lo que se podría llamar «integración religiosa» en el sentido de velar por una sana religiosidad y el respecto de la tolerancia de la religión importada. Para los inmigrantes musulmanes, ello quiere decir un Islam universal basado en valores nobles, sean occidentales u orientales que, más que contradictorios como algunos han aprovechado para dar crédito a sus tesis reduccionistas, son complementarios e incluso indispensables a una convivencia pacífica de conformidad con las leyes de cada país de residencia y de sus leyes.

No fue así... a pesar de que según Naciones Unidas, cerca de 175 millones de personas. O sea: el 3% de la población mundial vive fuera de sus países de origen[*].

En ausencia de un estatuto jurídico claro y contundente del Islam en España (y en Europa) y asimismo de un debate sano y democrático de los actores musulmanes en torno a los aspectos legislativos y sociales sobre el ejercicio y culto musulmán, el contagio del radicalismo entre los inmigrantes magrebíes de España, «economizados» hasta entonces, comenzó a surtir efecto.

Madrid estrenaba temporada. Recién acabadas las rebajas de las rebajas, muchos inmigrantes lucían sus «conquistas» en las «ofertas» del Corte Inglés o en el rastro madrileño los domingos. La mayoría de ellos sabía que en Madrid entre «ganga» y «ganga» hay siempre otra «ganga»… Incluso en las ideas, visiones y creencias. Pero tampoco faltaban los que, dando riendas sueltas a sus imaginaciones en torno a las informaciones entre los inmigrantes sobre las detenciones en la operación «Lago», tejían las más extravagantes de las psicologías del rumor.

—Dicen que el 70% de los detenidos son marroquíes.

—¡Claro! Porque Marruecos es el principal país de origen de los musulmanes que estamos acá en España.

Psicología de rumor, campo abonado para redes yihadistas con tareas de carácter logístico que aprovechan la sencillez que roza la indecencia de muchos, su ineptitud intelectual y su gran

[*] Especialista francés en los flujos migratorios.
[*] Cifras del 2003 y del momento del 11-M.
[*] Cahiers des Migrations Internationales (Rapport sur les migrations et leur développement au Maghreb Central), por Mohamed Saïd Musset.

sensibilidad ante/hacia todo lo que no se ha podido realizar en esta vida y lo puede ser en la otra para convertirlos en instrumentos al servicio del extremismo y el odio. Fingen proporcionar protección y cobijo cuando en realidad «cazan» a los más vulnerables para su posterior reclutamiento radical.

Psicoanalistas en el modo de determinar el perfil de quien toda su vida era periodos tumultuosos, las redes yihadistas prefieren en su captación para el entramado terrorista global a compatriotas de la segunda generación de inmigrantes con una feliz inconsciencia.

Todo el mundo no veía más que manos tendidas y generosidad en donde sólo haya sacrilegio y miras explícitamente fundamentalistas.

A falta de respuestas nadie pregunta... nadie quiere preguntar. Reflexión biótica de quien, sin saber por qué ni cómo ni desde hacía cuándo, comenzaba a preferir el fracaso del ajeno al éxito propio.

Todos, unos más que otros, se fueron convirtiendo en trofeo de guerra... su guerra... la del injustificado odio y del desplazado rencor.

Encarnación de una frustración que nació de la necesidad absoluta. El tiempo se encargó de inculcarles que no siempre ocurre lo que se desea.

Las repentinas redadas en Madrid y en otras ciudades españolas contra los «ilegales» eclipsaban toda otra cuestión y monopolizaban las discusiones y las tertulias entre los inmigrantes sin «papeles»... toda una augusta ocasión para necesitar la «colaboración» de estos «hermanos» venidos de donde nadie sabía pero que todos admiraban su plasticidad social y religiosa.

—El atuendo no hace el monje.

—Ni el turbante un F'kih.

—Es que era tan lógico lo que nos contaba Nasser.

—Sigue escuchando a este predicador terrorista y verás dónde vas a acabar.

—Bueno...

Nadie explicará nunca el, cuanto menos, extraño comportamiento de los diferentes servicios de seguridad españoles ante tan peligrosa proliferación de la literatura terrorista ni por qué tanta tolerancia ante tan seria amenaza.

Ante la ausencia de las medidas que se imponían por estos servicios de seguridad para hacer frente al inquietante fenómeno, gran parte de los magrebíes de los suburbios de Madrid comenzaban a considerarlo como normal e incluso oficial u oficiosamente correcto.

—Pero, ¿por dónde andas, Hakim?

—Entre la casa y los niños, mi turno nocturno en el hotel y el pequeño locutorio de Lavapiés. Cada uno en un lado.

—Pero bueno, Hakim, ¿y los amigos?

—Ya te lo digo Yussef, no tengo tiempo.

—Ni para rezar.

—Ni para esto. Rezo en casa.

— No te creo. Hay gato encerrado.

—No hay ningún gato encerrado.

Todo comenzó con un «el que no duda no sabe cosa alguna» con que Hakim respondió cuando se le ha pedido una «pequeña contribución» a una obra de caridad.

—Yo llevo aquí 27 años. Mis hijos son de nacionalidad española y nunca me encontré en algún tipo de actividades ilícitas…

—¿Illícita?

—Eso. Quiero decir que debo conocer con detalles y precisiones el destino de mis contribuciones y las de vosotros.

Nadie se atrevió a comentar la protesta de Hakim… porque nadie tenía «zorra» idea a dónde iba el dinero de las frecuentes colectas en el barrio.

Muchos, como Hakim han tratado más de una vez de «saber un poco más» pero tuvieron que renunciar debido a la exhortación de «gente de buena fe».

Con sus barbas, sus tónicas de extravagantes colores y sus atuendos afganos, Lavapiés se transformaba paulatinamente en una nueva Kandahar sin que ello atrajera la curiosidad de las continuas rondas de la policía local.

—Esto es peor que Marruecos. Los hemos contagiado.

IV

Eran por lo menos diez personas de diferente edad y de distinta corpulencia. Al término de cada una de las cinco oraciones del día sitiaban los accesos a las mezquitas y comenzaban en coro una ceremonia rogativa para la construcción de una mezquita que siempre se olvidaban de precisar dónde o cuándo.

—¡Parece mentira si esto es una colecta!

—¿Qué pasa?

—Que esta gentuza va desde Algeciras hasta Reus pidiendo lo mismo. Nunca han construido ninguna mezquita. Es su forma de vivir en España

—Y nadie les molesta, ni siquiera la policía española.

—No. Nadie. Llevan ya años con este negocio.

—Luego nos quejamos cuando alguien nos critica.

—Bueno… la verdad es que, aquí en España, que yo conozca, todo el mundo es cómplice: unos por su pasividad, otros por su ingenuidad y los terceros por su indiferencia y mutismo que, además de incentivar la ilicitud, infunde a los que por principio o por interés acatan religiosamente las leyes en vigor del país que les acoge. Para mí es una forma colectiva de incumplir con el deber.

Enemigos combatientes o por lo menos enemigos mendigos. Ningún fiel musulmán a lo largo y ancho de la geografía española ignoraba los fines lucrativos de lo que se llamaba irónicamente «Consorcio para la construcción de imaginarias mezquitas».

—Deberían construir una mezquita en Guantánamo.

—Que no te escuchen porque mañana lo introducirán en su repertorio.

Una de las mil y una contradicciones migratorias marroquíes en España: por un lado, una primera generación con un perfil marcado esencialmente por una elevada tasa de analfabetismo, una falta total o parcial de calificación profesional y falta de recursos, limitándose a los ingresos y los consiguientes ahorros con planes de inversión posterior en el país de origen, preferentemente en las localidades propias. Y más reciente, la emergencia en España y en otros países de la Unión Europea de una nueva categoría de inmigrantes marroquíes que «en vez de dedicarse exclusivamente como sus parientes a la venta de su fuerza de trabajo, irrumpen en múltiples espacios económicos y científicos del país de acogida»*.

Unos y otros. Todos expuestos a los sofisticados lavados de cerebro de redes extremistas y a aparentes soldados de Dios «al servicio» de obras de caridad y de los proyectos del terrorismo radical.

* Mohamed Saïb Músette (Cahiers des Migrations Internationales).

Entre posibles actores de un nuevo tipo de lazos entre los países de origen y de acogida y probables palancas de la empresa extremista inspirada de ideas y visiones elaboradas en Tora Bora o Waziristán no había más que un ápice. Desgraciadamente nadie lo adivinó… ni siquiera los propios protagonistas de las masacres que ningún libro sagrado haya recomendado.

—Francamente, yo tengo mucho que hacer. En vez de estar escuchando a estos payasos vomitando odio y discordia, prefiero inculcar a mis hijos los verdaderos preceptos de nuestra religión musulmana.

—Pero… ellos dicen, pruebas en mano, que lo que predican es la verdad… la única.

—¿La única? Hijos de...

—No. No insultes a nadie.

Había empresas doctrinales y había resistencias. Ni las unas ni las otras se tuvieron en cuenta. Ni las primeras fueron debidamente combatidas ni las segundas legítimamente impulsadas y apoyadas. Finalmente resultó desmesurada la tenacidad y la firmeza de unos y mortal la impotencia y el aislamiento de otros. Tanto que los argumentos de los segundos parecían para muchos «especialistas» de la lucha antiterrorista despropósitos o cuando más como exageración con gusto indígena.

Juerguistas de ayer se convirtieron en militantes de hoy sin que ello atrajera la atención.

Un auténtico genocidio religioso.

—Mira, Yussef, te lo he dicho mil veces. Mi interesa el Islam. Mucho. Muchísimo pero no su odio ni sus métodos. Yo también creo en el Yihad. Si la guerra santa contra la ignorancia, contra la pobreza, contra la exclusión y contra la injusticia.

—Entonces...

—Entonces trato de saber por qué los musulmanes hemos perdido la capacidad de producir los conocimientos. ¿Comprendes?

—Sí. No soy tan ignorante como crees.

—No he dicho eso ni lo diré nunca. No hay peor ignorante que el que no quiera aprender.

—Ciego...

—Somos, Yussef, 57 países musulmanes con tan sólo 500 universidades. ¿Sabes cuántas universidades hay por ejemplo en Estados Unidos? 5758 y en la India, 8407…

—Está bien, ¿y qué?

—Que no es la violencia ni el asesinato de los inocentes ni la envidia porque son mejor que nosotros van a darnos la gloria.

—¿Mejor que nosotros?

— Claro que sí, por lo menos para mí. Ellos consagran al desarrollo/investigación el 5% de su PIB. Es decir Producto Interior Bruto. Nosotros menos del 0'2%. En síntesis: hay entre el 78 y el 97% de los que han estudiado o estudian y han aprendido y siguen aprendiendo, como yo, en sus universidades. Un poco de gratitud.

—Yo no tengo beca. A cambio de mi fuerza se me paga y punto.

Las desmesuradamente exageradas disparidades de los sueldos y salarios entre las dos riveras del Mediterráneo han creado una nueva ecuación migratoria y con ella un riesgo de delito.

Ni al comienzo ni al final nadie juzgó oportuno tomar la temperatura de la subversión terrorista. Todo el mundo confiaba en que «ello sucede sólo a los demás». Los había incluso que estaban al tanto de los más mínimos detalles de lo que se tramaba pero pensaban que podía servir en un momento determinado de una forma de presión sobre el vecino del sur.

Se equivocaron y nunca lo lamentarán lo suficiente.

V

Para la mayoría de los jihadistas y hasta los aconfesionales de origen musulmán, el calendario comienza un 11 de septiembre del 2001. Sin el 11-S en Nueva York y en Washington probablemente nunca habría podido tener lugar el 11-M en Madrid ni antes el 16-5 en Casablanca.

Ni Georges Bush, ni Tony Blair, ni mucho menos José María Aznar se tomaron la molestia de analizar objetivamente el impacto de los atentados contra las gemelas del World Trade Center de Nueva York y el Pentágono en Washington sobre la inmensa mayoría de los musulmanes «normales».

Ninguno de estos ni de otros estadistas pudo comprender que para muchos se trataba de una «heroica respuesta» a «decenios de humillación».

De haber canalizado aquél entusiasmo se hubiera podido evitar más de una tragedia.

De hecho, ¿hubiera podido ser posible cambiar el curso de los acontecimientos?

Probablemente. De algunas de las últimas conversaciones de los que se inmolaron en Leganés, captadas por los servicios secretos marroquíes, al entrar algunos de ellos en contacto con sus padres para despedirse[*] quedó fehacientemente establecido un fuerte acento de arrepentimiento e incluso de parquedad ante el proselitismo radical que, más que compartir ideología o creencias religiosas, se trataba de un accidentado contagio en un abonado entorno de indiferencia y de abandono de este segmento de la población magrebí establecida en España.

Luego ha habido una serie de atinadas interrogaciones, como las planteadas por «Periodista Digital»:

¿Ha habido pruebas falsas o simplemente errores policiales? ¿Ha realizado el juez Del Olmo una instrucción correcta del voluminoso y complicado sumario? ¿Se nos está intentando «vender» una «versión oficial» simulada o lo que están intentando es un disparate «conspiranoico»? ¿Fueron los islamistas de Leganés quienes pusieron las bombas en los trenes?

Preguntas. Pero quedan muchas otras. Ninguna urgente… porque, como ocurrió al día siguiente del 11-S cuando la Casa Blanca monopolizó el amasijo de las versiones, por razones puramente electoralistas, la Moncloa eclipsó toda proyección «intrusa» durante y después del 11-M.

Desde entonces mucho se ha dicho. Mucho se ha querido hacer. Mucho se intentó esclarecer. Sin embargo, como diría la cantante libanesa Fayruz «los hombres son líneas pero… escritas con agua…».

Se secan y desaparecen… quizás para siempre.

[*] El contenido de estas conversaciones telefónicas, gravadas desde aparatos de padres de algunos presuntos kamikazes del 11-M, especialmente en Tánger, fue transmitido por las brigadas antiterroristas marroquíes a sus homólogas españolas lo que permitió la ubicación del refugio de los presuntos autores del 11-M.

Fue de otra manera y de otra forma fueron y siguen siendo hasta ahora los resultados de tan disparatada gestión de un expediente que se inscribía inicialmente en el capítulo de sucesos, convirtiéndolo en epopeya.

Así lo corroboran los hechos y los acontecimientos posteriores.

Operación Saeta en abril del 2005, Sello I en junio del mismo año. Tigris y Sello II en junio del 2005 y en enero del 2007… las operaciones antiterroristas se multiplicaron, multiplicándose con ellas sensacionales descubrimientos de redes de carácter puramente logístico, especialmente el reclutamiento y el posterior para combatir en Irak o en Afganistán.

En casi cinco años nadie o casi nadie fueron acusados de perpetrar o de preparar atentados en territorio español. No obstante, el tacto con el fenómeno resulta hasta ahora lejos de proporcionar una salida del inesperado túnel terrorista, siendo una de las razones las conclusiones de orden xenófobo: 14 de los 19 detenidos de origen español nacieron y residían en el momento de su arresto en Sebta o Melilia[*] «pero sus padres eran musulmanes y fueron educados como musulmanes»[*].

No cabe duda de que se han eludido realidades como por ejemplo el racismo y la discriminación de las que eran objeto los detenidos por parte de las autoridades locales e incluso por parte de la población de las dos ciudades ocupadas, donde por la anacrónica segregación racial y religiosa el 40% de los hijos de los inmigrantes en España tienen, según un estudio hispano-americano sobre la inmigración, proyectos de ir a vivir en otro país.

Además, una serie de incoherencias, debido al desconocimiento del expediente o simplemente a manipulación de orden estatal como por ejemplo el caso de una célula del Grupo Salafista por la Predicación y el Combate (GSPC) reconvertido en Al Qaeda en la tierra del Magreb Islámico (AQMI) desarticulada en diciembre del 2005 «que estaba invirtiendo en la apertura de un local de prostitución en la Costa de Málaga para obtener ingresos estables para enviar a Argelia»[*].

¡Será posible!

Hasta Marruecos a través de su Ministerio de Habus y Asuntos Islámicos, impermeable al deseo de muchos de imprimir un cambio a la organización representativa de los musulmanes de España, permaneció mirándose en el espejo francés o belga durante lustros antes de decidir tomar cartas en el asunto e «interesarse» por sus súbditos desgarrados entre el tira y afloja entre la Unión de Comunidades Islámicas de España (UCEDE) de Riah Atatari y su adversaria en el seno de la Comisión Islámica, único interlocutor del gobierno español y de la cual dependen, en principio, la formación de los imames , el nombramiento de los profesores de religión islámica y sobre todo… sobre todo, el reparto de las subvenciones del Ministerio de Justicia , madre de todos los corderos, la Federación Española de Entidades religiosas Islámicas, liderada por Mohamed Alí, un próximo a la tesis marroquí

[*] Ceuta y Melilla.
[*] Javier Jordán: «El terrorismo yihadista en España: evolución después del 11-M (DT)».
[*] Javier Jordán: «El terrorismo yihadista en España: evolución después del 11-M (DT)».

que preconiza la urgente necesidad de encontrar democráticamente un órgano más representativo de los musulmanes de España.

El «Caso de la Mezquita de Paris» vuelve a dividir a los musulmanes pero esta vez en España sin que nadie pensara un instante en los musulmanes españoles no árabes ni de origen árabe. Lo que ha facilitado enormemente las tareas de los que no podían escatimar esfuerzo alguno para pescar en aguas turbias una concepción clara y actualizada de los valores religiosos. No ocultaba su admiración por el Islam moderado que le enseñó «a comprender, cuando estaba perdido en España, el valor de la dulzura y de la vulnerabilidad». Afirmaba con una intensidad emotiva que, contrariamente a muchos otros jóvenes de su generación y de su confesión, la religión le inculcó el arte de cavar más íntimamente en sí mismo «acusar no es ninguna terapia», respondía a los que, como los calificaba él, confundían entre contrabajo y contrabando y consejero y conserje. Pero la provocación inteligente y audaz no era la única calidad de este noble e inspirado «morango» que decidió recurrir inversamente el camino porque « no me sorprendería que esta gente reclamaran un día públicamente como bien saben hacerlo en este país el derecho de muslo[*]». Embadurnado con un aspecto fundamentalista y presumido por su impecable acento español, Bachir se sentía orgulloso de «ser moro». Él, por lo menos, siempre advirtió a los imames que pronunciaban sus sermones del viernes que «más del 70% de los fieles o más no comprenden árabe y por tanto no saben lo que predica». «En la mezquita de Caracas —le dijo a uno de ellos— los sermones de la oración solemne del viernes se pronuncian en español y luego en árabe».

[*] «Droit de cuissage», derecho sobre todas las mujeres que se poseía en los siglos anteriores en Francia.

CAPÍTULO TERCERO

CHECK POINT*

I

Con su extraña estructura de gestión de espacios públicos, Jamaa Mezuak* presenta la imagen de un barrio crucificado en una discreta ladera del Dersa*. Aquí todas o casi todas las conversaciones giran siempre en torno a las diversas patologías que padece el barrio. Como señala con o sin motivo Haj Layachi, que se autodefine como « una persona cualificada, dotada de una misión de servicio público», «se piensa demasiado lento». Nada ni nadie inspira aún simpatía… ni siquiera relativa. El Jihad* que, según el improvisado teniente de alcalde Haj Layachi «tiende a hacer triunfar los valores islámicos», es el único que aún posee cierta presencia en las cansadas conversaciones juveniles. Ni trabajo ni acceso a la cultura, ni siquiera alguna especie de vida social. Con su agrio humor, Haj Layachi comenta «que aquí, las autoridades locales y prefectorales nunca han necesitado escaparates políticos». Verifica a su alrededor y precisa «a excepción de los que hacen de la mentira electoral un derecho cívico».

—¿Y él, qué?

¿Fatalidad o simplemente política deliberada?

Esta última hipótesis es menos disparatada de lo que puede parecer.

Desde los tristes acontecimientos de Leganés el barrio adquirió un inoxidable interés para los más importantes institutos de investigación social en el mundo, interesados por trabajos sobre el vertiginoso crecimiento de la violencia pseudo-confesional en el mundo.

Jamaa Mezauk comenzaba a admirar discretamente a sus gladiadores.

Aprendizaje sincero de una ortodoxia sanguinaria que deja una previsible sensación de insatisfacción y de impotencia general. Luego habrá tiempo para las lágrimas de cocodrilo y de los lamentos en voz.

Baja... muy baja, casi sonriendo.

Ante la persistente indiferencia de los poderes públicos, en Jamaa Mezuak el integrismo creció como hongos para convertirse en lo que es hoy: un reflejo inmediato y una realidad multiforme. El éxodo rural y casi siempre desde otros austeros puntos de la geografía marroquí se transformó en una auténtica crisis de ciudadanía, núcleo de una prematura y precipitada globalización del fenómeno

* Puntos de control que las tropas de ocupación establecen en los territorios usurpados.
* Barrio periférico de Tetuán de donde son oriundos algunos de los inmolados en Leganés. Le llaman metafóricamente Mezuakistán.
* Uno de los dos montes de Tetuán.
* Guerra santa.

fundamentalista. Los forasteros no ocultan su perplejidad por la conducta de sus jóvenes que se distinguen, entre otras peculiaridades, por la manera exuberante e hiperemotiva con la que expresan su fe.

Ideas, retos y actores.

Llorando, literalmente torcidos de dolor, muchos jóvenes admiten que el martirio no confiere automáticamente la santidad, pero nunca desmienten que tienen cuentas que ajustar con la sociedad que les parió.

Feroz sentido crítico que condujo muchos a Madrid, Casablanca, Bagdad o Kandahar.

Para ellos, las siniestras pero lúcidas acusaciones de que son terroristas hasta que demuestren su inocencia no puede ser una garantía de elevación estética. Muchos de ellos no supieron rechazar una realidad sin esperanza creyendo, en vano, que su precariedad podía incitar a más indulgencia.

Se cansaron de creer y con los defectos de su infancia difícil, decidieron emprender la marcha hacia otros cielos. Sólo a Irak y a Afganistán se les proponía visados... boleto simple.

La syberatura* se encargó de los detalles.

—Dicen que nos hemos convertido en un lugar de fichajes de kamikazes.

—Y tienen razón. Resulta que...

—¿Cómo van a tener razón si los terroristas aquí son una ridícula minoría?

—Aquí hay de todo... de todo, menos el Estado.

—Déjanos de política, porque todos sabemos que más del 75% de esta gente vino de otros barrios de chabolas de otras ciudades del país.

—Sí… pero...

—Jamaa Mezouak, como indica su nombre era un lugar de culto y de devoción pero luego se convirtió en la Meca de la pobreza y la escasez. Pero esto no lo dice nadie.

— Al principio esto era decente. Fíjate en el nombre: Jamaa Mezouak. Que esto era una mezquita... Se llamaba Mezquita Y sigue siendo una mezquita pero de otro tipo.

—¡Vete a la mierda, Omar!

Alguien tuvo la imprudencia y el mal gusto de imaginarse que, para acabar con la pobreza se debía matar a los pobres. Las mil y una detención y una situación que adquiría una dimensión trágica obligó a los oficiales a buscar argumentos y de paso, acusaciones.

Explicaciones racionales de quienes tenían órdenes de, en vez de acabar con la pobreza y la exclusión, limitarse a anestesiarlas.

Era, sin que la conocieran, la otra cara de una concepción en estado embrionario de la necesidad de una nueva reflexión sobre la evolución de las prácticas religiosas.

—Todos están desarmados frente a nuestras dudas.

* Neologismo para designar la escritura en Internet

—Todos... menos…

—¿Menos, quién?

—Bah....

—Te refieres a…

—Exactamente. Me refiero a…

Referencias, tabúes y frases inconclusas… Pasivas y comprometidas en la acción buscan eternamente discrepar con el prójimo. Desde hace tiempo, creyendo que no hay una manera-milagro para escapar a su atrocidad diaria, optaron por atrincherarse detrás de la inspiración venida de las lejanas montañas de Tora Bora* o de Diwania*. Su universo ritual, su identidad perdida y otros detalles incoherentes les inculcaron la cultura de despreciar la vida…la suya y la ajena. Desde que comenzaron a nadar en este océano de indiferencia, insultan las escuelas del Reino que los expulsó y que los transformó en pequeños narcotraficantes antes de su reconversión en terroristas cursillistas en las mezquitas de su incontrolable barrio.

—Ellos nunca buscaron nada. Ellos fueron buscados y... encontrados.

—No podían resistir. Aquello se pegaba como una evidencia.

—¿Aquello?

—Sí. Aquello, repetía con tono mecánico Ali, negándose a dar más explicaciones.

Todos creían poseer una inagotable reserva de ideas y reflexiones, reflejo de una nunca explicada exaltación de valores a un formalismo estricto.

¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo fueron contagiados? ¿Por qué tan radicales acentos? ¿De dónde aprendieron este himno a la muerte y destrucción? De hecho, ¿quién es el maestro y quién el discípulo?

Nadie responde... nadie respondió nunca. Todo el mundo piensa en voz baja y sobre lo proscrito por el Islam y prescrito por los que pretenden hablar en su nombre.

—El Jihad es otra cosa.

—¿Qué es?

—Muchas cosas menos esto.

Preguntas y respuestas. Ni unas ni otras están desprovistas de pertinencia. Argumentos modestos pero reales. Para todos siempre es día del juicio. Sus diálogos e incluso sus monólogos reflejan pasiones pero también contradicciones.

En este Banthoustan de los paradójicamente pacíficos suburbios de Tetuán, las barbas, las tónicas afganas y los gorros a lo Usamma Ben Laden dejaron de ser un fenómeno insólito. Allí los enterados no hablan de síndrome de alineación parentesco. La adhesión se hace a mensajes e imágenes recibidas por Internet.

—Francamente no comprendo nada.

* Región afgana conocida por sus guerrilleros yihadistas.

—Sin embargo es fácil.

Víctimas de un hostigamiento social, se convirtieron en mártires de una normalidad imposible.

Entorno lúdico. Argumentos a título póstumo para quien nunca los necesitó. Confidencias demasiado íntimas.

Atrapados por una promesa importada, para ellos, toda sonrisa flirtea con el pecado. Extravasaciones para reconocer méritos a quien merece condena. Azotados por un enjambre de pensamientos-incógnitas, deambulaban en sus sueños a caballo entre su miseria cotidiana y un paraíso «a la vuelta de la esquina» aunque ninguno de ellos ignoraba que era una fidelidad peligrosa.

Para ellos, desde que el tiempo es tiempo nunca se hizo luz y lo más impactante tiene color a sangre y olor a pólvora.

En Jamaa Mezouak los habitantes «de a pie» confunden las tendencias. Para unos los hombres bombas son terroristas diabólicos. Para otros, justicieros al borde de la autosugestión profética. Para todos reza el martirio como otros cantan la libertad.

Durante lustros, el poder en Marruecos parece haber olvidado o fingido olvidar que Jamaa Mezuak no era más que una estrella de la galaxia fundamentalista del país... que allí todas las risas son falsas y que el sentido del humor desapareció de esta falda del Dersa masacrada por el cemento y el hormigón, impulsados por el narcotráfico y la exclusión y... y que Jamaa Mezuak, como la calificaran sus primeros habitantes, «ni es fiesta ni es lúgubre».

Todo el mundo se despertó un 16 de mayo del 2003...

Era la excepción. Olor a pólvora, Casablanca nunca se lo había imaginado. Hasta entonces aquello sólo ocurría a los demás. «Nosotros nos limitábamos a verlo en la tele».

¿Terrorismo?

La palabra sonaba execrable. Ahora suena temible y espantosa.

Cansados de errar desesperadamente entre las diferentes ideologías, sometidos a una enigmática pero impactante conminación y con su particularismo social que alimenta muchas fuerzas centrífugas, la mayoría de los que se dejaron convencer de su eterno escombro, se encerraron en paréntesis, donde todos y todo perdieron legitimidad y donde la única simbiosis que conocían unánimemente fue la incitación con diferentes acentos pero con la misma lógica y fuerza de convicción al Jihad o guerra santa.

Su denominador común consistía en que todos creían que sufrían de una cruel falta de perspectivas.

La invasión de Afganistán despertó en ellos una seudo conciencia política.

¿Beneficio de duda? No. Se equivocaban los que hablaban de vectores privilegiados de la memoria. Allí no había, no hubo nunca memoria o por lo menos corta… muy corta. Allí se vivía al día. Todos eran alérgicos a la responsabilidad adulta. Pero todos aplaudían cuando alguien como Antonio Gutiérrez, Alto Comisario para la Emigración; condenaba la mundialización con doble velocidad que

autoriza voluntaria e incluso a veces encarnizadamente la libre circulación de los capitales y mercancías y restringe, a capa y espada, la libertad de movimiento de los seres humanos.

II

Hijo de un vulgar pero acomodado narcotraficante, Yussef formaba parte de esta especie humana que no quería ser ni héroe ni malvado pero que al final una tontería sin nombre se lo llevó y para los suyos sólo se quedó un aforismo.

—No es fácil hervir el agua, aconsejaba Abdelkrim a su pequeño hijo para explicarle que todo es difícil, rozando lo imposible.

—¿El agua?, pensaba Yussef, ¡si está loco perdido!

Nadie recordó nunca cuándo fue el comienzo de esta época. Pero todos se fueron paulatinamente admitiendo su carácter urbano-planetario.

Con la cornada de Leganés, los acentos radicales de Jamaa Mezuak entraron, sin quererlo, en la leyenda terrorista universal.

Era una manera cruel de promover el nombre de su barrio, pero también una vocación primordial...

—Parece como si no quisieran llegar a la edad madura.

—Viven más con las cosas que con seres humanos.

—¿Cosas?

—Sí. Cosas... y casos.

—En deformaciones agresivas de textos coránicos encuentran elocuencia y emoción.

—Locura.

—Sí... pero lo que el Estado no comprendió o no quiso comprender es que siempre fueron partidarios, a la vez, de la revuelta y del compromiso.

—¿Pero qué dices, tío?

—Digo que si hubiésemos optado por preguntarlo, probablemente nos habrían respondido.

—¿Y su obstinación suicida?

—Al principio era sed de vivir que se convirtió en el asco de existir.

Herederos de una historia con una prodigiosa riqueza civilizacional e hijos de una ciudad, cuyo pasado es institución, se dejaron convencer de que sería imposible proteger el presente o el futuro «sin entregarse totalmente al Creador».

No tenían nada que perder. Lo habían perdido desde hacía tiempo y nadie se dio cuenta. Para ellos, algo, lo que sea, a condición de que no parezca al existente, era algo.

Hartos de ser ciudadanos ordinarios, con su alma de piedra, decidieron voluntaria, unos, involuntariamente, otros, confundir entre ventajas e inconvenientes, creer en falsas respuestas a verdaderas preguntas y cuestiones. Optaron por un «no man's land» ideológico donde no se aportan

soluciones ni se contemplan remedios. Imágenes y mensajes minuciosamente elaborados para las mentes estériles se encargaron de precipitar el infeliz desenlace.

No esperaron a nadie recordarles la imposibilidad de escapar a su destino... ni a su fatalidad y afincados entre el milagro y la imposibilidad aprendieron a hacer hablar la emoción. Su habitual prudencia rozaba a menudo el exceso de modestia y sus discursos despectivos al orden establecido en vez de irritar gustaban y seducían.

—¿Sabes quién dijo que si un día puede haber un gobierno del mundo, su capital será Constantinopla?

—No. Pero en cambio sé que los europeos no paran de oponerse a la adhesión de Turquía a la Unión Europea.

—Pues.... Fue Napoleón.

—No debió darse cuenta de que era una nación musulmana.

—Entonces aún sonaba el nombre de Saladino.

—Y los europeos detestaban a los musulmanes pero no, como actualmente, los desdeñaban.

—De cierta manera nos lo merecemos porque somos efectivamente despreciables.

Saben que es verdad pero torpe, mitomanía pero persuasiva y depredación pero sin alternativa.

Les gustaría clamar que es más dulce que el pecado pero nunca lo harán. No les gustaba pasar la aduana y todos eran conscientes de que su enigmático mutismo constituía una plusvalía.

—Curiosamente, después del horror, la gente deplora la misma torpeza: ¡y yo que creía que era un ángel!

La misma exclamación: «era un lazo en torno a una bomba»*.

Simple de enunciar...difícil de resolver. Su extraordinaria manera de presentarse como el otro, les confiere la habilidad de confundirse con un tabú absoluto. Para muchos, estos ataúdes ambulantes agotaron, en años de incertidumbre, su sueño imposible y al final, entre la fidelidad y la libertad optaron por lo que menos conocían. Y aunque su gramática teológica dejaba mucho por desear decidieron encarnar un mito. De nada les sirvió un lugar como F'nideq o más tarde Jamaa Al Mezuak, donde, debido a aquello de que la tierra de Dios es inmensa* vivieron durante años «sentados sobre sus maletas»*… años de pseudo-reflexión sobre el valor de la gente y de las cosas, acariciando el mórbido deseo llegar a la otra rivera o consternar a propios y extraños.

—¿Guerrilleros de Dios? ¿Qué Dios?

—Hipnos*.

* André Breton describiendo a la pintora mexicana Frida Kahlo.
* Dicho árabe.
* Proverbio marroquí.
* Dios griego vinculado a la noche por su madre y a la muerte por su hermano.

Cromatismo acídulo de quien el libertinaje anti-laísmo, mal inspirado y peor inculcado transformó en una amenaza pública ante la cual la impotencia general y generalizada constituía un campo abonado para más adeptos.

—No comprendo cómo pueden exhibir con tanta embriaguez tanto horror.

—La inflexible voluntad de los poderes públicos de…

—Pero, ¡qué poderes públicos ni qué niños muertos! Que son hijos de puta y... punto.

Los comentarios sobre tan sincrético misticismo parecían una flagelación. Consternación, estigma y condena. Pero no más. Nadie o casi nadie se acordaba en este mundo donde toda invitación a la convivencia era una ilusión del hadiz* del profeta Mohamed: «quien de vosotros verá una abominación que la cambie con sus manos, sino con su lengua, sino con su corazón».

Elegancia sobria que ilumina el camino de los que aparentan una frágil convicción, desmentida por una sana salud integrista.

Un buen sentido para voces que imponen un silencio que condena el alma de un santo.

—La verdad es que ni es totalmente falso ni completamente verdad.

—¿A qué te refieres?

—A estas identidades diluidas en apologías al y del terrorismo.

—Sigo sin captar.

—Me refiero a Yussef y su criminal metamorfosis.

«La forma es el fondo que sube a la superficie»*. Con o sin razón, deliberadamente, la gente sentía una irresistible tentación de confundir entre lo íntimo y privado y cuando se trataba del prójimo «lloraba cuando él lloraba y reía cuando él les hacía cosquillas»*, pero a ningún íntimo de Yussef se le podía ocurrir arriesgarse a hacer amalgamas o consonancias entre los preceptos del Islam y la masacre de 191 inocentes y más de 1. 500 heridos un 11 de marzo del 2004 en la estación de Atocha en Madrid.

Afortunadamente los españoles distinguen entre terrorismo y marroquí.

Te lo digo yo que no veo más que las televisiones españolas: nunca, jamás ningún español cometió el pecado de confundir entre un vasco y un etarra.

Y sólo Dios sabe, que por su criminal insolencia, cuántos inocentes han muerto sin saber por qué.

* Dicho o relato del Profeta Mohamed.
* Victor Hugo.
* Shakespeare.

III

No se equivocan los que afirman que el verano pone nervioso al barrio de Jamaa Al Mezuak. De una gran sensibilidad marina, como el resto de los tetuaníes de pura cepa, sus habitantes viven junio, julio, agosto y parte de septiembre con la mirada fija en la vecinas Martil, Cabo Negro o M'diq, viviendo al compás del retorno para las vacaciones de los afincados en el extranjero y sus casi siempre lujosos vehículos y algunos incluso con sus «novias» rubias y a menudo altas que recordaban a los parados de la región que al otro lado del Estrecho aún había vida. Cuando se evocaban «los buenos tiempos» se mostraba amnésico, como si el pasado le daba vértigos y como si expresara el deseo de permanecer pasmosamente inmóvil en el presente, sin referencias ni solvencias, como si trazara una nueva vía con un nuevo rebaño del que no quería, por nada del mundo, descarriarse. No se disfrazaba en nadie ni en nada para tapar los oídos ante lo que creía canto de las sirenas.

Sin embargo, su propia madre observaba que a veces daba la impresión de querer confesar púdicamente algo pero de repente como si tomara temperatura, daba bruscamente marcha atrás, volviendo a sus convicciones absolutas.

—Al tío le lavaron el «coco».

Los que le conocían al dedillo comentaban el efecto sinóptico de su cerco en España aunque ninguno de ellos se había atrevido a imaginar su criminal reconversión.

—Para él, Madrid ya no era Madrid de sus sueños y de estos imbéciles que se pasan el día jugando el parchís o el dominó, elogiando o criticando a Raúl o a Zidane. No cabía ninguna duda: el niño atravesaba un periodo tumultuoso y... más, si cabe.

—Cambió de gusto y de preferencia. Pero su pseudo-madurez es, a todas luces, superficial y primaria. hay que escucharlo cuando habla de lo inmoral o amoral.

—Y cuando «predicaba», que por cierto lo hacía discreta y abstractamente, casi con juegos de palabras eran kilómetros de risa... como el humor cubano.

—Nos volvía más rencorosos que un camello.

Sin confesarlo cabalmente, para él, todos sus amigos o conocidos de antaño, tanto en F'nideq, como en Jamaa Al Mezuak son infieles o descreídos. Su manera de ser, su rigidez e hipocresía social y su unidad de acción e intención comenzaron a constituir en su opinión un mimetismo que debe desaparecer.

La ceguera voluntaria. Una ausencia total de reflexión sobre quién es, qué fue y qué debe ser. Todos y cada uno de los ingredientes de un ser peligroso. Un personaje de dibujos animados que pasa de ingenuo a criminal.

Cuentan los que le conocían más, que en sus frecuentes idas y venidas entre Madrid y Tetuán, comenzaron a constatar con más elocuencia, que la metamorfosis de Yussef era, cada vez

más evidente. Confundía mecánicamente virtualidad y realidad. Más que una simple proclamación de fe, lo suyo era, como solía ironizar su amigo Hicham, «una nueva visión del mundo absolutamente abstracta» que no dejaba a nadie indiferente aunque no alcanzaba el estado de pronóstico precoz. Todo le parecía desvinculado del pasado .Que nadie tiene el derecho a estar tranquilo y que la verdad suprema y la profecía se encontraban en Somos agua y en ninguna otra parte del mundo.

Su madre, Muy Malika, expresó un día sus dudas sobre lo que llamaba «síndrome de alineación» a su padre.

—No me gusta la conducta del chico.

—Pues yo la encuentro infinitamente mejor que la anterior.

—Bueno... el que no duda no sabe cosa alguna.

—Eso... sigues dudando y no sé a dónde iremos a parar todos.

Parecía como si el fundamentalismo en Jamaa Al Mezuak dejara de ser un fenómeno insólito. Devotos unos, pecadores otros o, cuando menos, indiferentes a las prácticas religiosas, todos o casi todos soñaban despiertos con la penitencia.

«Los que lo adiestraron saben hacer hablar la emoción», pensó en voz baja para no irritar a su eternamente enervado marido.

Muy Malika que tenía el presentimiento de que su hijo fue domado para lo peor cuenta que un día al preguntarle qué tenía la contestó colérico: «ahora comprendo por qué el Corán no cita el nombre de ninguna mujer salvo María».

Emocionante como una ficción. Pero acostumbrada a vivir siempre y cualquiera que fuera la circunstancia en la quimera, ella comprendió que se trataba de un naufragio doctrinal. Más tarde lo comentó a su amiga y confidente Zahra: «como si no tuviera otro deseo que la desaparición de su hijo».

Mujer de fe y de atinadas reflexiones, con telepatía o simplemente por picardía natural, Muy Malika vivía con la obsesión de lo que llamaba «adulterio confesional» de su hijo.

—Pero, mujer, ¿qué te pasa?

—No me gusta esta pseudo-concordia entre Yussef y su padre.

—Al contrario. Debes estar feliz y contenta.

—Conozco tanto al hijo como al marido. No tienen nada en común. Nunca lo tuvieron y, créeme, nunca lo tendrán.

—Vamos a ver, ¿querrás decir que no se querían?

—Se detestaban a muerte. De pequeño Abdelkrim le propinaba a Yussef cualquier paliza.

El auto de fe inquisitorial del padre volvió a surgir en Madrid pero… bajo forma de lógica aritmética en la que la palabra enmascaraba otras intenciones y la sed de descubrir otros objetivos. Se sentía humillado. Sabía que no podía abolir la casualidad ni la pena de... vida. El imaginario doméstico le parecía cada vez más cerca, más acosador y más palpable y la imagen de su padre, desafiando la vejez y las brigadas anti-drogas, le perseguía despiadadamente.

Muy Malika recordaba con estupor las preguntas del pequeño Yussef.

—Mamá, ¿de dónde saca tanto dinero?

—¿Quién?

—Papá.

—¿Por dónde has visto tú tanto dinero?

Con su exhaustivo sentido de la medida, Muy Malika trataba con todos los medios de disuadir a su hijo para que convergiera su mirada hacia otra parte. Sabía que, a pesar de insoportable, su marido era brillante e implacable y no toleraría este excesivo interés de su hijo «por lo que no le importa».

—¿Pero, qué hace papá?

—¿Cómo qué hace papá?

—¿En qué trabaja?

—Te lo dije mil veces: Co… mer… cian… te.

—¿Qué comercio?

—Oye, ¡parece mentira! ¿Alguien te ha dicho algo, Yussef?.

—Pues... no... sí... en fin, no.

Impulsivo y enigmáticamente imprevisible, Yussef se mostraba cada vez más indeciso sobre quién es y de qué viven y no pudiendo pregonar sus suposiciones, salmodia, sus sospechas en torno a la verdadera identidad de su padre. La teoría del suspense le convenció que la solución se encontraba al otro lado del estrecho de Gibraltar.

—Te lo digo yo, mujer, tu hijo es kamuni*.

—No te preocupes, te lo suplico yo le hablaré y te prometo que te va a obedecer.

Se pasaba la vida tratando infructuosamente, sino de reconciliar padre e hijo, por lo menos advertir a su recalcitrante hijo. Pese a ser relativamente buena musulmana, respetuosa con los preceptos y practicante incluso, el modo de vida ascético de Muy Malika la convencía de «que un día...». La constante vigilancia que ejercía y el imposible equilibrio que buscaba eran premonitorios de un punto de no retorno. Cansada y decepcionada optó por una cultura de diversión que ella, más y mejor que nadie, sabía que era ridícula y costosa en malos ratos y en suspenses. Sin conocer la quinta enmienda de la Constitución americana que autoriza a guardar silencio y no testimoniar contra sí misma y con una imperiosa prudencia pedía a Dios «orientar, un día, a su esposo hacia e camino recto» sin necesidad de determinar responsabilidades, Tanto que, siguiendo los consejos de su amiga Zahra se desplazó hasta Mekenez* donde efectuó el peregrinaje ritual, al mausoleo del santo El Hadi Benaïssa* tomando parte, como se lo aconsejó su fiel compañera, en una

* Expresión en árabe dialectal marroquí que se refiere a la persona que necesita ser presionado e incluso apaleado para obedecer. Kamuni de comino que libera su perfume solo cuando se frota.
* Ciudad imperial marroquí.
* Santo de la cofradía Aïssaua, llamado también Cheij El Kamel (El Jeque Perfecto).

hadra* en la que pidió a Dios y al santo reconciliar «los corazones de su hijo y su marido».

A raíz de esta escena, digna de Kafka, regresó a su Mezuarkistán, encontrando consumada la separación entre padre e hijo.

—¿Pero, qué pasó?

—Lo expulsó de la casa.

—¡Parece mentira! Padre de mierda. No piensa más que en él y en sus sucios negocios. Es un hijo de pecado.

No sabía si su peregrinaje realizó o no su voto. Lo cierto es que se sentía liberada de una constante pesadilla. «De algo deben servir los santos». Y aunque ella era extranjera al «gremio», esperaba su «bendición» que la esperó con tanta impaciencia e incluso ansiedad que años después confesó a una de sus amigas que «hay santos xenófobos que conceden exabruptos parte de votos de los forasteros».

* Ritual de alabanzas al profeta y expresión de votos y deseos.

IV

«Lo ideal para España es que todos los ministerios se ocuparan de la cuestión marroquí. Todos, menos el de la guerra y marina*». Yussef no se acordaba quién dijo esta frase ni quién se la había transmitido. Pero recordaba en cambio que fue pronunciada en el siglo pasado. Tampoco se olvidó de la réplica de quien se la dijo: «o sea que, contrariamente a lo que nos cuentan algunos, nadie tiene derecho de hablar de un goulag español». La idea sedujo siempre a Yussef... tanto que la repetía, con o sin razón.

—Palabras que enmascaran otras intenciones.

—Pero crean un espacio de reflexión inherente de desembocar en una coexistencia y una convivencia pacíficas como sólo España, cualquiera que sea el inquilino de la Moncloa, puede proscribir.

—¿Tú crees?

—Mira. No todos los españoles son enemigos de los marroquíes. ¿Y por qué lo iban a ser?

—La mayoría…

—Entonces, ¿qué coño hacemos nosotros aquí?

—Reda me dijo que...

—¿Y quién es Reda?

—Bueno...

—No hace falta que confieses nada. Lo conozco y bastaría por decirte que ni es Alem* ni es marroquí.

Pensamiento crítico e injusto. Genocidio conceptual. Convicciones absolutas. Ideas contagiadas. Mientras que unos trataban de dotar la encarnación terrorista de una abstracta calidad religiosa, otros se atrevían a reflexionar para denunciar el injustificado rencor y la demagogia.

En Somosaguas, antes de «Goma 2» había muchas otras gomas pero no condenadamente explosivas. No todo el mundo aspiraba a glorias inciertas pero nadie o casi nadie mostraron interés alguno.

—Yo prefiero rezar en Casa.

—Pero colectivamente hay más y mejor recompensa divina.

—Pero sólo cuando no hay estos extraños imames, auténticos profesionales de la retórica y de la demarcación, que escupen el desprecio de los valores intrínsecos del acogedor e inculcan la cultura de la intolerancia, el odio y la violencia.

—Pero tú qué tienes que ver con todo lo que digan o prodigan.

---

* Ortega y Gasset (en el Imparcial en 1911).
* Docto o hombre de ciencia.

—Es que «el hombre es un mono hablador y religioso»*.

La comparación se justificaba por el océano de rigidez y de un microcosmos calcado de un universo que, contrariamente a su religión que preconiza la paz y la fraternidad, cultiva el horror y el odio y pretende, bajo diferentes formas y diversos pretextos legalizar la acción criminal, invitando a invertir en el pensamiento obscurantista y sanguinario.

Una ideología islamizada a trancas y barrancas. Una versión moderna de la licantropía. No pudiendo identificarse ni emocional ni intelectualmente con la sociedad egocéntrica de su país de acogida a pesar de sus múltiples curiosidades simiescas, muchos, entre ellos Yussef, fueron involuntariamente hipnotizados. Sin que nadie se percatase del movimiento, atravesaron inconscientemente la línea de demarcación entre la razón y la ingratitud. De jóvenes que mascaban la vida con todos sus dientes, orgullosos de su edad ingrata y de la suerte de navegar en el tiempo y espacio, pasaron a ser presas de predicadores del horror, rehenes de concepciones infernales y ni víctimas ni mártires, sino simplemente inconscientes instrumentos de intereses envueltos en conceptos religiosos.

—«El musulmán es quien se salvan los musulmanes de su lengua y de sus actos»*.

—Es que la culpa es de todos. De unos más que otros.

—¿Qué quieres decir?

—A raíz de la desaparición de la URSS, Occidente se puso a buscar un nuevo enemigo y…

— Sé por dónde vas, pero termina.

—No. Si no quieres escuchar, yo tengo muchas cosas que hacer. Tú me preguntaste mi opinión y te la estaba expresando.

—Lo siento. Sigue… sigue.

—Pues... aquí mismo en España aunque hay que reconocer que era infinitamente menos de lo que ocurría en otros países occidentales, prensa y sociedad civil e incluso la gente de «a pie», manipulada o consciente, barajaba la urgente necesidad de inventar a otro enemigo que no podía ser otro que el Islam porque se habían agotado los enemigos. Total…

—Fue cuando surgió la idea y la concepción de terrorismo islamista, musulmán o islamoide.

—Es más: fueron algunos musulmanes, ignorantes de las virtudes pacifistas de su religión, los elegidos en tanto que instrumentos ejecutorios de estos criminales planes.

—Luego…

—Luego las cosas se precipitaron. Hoy en día las cosas se han confundido hasta el punto de que si un país aspira a convertirse en una potencia turística a expensas de otro u otros países con o sin vocación turística, no tiene más que encargar acciones terroristas en este país.

—Ya hemos visto como los polos de atracción turística se han trasladado de un país, blanco de terrorismo a otros que no lo son o menos.

---

* J. Howard: «The Universal Kinship».
* Dicho del profeta Sidna Mohamed.

Un universo absurdo, grotesco, temible y monstruoso. Un universo profundamente injusto con sus felices inconscientes y sus desgraciados afortunados: el terrorismo a más de un nivel. El terrorismo a medida. El terrorismo con mil dimensiones.

V

En F'nideq y más tarde en Jamaa Mezouak era de notoriedad pública que el joven Yussef, el comprometido y contumaz militante de Al Qaida en España era un conocido y férreo pecador en Marruecos, donde nunca elevó bandera de una causa alguna y nunca mostró simpatía alguna ni por la emoción ni por las ideas, menos aún por la abstracción confesional.

—¿Te acuerdas de... cómo se llamaba su amiga hebrea?

—¿La que trajo el primer año?

—No. Esta era Matilde. Era española.

—Ah sí. Yeshua. Eso, Yeshua, la enigmática. Así la llamaban por aquí. Nunca hablaba. Nunca sonreía.

—No se cansaba en explicarnos que su nombre quería decir salud o algo así.

En sus discusiones, los moderados de F'nideq conjugaban la audacia formal con la amplitud de la retórica. Sabían que, si no era imposible, su tarea era difícil... muy difícil. Sabían también que eran una pequeña isla en un océano de integrismo radical. Más atrevidos, algunos se preguntaban «cómo los españoles toleraron durante tanto tiempo toda esta lacra».

Porque calculaban mal. Creían disponer de un medio de presión sobre Marruecos o incluso crearle un problema adicional donde se distraería de sus reivindicaciones sobre Sebta y Melilia.

—¿Y Marruecos?

—Bueno esto ya es otro cantar. No sólo este problema, sino ningún problema del norte le interesaba.

Los más razonables no entendían por qué, habiendo dilapidado tanto tiempo creando un problema no se puede invertir en un instante imaginando una solución.

Figura huérfana en un entorno volátil, prodigio y pródigo, Yussef nunca se despertó de su sueño de una evidencia luminosa. Por ello, su exogeneidad le resultó fatal. En Madrid descubrió que, de su padre, heredó la fiebre del dinero fácil y de su madre, una humildad que roza el pecado y la indiferencia hacia todo y todos, inclusive la vida. A cada idea, su gesto emblemático... a cada travesura, su embrollo. Aunque siempre le era familiar, ingenuo, como lo es, a menudo, un adolescente, España le resultó pantagruélica en todos los sentidos. Subiendo y bajando en la escalera de su destino, acabó por descubrir las repercusiones de ciertos discursos escuchados en su tierra. Sólo entonces comprendió que esta homotecia no era fortuita y que en el asterismo descubrió los detalles.

Metamorfosis. Durante meses, sus íntimos hablaban de un giro de 180 grados en su manera de ser. Buscaba pretextos para justificar su incapacidad de proporcionarles contratos de trabajo aunque prometía, terminando la promesa con un revelador «Inchaalah»*.

—El tío ha cambiado radicalmente.

—Pero, ¿qué le habrá pasado? Ya no nos cuenta sus largas noches en los mesones en Plaza Mayor ni sus aventuras en Puerta del Sol.

—Y encima prodiga consejos.

—¡Joder!

El verano en Tetuán siempre ha sido propicio para la hibernación de la feliz inconsciencia.

Sin embargo, algunos miembros de la familia de Yussef no vacilaban en jurar que, desde hacía cierto tiempo «su chico dejó de ser lo que era o lo que ellos desean que fuera».

La duda que conduce a la arrogancia.

—¡Hombre! Madrid no es Tetuán y, como decimos nosotros, el que convive con alguna gente cuarenta días se convierte en uno de ellas*.

—No me refería a esto, Haj.

—Pues... no te comprendo.

—Cuando estaba aquí o durante sus frecuentes idas y venidas a Sebta e incluso en el curso de sus tres primeros años en España el joven era otra cosa... literalmente otra cosa, por esencia, por instinto y por inspiración unívoca. El muchacho derrochaba optimismo y respiraba vida. Cuando hablaba de Madrid o de España insinuaba una providencia.

—Creo que ya no recuerdas sus «castañas» de antología y…

—... Y las muchachas que nos traía, que Maite, que la otra… la israelí que... ¿Y qué?

—Que se convirtió... en una encarnación de una obsesión insospechada.

Su súbita y, para muchos, incluso misteriosa «reconversión» se llevó a cabo sin bombo ni platillo. Ningún fiel fnidiqui* recuerda haber visto nunca antes a Yussef en las mezquitas de la ciudad.

—Es lo que se llama un buen trabajo.

—No sólo un buen trabajo, sino también la metamorfosis invisible.

De un nihilismo premeditado y de un anarquismo ordenado el ex hincha del Real Madrid pasó a ser ferviente aficionado a los más extremistas predicadores egipcios.

«F'nideq, como llevaba advirtiendo infructuosamente en sus sermones de la oración solemne del viernes el imam de la Gran Mezquita, F'kih Hammadi, se ha convertido en un campo abonado de las ideas subversivas y de las ideologías incoloras».

* Si Dios quiere, en árabe.
* Dicho del Profeta Sidna Mohamed.
* En relación a F'nideq.

Orden, desorden. La relatividad absoluta. La juventud de la ciudad y arrabales, presa de la más sistemática de las intoxicaciones y demagogias sin que los poderes públicos juzgasen oportuno intervenir.

—No te preocupes no lo harán hasta que se produzca un desastre.

—Así son si no padecen en su propia carne nunca deciden prevenir.

Los que lo hacían, como F'kih Hammadi, era a título personal y caritativo. Lo que el barbero H'midu calificaba de «simples francotiradores contra el mal».

CAPÍTULO CUARTO

MODO DE EMPLEO

I

Sin alcanzar, como se contemplaba, el grado de convivencia ni recuperar el nivel de «buena vecindad» de los comienzos del 90 con el PSOE y Felipe González, en Marraquech, durante la reunión de alto nivel y a pesar de la buena voluntad mutuamente expresada, no se logró olvidar el trienio más sombrío en las relaciones bilaterales desde la Marcha Verde en 1975. La corriente no pasaba e incidió en la opacidad comunicativa de la cúpula del Partido Popular respecto a la nueva era en Marruecos y de los responsables de éste para con sus súbditos en España.

Con la audiencia del rey Mohamed VI a José María Aznar al término de la cumbre formal que se celebra anualmente entre los dos países en el marco del Tratado de Amistad y de Buena Vecindad, todo apuntaba hacia la evidencia de que las relaciones entre los dos vecinos quedó de nuevo encauzada.

Ni tanto, ni tan poco. El capítulo de la lucha antiterrorista brilló por su ausencia como lo hizo en todos los encuentros de antes del 11-M.

Por razones que nunca fueron lo suficientemente esclarecidas nunca se dieron detalles de las detenciones efectuadas por razones judiciales en operaciones previas al 11-M como ocurrió en enero del 2003, durante la operación Lago.

Coaccionadas por los imperativos políticos del Partido Popular en tanto que incondicional aliado de Estados Unidos, las fuerzas de seguridad españolas se perdieron en propensas, cuando no anecdóticas imitaciones de las luchas antiterroristas del presidente Georges Bush, procediendo al arresto de personajes meramente de paso por España, cuyos únicos antecedentes consistían en haber nacido palestinos o de corresponder al perfil, diseñado por el Pentágono para designar a un terrorista[*]. Este fue el caso de un «hispano-palestino de dudosa salud mental que supuestamente diseñó cohetes para Hamás»[*]. Todo esto ha sido magistralmente explotado por las redes de captación del salafismo-yihadista de inspiración extremista y presumiblemente con financiación de Al Qaída de Ousama Ben Laden.

La reducción del paro y la reducción del déficit público durante las dos legislaturas del PP debían constituir una póliza de seguro adicional para los inmigrantes en España y un motivo de satisfacción inherente de proporcionar cierto bienestar y cierto incentivo para una mayor integración.

---

[*] Árabe o musulmán de preferencia palestino, libio o libanés.
***** Javier Jordán en *El terrorismo yihadista en España: evolución desde el 11-M (DT)*.

A excepción de los que fueron acusados de la autoría del 11-M, nadie entre los miembros de la nutrida comunidad magrebí afincada en Madrid o en otro punto de la geografía española podía imaginar que después de Djerba, Casablanca y Estambul, Madrid iba a ser blanco de los ataques directos del terrorismo fanatizado, los primeros en Europa Occidental y que marcarían el comienzo del fin de una ilusión de una distensión y de un diálogo de civilizaciones que muchos acariciaban con fervor.

El 10 de marzo del 2004 ni en Somosaguas ni en Lavapiés se vislumbraban los indicios de una amenaza ni de un enemigo ni de una guerra. Lo que no pone en tela de juicio la eficacia de los servicios de lucha antiterrorista españoles que, hasta entonces lograron desbaratar a decenas de ataques terroristas de ambiciones similares, desmantelando decenas de redes y arrestando a sus miembros. Pero como diría Ludovic Monerrat «la desproporción de la inversión entre el ataque y la defensa proporciona siempre al primero una supremacía duradera».

Acusar pues a los responsables de la lucha antiterrorista españoles o simplemente insinuar alguna dejadez, chapuza, deficiencia o negligencia profesional, rozaría una inconsciencia insultante. Pero tampoco sería acertado halagar el revuelo contra el terrorismo con posterioridad al 11-M, entre otras muchas razones porque, desde entonces, las amenazas yihadistas, especialmente en el noroeste africano se han aumentado considerablemente, poniendo en peligro los itinerarios y los tránsitos de los abastecimientos de gas de África hacia Europa. A finales de noviembre del 2008, los terroristas planificaban un atentado con coche bomba contra las instalaciones de la compañía china BGP habiendo fracasado gracias a la intervención de las fuerzas argelinas en el último instante.

A pesar de que el 70% de los detenidos en las diferentes operaciones anti-yihadistas proceden o bien de Marruecos o bien de Argelia, debido a inexplicables argumentos políticos o a la falta de la debida comunicación en materia de coordinación de los servicios de lucha antiterrorista con sus dos alas: inteligencia e intervención, quedó, pese a gigantescos esfuerzos para superarlo, muy por debajo del nivel requerido. Tanto que, cinco años después, El grupo Salafista por la Predicación y el Combate (GSPC) que se transformó en Al Qaeda en la Tierra del Magreb Islámico (AQMI) exhibe amenazador sus planes de crear un estado radical en el territorio argelino con su ulterior ampliación para abarcar, Túnez, Marruecos, Chad, Malí y Mauritania e incluso Libia y Egipto. En menor medida el Grupo Islámico Combatiente Marroquí (GICM) prácticamente desmantelado[*] sigue produciendo algunos quebraderos de cabeza a los responsables europeos de lucha antiterrorista.

No obstante, si alguna lección sacaron los estrategas de la lucha antiterrorista del 11-M ésta fue que «los cambios de estrategia y la evolución interna de los grupos pueden resultar dramáticamente impredecibles»[*].

[*] Con este tipo de organigramas terroristas siempre cabe la posibilidad de que persistan células durmientes.
[*] Javier Jordán.

Lo que pasó luego fue una auténtica ilustración de la intersección de los intereses generales con los personales en los que se confunde el cumplimiento del deber, fines xenófobos y ejercicio de prerrogativas propias de un estado de sitio.

Cambiaron las reglas del juego y se instalaron nuevas pautas para la relación nacional-inmigrante. Sin tener en cuenta los errores o las perezas del, aun fresco pasado, se precedió a la puesta en pie de una arquitectura migratoria en la que todos los inmigrantes eran culpables hasta demostrar su inocencia. Los interventores tenían otros objetivos y los intervenidos distintas reglas a seguir*. La mejor de las buenas conductas consistía, así de inexplicable y así de horroroso, en delatar a a un hermano, a un amigo o a un miembro próximo de la familia o de la pandilla.

Permutación de influencia y comodidades y ósmosis que proporciona opulencia y facilidades casi siempre mal explicadas. Abundaron los dedos acusadores pero escaseaban las pruebas cabales y categóricas.

Las evidencias comenzaban a aparecer como enigmas y las explicaciones, simples simulaciones o simulacros. La hipocresía social volvió a hacer flote y la prudencia imponía nuevas fronteras entre lo propio y lo ajeno.

La psicología del rumor… negro y trolero.

Un desastre… los íntimos de ayer comenzaron a mostrar más reservas hoy. Y los «sociables» de antaño prefirieron el aislamiento y la auto-exclusión. Una extraña terapia para evitar malas sorpresas.

Entre el hecho y el dicho había mucho…. Estrecho de Gibraltar. Lo procedente del país de origen se comprobaba con lupa y la fobia a la política y al debate tomaba alarmantes proporciones.

De nuevo la religión ha vuelto a deslumbrarse como la única salvadora de aquella idiosincrasia impuesta por unos inexistentes tribunales inquisitorios y por razones de Estado que solo germinaban en la mente y la perturbada imaginación de quien descubrió en la nueva situación, una providencia para la suya.

No se salvó ni siquiera la proliferación de las asociaciones ni el pluralismo expresivo de algunos de sus intencionados fundadores. Lo que era poco antes riqueza cultural la convirtieron en abstracta alineación de los que no tenían estrategia alternativa ni ideas para alimentarla.

Entre los inmigrante marroquíes en España era el debacle disciplinario.

* En un posterior viaje a Madrid y una serie de visitas a los barrios donde residían los presuntos autores del 11-M, el autor descubrió un giro de 180 grados en la manera de ser y de actuar de la mayoría de los que había encontrado durante los días que sucedieron los atentados de la periferia de Madrid. Parecía que había menos confianza y más parquedad entre los miembros mismos de la comunidad inmigrante.

II

Por haber perdido el arma de la información y de la comunicación, algunos países perdieron progresivamente su alma.

Desde su salida del norte y del sur, los españoles nunca devolvieron la cara ni para despedirse de los más de tres millones de hispanohablantes de su ex protectorado.

No quería saber nada y nada supo.

En cambio Francia y posteriormente Estados Unidos lograron utilizar a fondo el arma de la información, diseminando fácilmente la intoxicación y la realidad.

En ausencia de su antigua socia en la colonización de Marruecos e imperando sin rival sobre sus acciones de «cooperación» nunca desinteresadas, Francia transformaba tranquilamente el « prêt-à-porter» en un «prêt-à-penser» en dirección de una élite o bien formada en Francia, según determinados cartabones, o bien reconvertida y readaptada al modelo galo.

Sólo la TVE y algunas estaciones de radio como Cadena SER, COPE o RNE seguían constituyendo en el norte del país «colonialismos sin querer» sin estrategias de comunicación aptas a este tipo de incondicionales oyentes ni interés por lo que podría ser rentable culturalmente a corto plazo y económicamente a largo plazo.

La opacidad, miopía y falta de ambición en la política cultural de los sucesivos gobiernos de la ex potencia colonial en el norte y el sur de Marruecos, disuadió a los que, conscientes de la realidad, insistían aún en luchar contra molinos de vientos «culturalmente» intrusos a deponer sus sables de madera y a subir al tren tricolor. Ante aquél océano de frialdad e indiferencia hasta el «españolizado» Sahara tuvo que resignarse y postergarse ante la lengua de Molière.

Francia explotó ingeniosamente los sectores de la cultura, ciencia y tecnología a través de una pseudo-financiación de la formación y la investigación.

En una entrevista acordada al entonces director del diario El País, Joaquín Estefanía en el palacio real de Marraquech*, el difunto Rey, Hassan II le recordó que, a título de ejemplo del desinterés de los responsables españoles por su cultura universal, en la ciudad de Tetuán habían decenas de escuelas españolas y que pese a sus consejos sólo quedaban dos o tres.

El ex director de El País se quedó perplejo al escuchar de la boca del difunto soberano que, desde su acceso al trono siempre obraba para que sus próximos colaboradores hablaran el castellano.

Sin embargo, poco a poco, con el pretexto de su solidaridad «militante» en su defensa contra las agresiones de las que son o pueden ser objeto en su país los militantes de organizaciones de derechos humanos o los profesionales de la prensa en el amordazamiento de sus autoridades, la

* El autor era entonces traductor simultáneo de Hassan II.

«sociedad civil» gala remplazaba tranquilamente a su homóloga española, desafiando la proximidad geográfica y las afinidades históricas de sus nuevamente colonizados culturalmente.

En las décadas de los 60 y 70 comenzaron las primeras avalanchas de los inmigrantes desde la ex zona española de Marruecos hacia Francia. 10, 20 o 30 años después regresaron al país hechos unos auténticos portavoces del saber hacer francés. La TVE y más tarde la proliferación de las televisiones privadas como Antena 3, Telecinco y otras televisiones autonómicas se encargaron de la misión imposible de rescatar un atavismo literalmente eclipsado por una xenofobia lingüística y por una total ausencia de curiosidad e inclinación hacia las cosas del vecino del sur.

La negligencia de los sucesivos inquilinos de la Moncloa por los asuntos del vecino marroquí pasó factura a los gobiernos que comenzaron en la década del 90 a incluir en sus conceptos y concepciones geopolíticas a sus vecinos próximos, entre ellos aunque de manera artesanal, Marruecos.

Desde 1991, fecha de la primera ley sobre la inmigración, España comenzó a sentir una imperiosa necesidad de alimentar algunos de sus sectores de actividad que carecían de la mano de obra necesaria ni suficiente como la agricultura, la industria, la construcción y el sector terciario. Dieciséis años después, sobre los casi quince activos en España, 240.000 marroquíes o de origen marroquí de los 604 000 censados con residencia o permiso de estancia en España tenían un empleo. O sea: el 1,6%[*].

Casi diecisiete años. Es decir: media generación, con lo que ello acarrea en tanto que evolución cultural cuando no sismo identidario, sometida a la relación seguridad-inseguridad laboral: en el segundo trimestre del 2007 el número de los parados marroquíes en España ascendía a la inquietante cifra de 400.000 personas. Lo que representaba el 12% de la población inmigrante en España y el 5% de la población activa total[*].

2004-2007: para los inmigrantes magrebíes en España de mal a peor. Si a ello sumamos las mil y una redada de la policía española: Operaciones Saeta en abril del 2005, Sello I en junio del mismo año, Tigres asimismo en junio del 2005 y Sello II en enero del 2007 entre muchas otras podemos formar una escueta idea del estado de ánimo de esta media generación que poco conocía del país de origen pero mucho de ritos intrusos, impactantes en un tejido permeable y vulnerable, gracias a un mestizaje mal concebido y peor profesado.

Se pasaba, casi de puntillas, de una integración tranquila y programada a un enfrentamiento violento y sistemático.

La armoniosa y «ejemplar» o «modelo a seguir por otras comunidades de inmigrantes en España» integración de los marroquíes en el país de acogida (Cataluña) como lo calificaron el ex

[*] Cataluña con 200.000 personas, seguida de Andalucía con 89.000 y Madrid y Castilla-La Mancha con 68.000 marroquíes.
[*] 10,4% de los hombres y el 10,5% de las mujeres.

alcaldes de Tarragona, Miquel Nadal o de Vilanova del Cami, Joan Vich i Adzet,[*] se convirtió en una amenaza y motivo de desconfianza y parquedad.

Era el síndrome de un extremismo adquirido.

Las ovejas negras eran escasas. Pero las suficientes como para servir a los no pocos «morófobos» de España a no escatimar esfuerzo alguno para identificar la ínfima minoría con la abrumadora mayoría de los inmigrantes marroquíes en España.

Algunos «integrados» en altas instancias dirigentes en los centros de poder o de oposición en España prefirieron desmarcarse del «delicado momento» que atravesaban sus compatriotas afincados en España, esperando mejores momentos para la atracción de votos[*].

Desde el 11-M la travesía del desierto del inmigrante marroquí en España ha conocido diferentes inflexiones en diversas épocas. Lo que dio lugar a la emergencia de una nueva conciencia más adaptada a la realidad socio-política del entorno en donde vivían y más acorde a los imperativos de una indispensable, cuando no urgente integración en previsión de otros «San Quintines».

En este contexto se enmarcaba la carrera contra —reloj, a menudo desordenada y sin pautas de la legalidad administrativa precisa o concisa, hacia la obtención de la nacionalidad española.

Se preparaba a lo peor. A la inmensa mayoría le bastaba el estatuto de «ciudadano de tercera», generador de votos y de victorias electorales y que, con el paso del tiempo se demostró que prefería permanecer en su «no man's land» patriótico e incluso identidario.

De privilegio, la nacionalidad española paso a ser, una acuciante necesidad.

[*] En sendas entrevistas del autor con las dos autoridades locales catalanas.

[*] Algunos y no todos, porque a título de ejemplo se debe rendir un especial homenaje a la acción del diputado socialista de origen marroquí en la Ciudad Condal, Mohamed Chaib, quien defendió a capa y espada lo que creía justo.

III

Uno de los sultanes alauitas* dijo: «nosotros los reyes torturamos al que nos quiere, ejecutamos al que nos odia y feliz aquél cuyo camino nunca cruza el nuestro». Caprichos, severidad y rigor en el ejercicio del poder y transparencia en el modo de tejer vínculos con los soberanos.

Sin embargo en pocos países como Marruecos ha habido tanta adulación, tanto amor y tantos cruces de destinos con los mandatarios.

En Jamaa Al Mezouak las cosas eran distintas hasta hace pocos años. Se vivía de espaldas al país y se creía que todo tenía un precio. Aquí, como en otros países y ciudades del mundo musulmán, lejos de la decadencia y ocaso anunciados a bombo y platillo, el llamado Islam político sigue encontrando a incondicionales adeptos. Pero contrariamente a lo que se piensa a menudo, ello no se debe al vacío dejado por las grandes ideologías, sino simplemente porque el fundamentalismo y su principal vertiente: el fatalismo constituye la mejor de las terapias ante la pobreza, la exclusión, la injusticia y la humillación.

Con el paso del tiempo, Rabat se dio cuenta de que su misticismo solo era comparable con su utopía ritual. El barrio parecía más a uno de Kandahar que a sus semejantes de la Comunidad Urbana de Tetuán. La negligencia de las autoridades locales y nacionales invitó a sus habitantes a perderse en un laberinto anarquista tildado de confesional, olvidando su adhesión irreducible a su ciudad y a sus, según sus habitantes, legendarias tradiciones.

Se pensaba con las ideas de otros y se respiraba la desconfianza venida de más allá.

En sus, últimamente casi providenciales visitas al barrio, Yussef no compendia por qué tanta inurbanidad. Había prometido a su madre de construirle una villa como la del Sr. Sedraui*.

—Con sus rosarios y los extraños gorros que no sé de dónde los saca, no creo que pueda ayudar gran cosa.

—El tío cambió radicalmente.

—Para mal.

—Bueno, yo no he dicho esto.

—Ni reconocía a sus antiguos amigos ni ellos querían reconocerlo.

—Un magnífico prototipo de lo que debería ser la lucha contra la inmigración clandestina.

—Y legal… si él vive en España yo prefiero seguir viviendo aquí.

—¿Por qué no se va a Afganistán?

—Pues… no te preocupes, acabará allí.

Ayer y hoy. Aquí y allí. Dos mundos distintos y casi distantes. Dos universos alternativos.

* De dinastía alauita de la que es descendiente el actual monarca Mohamed VI.

—Patria es la que te da pan.

—Pan y… dignidad.

—¡Amigo! Con la pobreza no hay dignidad. La necesidad te desvalija de todos tus valores. 2.900 personas murieron, intentando llegar a donde está y no lo aprecia en su justo valor Yussef El 75% de ellos subsaharianos. Muchos en el Mediterráneo o en el Atlántico pero la mayoría al atravesar el Sahara.

¡Maldita pobreza que obliga a algunos a precisar después de revelar su nacionalidad que «nadie es perfecto»!

En Jamaa Al Mezuak nadie conoce la frontera entre la pobreza y la riqueza. El tráfico ilícito de hachich la venta de productos de contrabando, procedentes de la vecina Sebta enturbian los parámetros sociales y económicos.

Los que tienen y los que tienen menos. Los adinerados y los nuevos acomodados. El barrio de los contrastes. El barrio de todo. El barrio de nada. El barrio que rechaza toda seguridad espiritual. El barrio donde la religión tiene fines políticos. El barrio donde los héroes han cambiado de fisonomía y de nacionalidad.

Jamaa Al Mezuak vive de espaldas a la realidad. Por ello Yussef ha tenido poco… muy poco que explicar. Poco se le ha preguntado.

—Este regresa exactamente como se fue.

—Peor que como se fue. Nos regresa con más mala leche.

Los islotes de opulencia eclipsaban de manera surrealista la carencia y la escasez. Las fronteras entre ambas eran siempre indecisas e indefinidas. La tierra donde todas las semanas son santas. Todas las semanas, todos los días y todos los instantes. Nadie podía ni debía cambiar el curso de los acontecimientos.

Todos eran igual ante… Dios, dispares entre la sociedad civil y variopintos ante la autoridad. La ley del más excluido… del que nadie ayudó… nadie quiso reconocer… del que se obligó al auto-exilio.

Contrariamente a otros, Yussef regresaba al país sin vehículos de lujo, ni pulseras de oro ni economías para construir. Regresaba con otras ideas, otra visión de la vida e ideas que rozaban el pecado. Nada que podía atraer a amigos ávidos de limosnas bajo forma de generosidad y de caridades envueltas en papel regalo… ni siquiera para contribuir a la construcción de una nueva mezquita.

—¿Pero, qué coño fabrica éste en España?

—Si no dan, nadie sabe lo que hacen en su destierro. Que sois una banda de mendigos. Peor que los vampiros porque ellos por lo menos chupan la sangre, vosotros chupáis el sudor y las lágrimas.

El gran éxodo. Como otros buscaron y encontraron una patria usurpada, ellos se fueron y nunca encontraron su Dorado soñado. Se fueron con sus crucigramas dogmáticos y sus conjuras doctrinales o rituales.

VI

Tres años de instrucción, cinco meses de juicio y tres de deliberaciones del proceso del 11-M dieron a luz una abstracta sentencia: ningún autor intelectual de la peor matanza desde la del 11-S en Nueva York y Washington a pesar de su apocalíptico balance: 191 víctimas mortales y 1.856 heridos y pese a la sombra inicial de Al Qaeda, la multinacional confesional de limpieza con explosivos.

En este orden de ideas por falta de pruebas, el juez Baltasar Garzón de la Audiencia Nacional, la instancia penal española encargada de juzgar asuntos terroristas, decidió en más de una ocasión poner en libertad a presuntos terroristas arrestados aunque la instrucción se prosiguió por un «presunto delito de financiación de actividades terroristas» o de «fraude en las finanzas públicas».

La psicología del rumor eclipsaba todas las visiones objetivas para combatir un flagelo aun en ciernes. En febrero del 2008, refiriéndose a un misterioso informe de unos no menos misteriosos servicios de inteligencia y a documentos y testimonios inéditos, cuyo origen no precisa, el diario El País revelaba que desde el 2003 más de un centenar de candidatos a atentados suicidas en Irak reclutados en España.

¿De qué nacionalidad? Tampoco fue revelado por el rotativo español.

Como se esperaba a lo largo de los tres años del pleito los retos eran más políticos que judiciales. Nadie sabrá nunca si se trataba de confirmar o de establecer la verdad. Lo cierto es que el 16 de abril del 2004, la cadena de televisión «Al Arabia» transmitió un mensaje del líder supremo de Al Qaeda, analizado como auténtico por los expertos estadounidenses en el que justificaba los atentados de Madrid un mes antes. Inscribiéndose en su línea yihadista, Ben Laden no reivindicó explícitamente las masacres del 11-M probablemente para evitar una redundancia, puesto que reivindicaciones de los atentados existían redactadas por «brigadas» que se autodefinían claramente de la organización de Ben Laden (Abou Doujana el afgano, del grupo Ansar Al Qaeda en Europa, cuya autenticidad fue establecida por la policía española que precisó que fueron redactadas por los siete radicales que posteriormente se inmolaron con explosivos el 3 de abril al ser localizados y cercados en un edificio al sur de Madrid todos en situación regular en España, algunos de los cuales adquirieron incluso la nacionalidad del país huésped).

Para un verdadero musulmán resulta, cuando menos difícil comprender la intención del Ministro Español del Interior del Partido Popular de la época, Ángel Acebes quien en un coletazo, el 14 de abril del mismo año «consideró» públicamente difícil prevenir las acciones de «extremistas integrados en la sociedad y que, de sopetón, forman una célula terrorista activa».

El dirigente popular se refería implícitamente a la «presencia en España de ciudadanos de una cultura teocrática, poco permeable a la laicidad occidental y sus valores democráticos».

¿Auto justificación o incitación a la xenofobia agravada?

En todo caso, se franqueaba de esta manera otro paso en la dirección del choque de las civilizaciones que tanto busca y afortunadamente hasta ahora no encuentran ni Al Qaeda ni la extrema derecha europea.

Ni víctimas ni victimarias. Los actos terroristas en Madrid y en Nueva York y Washington y las réplicas guerreras en Irak y Afganistán ensombrecieron la diferencia entre el crimen y el castigo.

Los que hablaban de terrorismo islamista y de culturas teocráticas se resistían a recordar que antes del 11-M y del 11-S el mundo musulmán fue blanco de la obra siniestra de los fundamentalistas.

De este modo, entre 1992 y 1998, los integristas egipcios asesinaron a más de 1.200 personas, entre ellos noventa y dos extranjeros: En abril de 1996 los terroristas ejecutaron a dieciocho turistas griegos cerca de un hotel en el Cairo y en noviembre de 1997, cincuenta y ocho turistas, de ellos treinta y seis eran suizos, fueron asesinados a sangre fría.

El desprecio de la vida humana y de la inocencia no data del 11-S ni del 11-M ni nunca ha tenido una motivación de orden religioso aunque lo enarbolaba como pretexto.

Entre los dos atentados el 16 de mayo del 2003 un comando del horror asesinaba salvajemente a cuarenta y cinco personas en Casablanca.

El 14 de noviembre del 2006 Naciones Unidas, España y Turquía presentaban en Estambul su Informe sobre la Alianza de Civilizaciones, destinado, según sus patrocinadores, a evitar un choque entre el Islam y Occidente.

Curiosamente una de sus principales recomendaciones plantea, para la solución del conflicto árabe-israelí, la condición de la democratización de los países musulmanes por lo que «se debe sensibilizar más a los jóvenes y a la prensa (musulmanas) al multiculturalismo».

Una vez más se ha confundido entre la velocidad y el tocino. Por no llamar al pan, pan y las cosas lo que son, el cónclave de Estambul y sus resultados se quedaron en agua de borrajas.

El Informe de Europol, el órgano europeo de coordinación policíaca para el 2007 hablaba de 583 acciones terroristas desbaratadas. Es decir 24% más que durante el 2006. Lo que, según el informe de Europol, ha engendrado la detención de 1.044 sospechosos. 48% más que el año anterior.

El 91% de estos ataques o proyectos de ataques terroristas eran atribuidos a grupos separatistas locales. Sólo cuatro atentados o tentativas fueron, según el citado informe, obra de los islamistas.

Sin embargo de poco han servido las estadísticas y las evidencias. Europol advertía que «la amenaza yihadista seguía constituyendo la principal amenaza terrorista contra los miembros de la UE».

«Aunque vuela es una cabra»*.

* Refrán marroquí que relata una pugna entre dos hombres, uno de los cuales testarudo. El primero vio un pájaro. El otro le dijo que no, que era una cabra. Al volar el ave el primero le dijo: ¿Has visto? Sí he visto, ¿y qué? Aunque vuela es una cabra.

V

El profesor marroquí Abdessamad Dialmy[*] tiene razón al afirmar que «el terrorismo islamista marroquí es un fenómeno multidimensional, a la vez, económico, religioso, político, cultural y psicológico que puede ser considerado como un hecho social total».

Difícilmente se puede discrepar con este eminente especialista del integrismo radical cuando afirma que «se trata de un fenómeno extremadamente complejo».

Complejo y, a menudo, contradictorio porque un simple análisis objetivo del salafismo-yihadista marroquí, sus ideólogos, sus tendencias esquizofrénico y sus «profetas» introduce en la perplejidad más absoluta.

La psicosis terrorista en muchos países del mundo, especialmente en Europa o en Estados Unidos sirve, muy a menudo, para atenuar los efectos de masacres israelíes contra sus vecinos palestinos o libaneses.

Desde el 11 de septiembre del 2001 en EE.UU. el 11 de marzo del 2004 en España o incluso, aunque con algunas escaramuzas callejeras en siempre en Casablanca, en Marruecos el 16 de mayo del 2003[*], se anunciaron infinitas veces alertas máximas y alertas de diferente color. Días, semanas o meses después desaparece misteriosamente la «amenaza» y se procede a disminuir su grado de sin dar la menor explicación ni de lo que era ni de cómo se ha contrarrestado.

Escuchemos la opinión de una autoridad en la materia en torno a la posterior instrucción de los atentados de Casablanca: «Cuando me encargaba de la cartera del Interior bajo el reinado de Hassan II y de Mohamed VI —opinaba el difunto Dris Basri, ex Ministro del Interior de Marruecos en una entrevista en octubre del 2006— los servicios tuvieron que hacer frente en muchas ocasiones a tentativas tendentes a derrocar al poder. La justicia presentaba entonces a los presuntos sospechosos a la opinión pública con pruebas que permitían incriminarlos: confesiones, pruebas, armas y documentos comprometedores. En el asunto en curso (se refería a la instrucción del 16-5), la autoridad encargada de la investigación evocó el descubrimiento de tres botellas que hubiesen podido servir a la fabricación de cócteles Molotov. Es poco».

En este capítulo de incertidumbre se enmarca también el caso del español de origen marroquí Maghder Buchaïb, quien después de pasar anos en Suecia decide instalarse con su familia en Burgos donde ejercía la profesión de carnicero e imam «espontáneo» en una de las improvisadas mequitas de esta ciudad del norte de España. Al día siguiente del 16-5 fue arrestado en Casablanca a donde llegó a

[*] Profesor en la Universidad de Fez (Marruecos).

* Cuatro atentados suicidas en Casablanca, contra un círculo de la Alianza Hebrea en Casablanca y dos lugares frecuentados por extranjeros, más la Casa de España en la capital económica marroquí, causaban cuarenta y un muertos y un centenera de heridos.

finales de diciembre del 2002 para presentar sus hijos a su familia, siendo juzgado y condenado por un tribunal de Rabat a la pena capital.

El diario El País revelaba al respecto que los servicios secretos españoles se mostraron atónitos ante la condena a muerte de alguien que, en España nunca se distinguió por su proselitismo extremista.

En cambio, otro español, Abdelaziz Echu, 31 años, acusado de pertenecer a una asociación delictiva por su implicación en los atentados del 16 de mayo en Casablanca fue declarado inocente y puerto inmediatamente en libertad.

En efecto, muchos órganos de prensa del «prêt-à-porter» recuerdan muy frecuentemente que el peligro y sus amenazas no desaparecieron.

Jamaa Al Mezouak a donde juzgó importante enviar a uno de sus reporteros internacionales el prestigioso New York Times para investigar las redes que estimulaban a los jóvenes a optar por Al Qaeda para ir a realizar misiones suicidas en Irak reúne, como lo subraya el politólogo marroquí Mostafá Tossa*, todos los ingredientes de un laboratorio a cielo abierto de lucha contra el extremismo… extremismo… Todos, menos, quizás lo que pensaba el enviado especial del rotativo americano, quien descubrió en éste y en otros barrios de la periferia tetuaní que la inmensa mayoría de los practicantes eran, además de correctamente moderados, opuestos ferozmente, contrariamente a los políticos, a toda alianza con los narcotraficantes.

Efectivamente el reportero del New York Times encontró a fieles que se negaban rotundamente a rezar en las mezquitas construidas generosamente y equipadas costosamente de alfombras iraníes por dinero presuntamente procedente de tráfico de drogas.

Otra cosa fue lo que relato la periodista en sus crónicas sobre el Islam y los musulmanes de lo observado en Jamaa Al Mezouak y en F'nideq.

Desgraciadamente, en su afán de imitar ciegamente a su homóloga occidental, la prensa local y nacional en Marruecos fue contagiada con el síndrome anti-musulmán (islamista).

De esta forma, a raíz del desmantelamiento de una célula de reclutamiento para Irak, cierta prensa marroquí procedió a la publicación de artículos sobre lo que, inconscientemente, llamaba «alianza de los narcotraficantes con los terroristas islamistas». Sus fuentes no eran otros que la CIA americana, la DST francesa, el CNI español, entre muchos otros que eligieron Tetuán para instalar sus antenas sobre todo después de conocerse el atentado suicida, el 28 de octubre del 2007 en Bagdad de uno de sus hijos: Jamal Ahchouchi de 25 años.

De simple puente hacia Irak o… Atocha, algunos periodistas en ciernes en complicidad con los viscerales alérgicos al Islam y a los musulmanes convirtieron a la apacible ciudad del norte de Marruecos en un mantillo terrorista.

* La definición de Mostafa Tossa abarca a todo el país.

Nadie en Jamaa El Mezouak o en otros barrios de los arrabales de Tetuán, laureados, a pesar de ellos, con una siniestra celebridad terrorista, sintió jamás admiración alguna por cinco de sus indóciles hijos inmolados en Leganés.

Raúl Hernández, El Siete es-fue un excelente jugador. Sin embargo, no todos los madrileños lo son.

El sociólogo Mohamed Ayadi explicaba, el 23 de octubre del 2008 en las páginas de la publicación marroquí Al Magrebia que vivir en un barrio de chabolas no debe ser concebido como una característica de terrorismo «la estructura social que fue desmantelada en Marruecos y en el extranjero desmanteladas —explicó— muestra que la práctica del terrorismo no se limita a las capas desfavorecidas de los barrios pobres y marginalizados».

En la misma publicación un habitante del barrio* en Tetuán, Halhoul Abdelhamid se indignaba de la manera con que la prensa del país informaba sobre las células terroristas de Tetuán. «Era como si toda la juventud Tetuán no tuviera otro deseo que incorporarse a la guerra santa e ir a Irak a hacerse explotar».

No obstante, la insolencia en algunas partes de Occidente, como España, puede alcanzar dimensiones realmente alarmantes. «Los españoles han comenzado a tomar en serio la principal amenaza a las democracias europeas —escribía el lunes 3 de mayo del 2004 en su blog Alejandro del Valle—: el totalitarismo islamista que la mayoría de los analistas y responsables políticos europeos persisten en querer llamar "fundamentalismo" o "integrismo" como si sólo nos enfrentamos con Ben Laden o los Hermanos Musulmanes a una versión "verde" de los tradicionales integrismos de las "religiones del Libro" y naturalmente condenadas a apaciguarse con la ineluctable modernidad y la "pacificación" de Irak y del conflicto árabe-israelí».

Más integrista… ¡imposible!

Todo un terrorismo intelectual. Un insulto a la inteligencia de casi 1.500 millones de musulmanes.

En el mismo capítulo de esta xenofobia primaria y subdesarrollada se enmarca la episódica y «morófoba» campaña en el sur de España contra las exportaciones marroquíes de tomates, en virtud de acuerdos entre Rabat y Bruselas hacia la UE. Ningún andaluz, menos aún los agricultores, algunos de los cuales se erigen como auténticos gladiadores contra el paso de los productos agrícolas de su vecino del sur, ignora la impresionante cantidad de tomates y de naranjas «Made in Israel», que llegan diariamente a los diferentes mercados andaluces.

Pero Israel está lejos. Marruecos cerca… quizás mortalmente cerca. «Además Israel no exporta a sus inmigrantes», comentaba uno de estos gladiadores en el parlamento andaluz durante una de sus sesiones de marzo del 2009.

Mas incoherente… ¡Imposible!

* Uno de los grandes barrios periféricos de Tetuán que, junto a Saniat Ramel fue construido para hacer frente al éxodo rural en los años 40.

CAPÍTULO QUINTO

CORTINA DE HUMO

I

En reinvención permanente, F'nideq parece rechazar una realidad que cree sin esperanza. Su exigencia de la eficacia la mantiene al margen de todo ordenamiento territorial o de una adecuación turística. Con o sin elecciones la localidad, la bella ciudad nunca pierde el gusto al escrutinio y a la… compra de votos. El feroz espíritu crítico de sus habitantes de pura cepa les ha expuesto a la imprudencia de desafiar el orden existente.

Este es mi Documento de Identidad Nacional. En caso de que ocurra algo no olviden de que yo soy testigo, advertía Masoud un conocido contrabandista a sus amigos antes de comenzar sus idas y venidas entre su ciudad y la de su fortuna: Sebta.

Mientras que otros puntos del litoral tetuaní bascula entre las temporadas, debido a su «estratégica» situación geográfica, entre dos «mundos», F'nideq desafía la coyuntura y niega la irreversibilidad del tiempo.

Desde cualquier paraje de la ciudad se puede asomar hacia una dirección y su turismo selectivo destinado exclusivamente a los acomodados extranjeros o nacionales y acomodadores locales y otra con su tratamiento inhumano y degradante hacia los indeseables «huéspedes» subsaharianos, cuyo tránsito por la ciudad se considera como una amenaza a la tranquilidad pública.

Como si no resultamos nosotros suficientes para «quemar»* al otro lado.

Y si los españoles trataran a los nuestros como tratamos nosotros a esta pobre gente.

Aquí, todos han asistido, de una manera u otra, a la discriminación racial en el momento de las detenciones individuales o colectivas de los subsaharianos.

Desprovistas del sentido moral, muchas mentes cerradas con cerrojo apoyan «la mano dura» contra todo quien pretenda glosar aquí el léxico migratorio.

Vidas codificadas. Miembros de la misma familia con nacionalidades distintas. Sueños y realidades. Sueños y pesadillas.

Encrucijada migratoria que se pierde entre identidades… entre justicias e injusticias… entre beneficios y descalabros.

Con su imaginación constantemente avara estos militantes de la incertidumbre luchan desesperadamente contra la licitud. «Todo tiempo pasado fue mejor», se lamentan los ancianos. «Queda Dios», responden los jóvenes.

* Término que los marroquíes usan para designar a los que inmigran clandestinamente hacia España.

¿Apatía o inconciencia? Las dos y ninguna.

En la urbanización Badr* donde residía Yussef antes de comenzar a soñar, como Joan Manuel Serrat, de «que le enterraran en la ladera de un monte, más alto que el horizonte…» porque siempre quiso «tener buena vista», quedan pocos jóvenes. Los que no se fueron a la península buscan la vida en Sebta o naufragaron en una de sus treinta y cuatro asociaciones ficticias tablighistas* que las autoridades locales han creado para contrarrestar al pro-Marruecos.

En la mezquita Mohammad Al Mubarak, una de los 26 templos de la ciudad ocupada aún se recuerda a «aquél joven devoto» que como todos los devotos de la ciudad desapareció un día sin dejar rastro alguno, víctima de una extraña unión entre unos dudosos predicadores pakistaníes y un «providencial» dinero Saudita.

Sin contemplar la realidad socioreligiosa a medio y largo plazo, las autoridades del enclave han creído encontrar el medio más condenadamente rápido e invulnerable para hacer frente a sus alucinaciones de «hegemonía marroquí».

La obra del Dr. Frankestein en Sebta comenzaba a cobrar cuerpo. Los primeros terroristas en ciernes probaban suerte en ciudades «más adentro».

El odio y la xenofobia expresados en voz alta se encargaron de exacerbar los espíritus de los que se habían hartado de ser víctimas atroces de un orden que no es suyo.

Ante esta marea negra segregacionista, el primer ministro danés, Andrés Forasamsson se vio obligado a desmarcarse del provocador Geert Wilders, de su minúsculo Partido de la Libertad y de su folklórico «tsunami islámico». Por su parte el ministro holandés de Exteriores, Máxime Fergakhen tuvo que instar a no confundir la velocidad y el tocino. Es decir las religiones y las personas. En este caso el Islam y las atrocidades cometidas por algunos «musulmanes». En el mundo musulmán confundir los hombres y las ideas es-fue siempre, peor que un crimen… un error.

De hecho en Holanda viven 800.000 musulmanes que contribuyen, según todos los holandeses sanos de espíritu, al diálogo social constructivo y edificante en este país como son los casos de Ahmed Abutaleb, viceministro holandés de asuntos sociales y empleo y Nabahat Albirk, viceministra de justicia. Los musulmanes en Holanda representan el 3,5% del total de la población de este país.

No, ni siquiera me irrita lo que repite torpemente lo que le piden decir a cambio de la nacionalidad la extravagante Ayaan Hirsi Ali ni todos los islamófobos-marionetas de turno.

«No cabe coacción en la religión» (Corán).

La libertad de conciencia está establecida por este mismo Corán. Por ello, tanta cultura de intolerancia y de rencor ha dejado de surtir el efecto deseado por los que apuntan hacia los más de 1.500 millones de musulmanes (hoy, porque mañana serán muchos más) de un amplio abanico de

* Nombre de una de las primeras batallas que ganó el Islam.
* Mensaje o predicación (corriente fundamentalista).

razas, nacionalidades y culturas en, literalmente todo el mundo, sin excepción*, desde Filipinas hasta Nigeria, sin necesidad de clérigos y con una relación directísima entre el Creador y el creado, están unidas en su común fe islámica.

No obstante, muchos de estos musulmanes sienten una irresistible tentación de averiguar si vale la pena intentar saber quién está detrás de este nuevo y rentable negocio que es el anti-islamismo primario. O lo que es casi igual: ¿por qué sólo el Islam es blanco de tanta y tan rencorosa tergiversación? A juzgar por la actitud de «muchos» hay indudablemente planes, estrategias y hay presupuestos. En una palabra: hay voluntad político-religiosa.

Para el creyente musulmán no es lícito oprimir, así como no le es dejarse oprimir. El profeta Mohamed dijo: «Ayuda a tu hermano sea opresor u oprimido». Le preguntaron: « ¿opresor?». Dijo: «si es oprimido a liberarse de la opresión y si es opresor a dejar definitivamente esta actitud».

«Desde hace catorce siglos —precisa el escritor hispano-marroquí Mohamed Chakor— el Corán (azora III, aleya 64) nos exhorta a la convivencia pacífica: "Di a los judíos y a los cristianos: terminemos nuestras diferencias. Sólo adoramos a un Dios. No le demos comparaciones. Somos musulmanes"».

En uno de sus recientes trabajos sobre el dialogo euro-islámico, el mismo Mohamed Chakor recuerda que «a lo largo de tres mil doscientos años de historia sólo hemos conocido trescientos años de paz. Hemos sufrido casi quince mil guerras, que arrojaron el escalofriante balance de tres mil seiscientos cuarenta millones de muertos. El siglo XX ha sido el más mortífero, debido a las atrocidades cometidas por los integrismos laicos: fascismo, nazismo, estalinismo, nacionalismos excluyentes... Ninguna religión está exenta de crímenes y genocidios cometidos en el nombre de Dios…».

En uno de sus encendidos aunque muy esclarecidos discursos, el ex presidente de Malí, el cristiano Thomas Sankara dijo: «A comienzos del siglo XX cuando llegaron los primeros europeos a África, nosotros, los africanos teníamos las tierras y ellos la Biblia. Un siglo después, ellos tienen las tierras y nosotros la Biblia».

Desde medios de comunicación y en voz de algunos líderes (en este caso cantamañanas a sueldo de grupos de presión o de sociedades secretas disfrazadas de libertades de expresión… a expensas del prójimo) del planeta, se presenta a la relación entre el Islam y Occidente como un enfrentamiento. En su colección «Cultura Islámica», el Centro Islámico de la República de Argentina lo explica en estos términos: «Los argumentos que se exhiben se relacionan con el hecho de que poseer culturas, religiones y valores diferentes a los que profesamos día a día implica un conflicto».

Así la tesis del «choque de civilizaciones», presenta un mundo dividido en regiones culturales, donde esta identidad está dada por diversas formas, étnicas, históricas, religiosas, etc.

* Revelaciones de fuentes de la Santa Sede que fueron inmediata y rigurosamente sepultadas afirmaban hace poco que los hay hasta en el Vaticano que son criptomusulmanes.

Para la religión musulmana cuyos preceptos inculcan una cultura infinitamente más tolerante y más pacífica la deontología se inspira de las palabras divinas: «¡Hombres! Os hemos creado de un alma única, varón y hembra y hemos hecho de vosotros pueblos y tribus, para que os conozcáis unos a otros. Para Dios, el más honorable de entre vosotros es el más piadoso. Dios es Omnisciente, todo lo sabe» (49:13).

En su introducción a «Islam, Oriente y Occidente» el CIRA lo explica de manera más explícita con sorbos de emoción: «Desde la caída del muro de Berlín, muchas políticas se han articulado para presentar al Islam como un posible enemigo de la civilización occidental. A tal fin se han comenzado a utilizar términos que por su repetición constante e indiscriminada desde medios masivos, son ligados rápidamente a Islam, como terrorismo islámico, fundamentalismo islámico, células dormidas, integrismo islámico, guerra preventiva, eje del mal, nueva cruzada, oriente versus occidente, violencia islámica, terror de origen islámico, asesinatos selectivos etc.».

El Profeta Mohamed decía: «los dos bienes más deseables son la ciencia y la caridad y las dos más detestables son la ignorancia y el egoísmo».

II

Según el autor de *Musulmán bueno versus musulmán fundamentalista:* «expertos dicen que todo musulmán que no se atiene a la visión occidental de musulmán bueno es sospechoso de ser fundamentalista». No sólo «visión occidental» sino también visión occidentalizada.

Imperativos de la seguridad nacional de Estados Unidos o de Israel toman en muchos países árabe-musulmanes el carácter de interés estratégico nacional la defensa de intereses estratégicos estadounidenses que se convierten en deontología democrática del «prójimo» no occidental.

En la mayoría de los países musulmanes*, los regresados del infierno… muy occidental de Guantánamo después de largos años de tortura y privación corporal y moral, sin juicios ni conocidos cargos, fueron «acusados» de lo que ni siquiera EE.UU. se atrevió a formular.

Dos pesos, dos medidas. La geometría variable.

En la época de la ocupación soviética de Afganistán, cuando los «terroristas» se llamaban moujahidin, los que luchaban contra «los ateos comunista» eran considerados, también por la mayoría de los que los condenan hoy, como héroes del Islam y defensores de los preceptos del Corán.

Hoy el ocupante es distinto y la concepción y relación con este ocupante es distinta… momentáneamente: aunque la idea aun está en su génesis, a juzgar por las diferentes reacciones de los actores de la sociedad civil en Marruecos, por ejemplo, acapara cada vez más la atención: los métodos seguidos hasta ahora en esta lucha antiterrorista muestran sus límites y su ineficacia. Los que pasaron lustros en el Guantánamo salieron de él más extremistas y los militantes radicales cumplen penas y se radicalizan más.

Una nueva estrategia propia de cada país para combatir un posible descarrilamiento religioso se impone. Lejos de las injusticias, de las exclusiones, de las imparcialidades y de las geometrías variables.

Ni en Irak ni en Afganistán se vislumbran perspectivas de la estabilidad prometida. La geometría muy variable produce efectos nefastos efectos. Muchos otros países, como Somalia y gran parte del noroeste africano fueron contagiados, no por el síndrome fundamentalista sino por la incongruente y desproporcionadamente parcial política de Estados Unidos, en tanto que Big Brother en este mundo mono polarizado en materia de gestión de crisis internacionales y se deslizan poco a poco pero irreversiblemente hacia estas arenas movedizas… del integrismo.

A muchos países se imponen inadecuados modelos de «lucha antiterrorista» e inadaptadas concepciones de terrorismo. Tanto que es tan terrorista el musulmán muy practicante como el que lleva un cinturón explosivo.

* La mayoría, porque en Sudan, por ejemplo, el retorno de Samy Al Haj fue festejado como acontecimiento nacional y popular.

Musulmán bueno versus musulmán fundamentalista. Sólo los pro-israelíes o pro-política medioriental de Estados Unidos no son terroristas.

Para Washington, como para Tel Aviv*, todos los musulmanes son integristas… unos más militantes que otros.

No obstante, no pocos han comenzado a pensar que la cuestión de la seguridad colectiva de los ciudadanos del mundo es tan importante como para no dejarla entre los laboratorios y caprichos del Pentágono y así fue demostrado durante la visita del general V. Word a algunos países africanos en lo que en algunas capitales del continente era calificado de última oportunidad para obtener un apoyo de cara a la instalación del AFRICOM en algún país de África.

Más de cinco años después y pese a considerables, casi impresionantes medios de toda índole, no sería arriesgado afirmar que los talibanes son igual o más fuertes que cuando estaban en el poder en Kabul y Al Qaida demuestra, cada día, que está muy lejos de haber perdido su capacidad destructora en un país (Irak), sin presencia del ocupante jamás hubiera podido irrumpir.

Sin embargo…

«La iglesia busca con avidez oportunidades para escuchar la experiencia espiritual de otras religiones». Palabras de Su Santidad el Papa durante un encuentro multirreligioso en Sídney (Australia) donde se encontraba en el 2008 con motivo del Día Internacional de la Juventud.

A raíz de lo cual, reconociéndole más de un mérito moral, en el mundo musulmán, no pocos con una curiosidad sociológica han saludado esta sana rectificación del Sumo Pontífice que anuncia, no sólo una nueva era de distensión entre el «El Foro católico-musulmán», creado en marzo entre el Vaticano y algunos líderes musulmanes en tanto que estrategia de diálogo para mejorar sus relaciones, sino una nueva toma de conciencia que anula, abroga y quizás incluso remplaza lo que podríamos llamar el «Espíritu de Regensburg» en alusión al discurso del Santo Padre en el 2006 en el que, con un anacrónico, feroz e indiscernible acento crítico acusó al Islam de violento e irracional.

Ahora parece que los musulmanes ni son violentos ni son irracionales, por lo menos no más que otros.

Probablemente estemos ante una nueva toma de conciencia ante teologías primarias, la inutilidad de los constantes atentados contra el Islam y contra los musulmanes y la autosugestión de la «única verdad tangible». La declaración papal merece una profunda reflexión. A excepción de algunos islamófobos discapacitados*, el mundo, unos más que otros, está tomando conciencia de que «la supervivencia del mundo en sí depende del diálogo entre todos los credos».

«Di a los judíos y a los cristianos: terminemos nuestras diferencias. Sólo adoramos a un Dios. No le demos comparaciones. Somos musulmanes». Era hace catorce siglos. Es la azora III, aleya 64 del Corán.

---

* El resto, cuando se trata de esta cuestión se limita a copiar opciones.

* Algunos desde sus cargos en algunos gobiernos, como el de España y la ya anacrónica historia del velo.

Cultura de tolerancia. Un ejemplo de coexistencia y cohabitación pacíficas. Por ello para muchos musulmanes, a pesar de que curiosamente, incrustado en su imprudencia y mal gusto moral, Occidente, insensible e indiferente cuando se trata de profanar al Islam y su Profeta, sólo vio en este discurso papal llamamientos a un mayor respeto de ecologías, excusas a las víctimas de pedofilia por parte de curas australianos y otra estúpida etcétera, valoramos los propósitos de Su Santidad como ideas audaces, entre muchas otras cosas, porque nadie y de ninguna forma puede, a pesar de los diarios y lamentables reflejos pavlovianos contra el Islam, negar la irreversibilidad del tiempo y del… destino.

Desfalleciente memoria la de los que no hacen esta lectura de este «estado de necesidad».

En su *Política para Amador*, Fernando Savater revela que «a lo largo de tres mil doscientos años de historia sólo hemos conocido trescientos años de paz».

Pocos…

No es ningún mito... ninguna reminiscencia. Es la cruda realidad que juntos podemos y debemos cambiar: «hemos sufrido cerca de quince mil guerras con tres mil seiscientos cuarenta millones de muertos». Mohamed Chakor tiene razón: «ninguna religión está exenta de crímenes y genocidios cometidos en nombre de Dios».

El propio Chakor precisa en «Dialogo euro-islámico» que «el siglo XX ha sido el más mortífero, debido a las atrocidades cometidas por los integrismos laicos, fascismos, nazismos, estalinismos o nacionalismos excluyentes».

Siglo XX con sus vencedores y vencidos. Es decir: sus verdugos y sus víctimas. Siglo XX en el que el Islam y los musulmanes eran víctimas y dianas de todas las atrocidades.

¿Quién cometió tan horribles crímenes? Ni siquiera hace falta responder. Es la dialéctica de la historia y la lógica que la ilustra…

III

En su columna semanal en el diario marroquí «Al Ahdaz Al Magrebía», Jamil Asalhut nos recordaba el lunes pasado lo que debería ser para todos los árabes la mayor de las incongruencias (o la peor de las vergüenzas): «según las estadísticas de las organizaciones UNESCO y la árabe ALESCO, el índice de la lectura del individuo en el mundo árabe no supera los… seis minutos/año».

¡Alucinante! Vergonzoso, aunque la inmensa mayoría de nuestros mandatarios tienen otras preocupaciones. Se olvidaron del dicho del Profeta: «hacer de la ciencia accesible a todos es alentar a cada uno a instruirse». Pero ellos están más ocupados en la búsqueda de soluciones a los problemas de Occidente como para tener un segundo para pensar en la educación y la cultura de sus pueblos.

«Buscad la sabiduría de la cuna a la tumba» decía Sidna Mohammad.

El profeta dijo también que «los dos bienes más deseables son la ciencia y la caridad y las dos cosas más detestables son la ignorancia y el egoísmo».

Más contundente y explícito: «los beneficios de la ciencia —dijo el Profeta— son superiores a los beneficios de la devoción». O: «bebe de la sabiduría sin importar el recipiente que la contenga»… la cultura universal.

O sea que pertenecemos a la única religión del planeta que da explícita y prioritariamente un título de nobleza al saber y a la ciencia. En Europa se lee miles de veces más y mejor.

Más insensatez: los libros traducidos anualmente al español equivalen al número de los libros traducidos al árabe en trescientos años… en tres siglos.

El Corán dice: «¿podrán acaso equipararse los sapientes con los ignorantes? ¿Son iguales los que saben y los que no saben? Sólo los sensatos lo meditan» (39:9).

«Sin embargo, comenta irónicamente Asalhut, los musulmanes presumimos ser la nación de "Ikraa" o, en español, "lee", que es el primer versículo del Santo Corán revelado al Profeta».

¿Por qué y cómo la nación de «lee» no lee? se preguntaba legítima y acertadamente el cronista de «Al Ahdaz Al Magrebía» antes de explicar el motivo de su inquietud: «más del 25% de los árabes son analfabetos. O sea casi setenta millones de analfabetos». No obstante, como lo recuerda el centro islámico de la República Argentina en su colección «Cultura Islámica» la literatura de origen arábigo-islámica influyó en Juan Ruiz, el Infante Juan Manuel, Ramon Llull, Dante Alighiere, Miguel de Cervantes, San Juan de la Cruz y Santa teresa de Ávila, entre muchísimos otros.

En su «El Islam y la Cultura Universal», el centro subraya lo que hemos sido los árabes y ya no somos: «la influencia literaria del Islam, dejó su huella en la literatura de Europa, particularmente en España. La autoridad de los musulmanes en las universidades de Italia, particularmente en Padua, no era menor que en Francia, ocupando el mismo lugar que ocuparon en el Renacimiento los griegos y los latinos».

Sin embargo… en el 2008 consagramos menos de siete minutos por año a la lectura.

Existe una protesta del célebre Petrarca que nos muestra hasta qué extremo llegaba esta autoridad musulmana, dice: «¡cómo! Cicerón pudo ser orador después de Demóstenes. Virgilio pudo ser poeta después de Homero y ahora después de los árabes, no deberíamos atrevernos a escribir».

Y es que en nuestro enigmático mundo árabe, aferrados a nuestra incurable propensión, nos pasamos la vida (gobernantes y gobernados) tratando de renovarlo casi todo para que no cambie lo principal y… lo principal es tener la imprudencia y el mal gusto como las tenemos nosotros de no reconocer que nuestra desgracia «intelectual» consiste en dos factores no más: pobreza en un mundo inmensamente rico y represión contra una nación que reivindica con todos los medios imaginables un feroz espíritu crítico.

Hipnotizados por los McDonald's y una serie de las peores depravaciones morales occidentales, la mayoría de los que poseen en el mundo árabe contribuyen con las riquezas del pobre contribuyente a paliar la decadencia de occidente en vez de consagrar parte de estas riquezas a la educación, la ciencia y la investigación científica de sus iletrados pueblos.

Robert Briffaul en su trabajo «Creación de la Humanidad» ha expresado honestamente la deuda que tiene Europa para con los árabes: «fue bajo la influencia de los árabes y la resurrección de la cultura mora y no en el siglo XV que se produjo el verdadero renacimiento».

Por su parte el Padre Don Miguel Asin Palacios escribe: «los científicos y los filósofos cristianos debieron mucho de sus ideas a los hombres de ciencia y comentaristas musulmanes del siglo IX hasta el XVI».

Pero esto era antes… mucho antes de decidir no leer más que seis minutos por año pese a pertenecer a una nación cuyo Libro Sagrado comienza con «lee… ».

El poeta iraquí Maaruf Arrasafi dijo: «desgracia a la nación que sólo alza la voz en los entierros»… no contra la represión y la injusticia.

La inmensa mayoría de los que se fueron de su país en busca de «algo» mejor, no lo encontraron, o bien porque no lo asimilaron lo suficientemente, o bien lo pudieron resistir a tan tremendo cambio. Para esta mayoría el modelo de la sociedad que encontraron y la nueva organización de la vida en su destierro dorado correspondían a sus sueños, no a sus realidades.

Una indigestión cultural que, por no haber podido ser contrarrestada, hizo que los que la padecían fuesen infinitamente más vulnerables ante los predicadores de la violencia y del horror en nombre de un paraíso que para ellos, era justamente en donde vivían.

Al final fueron presa fácil del, por un lado de la elasticidad de los propios y del egocentrismo del extraño, llegando a confundir entre conciencia religiosa y masturbación ideológica.

La exaltación por especialistas de la subversión de lo que se fue y se puede volver a ser exacerbaba unos espíritus, durante años expuestos a la amenaza y a la metamorfosis.

Ni en Rabat, antes, durante y después del 16 de mayo del 2003 ni en Madrid antes, durante y al día siguiente del 11 de marzo del 2004 alguien logró discernir entre las amenazas que representa el Islam radical mal inculcado y peor aprendido y en lo que puede desembocar.

Ni en Marruecos ni en España ni en ningún documento del arsenal de documentos que sancionaban la cooperación bilateral en materia de lucha antiterrorista advertía contra el espeluzno que consiste en que el falso Islam es el único capaz de transformar un «pacifico» drogadicto en un terrorista de alto riesgo.

Desde el 16-5 en Casablanca una estrecha y en principio hubiese podido ser fructífera cooperación de los servicios marroquíes de lucha antiterrorista, fue instaurada con su homóloga española.

Hoy, no sería ligero afirmar que la subestimación de los servicios españoles de lucha antiterrorista de las tesis y a las teorías de sus colegas en Marruecos, su errónea devaluación de su idoneidad en materia del islamismo internacional, adquirida de mil maneras y en mil idas y venidas entre Rabat y Washington y su autosugestión profesional respecto a sus colegas africanos han ofuscado la realidad de las cosas, constituyendo uno de los elementos claves de su incapacidad de captar los indicios de lo que fue el 11-M.

VI

Desde uno de los dos balcones de su pequeño apartamento en la madrileña calle Martín de los Eros, se podían ver todos los movimientos en Plaza de España.

En aquel 12 de marzo del 2004 nada invitaba a observar anomalía alguna. El inquilino y sus cinco huéspedes llevaban casi dos horas contando chistes «del país».

—La esposa de un hincha del Madrid que se encontraba confortablemente sentado en un sofá siguiendo su partido frente al Barcelona, pierde su llave y toca el timbre. Al saberlo, el marido le grita sin quitar su mirada del televisor: «vete que estás divorciada».

Una salva de carcajadas.

—Uno que solía robar lo que encontraba de la casa de su familia. Un día se le ocurre robar el teléfono móvil de su hermana. Ésta le llama al mismo aparato y le exige que lo devuelva. «Cada vez que desaparece algo —contestó a la alarmada hermana— me lo reprochan a mi».

Otra desenfrenada salvilla de risa.

—Al disponer salir de casa, un agente de la fuerza auxiliar* llama a su esposa y le indica la porra sobre la mesa: «esconde el arma para que los niños no jueguen con ella».

Vaporosos comentarios a lo ocurrido en vísperas en Atocha* a lo que Jamal y sus invitados, tres de los cuales conserjes nocturnos en establecimientos públicos, se referían en términos acusatorios.

Un desafío a la lógica.

Jamal, el más intelectual del grupo interrumpía la discusión para contar a sus amigos «la otra obra siniestra de ETA en Madrid» sin olvidar de asociarla a la metodología del Frente POLISARIO.

—Estos separatistas son una lacra.

—¿Y a mí qué?

—El separatismo es uno e indivisible.

—Sí, pero lo de Casablanca era obra de otra gente.

—Las primeras noticias hablan de compatriotas entre las víctimas.

—¿Muertos?

—Entre muertos y heridos.

—¡Qué locura!

En el «Rastro»* las preguntas giraban en, torno a la identidad de los «nuestros» «si nuestros ha habido». A nadie se le ocurriría pensar que aquella obra siniestra era de algunos de los «suyos». La

* Fuerza reputada en Marruecos por su rigor e incluso exceso.
* Los atentados contra su estación ferroviaria.
* Mercadillo dominical muy concurrido por los comerciantes ambulantes magrebíes.

preocupación se centraba particularmente en torno a los que suelen tomar estos madrugadores trenes y a los que trabajan en la zona. Las especulaciones y los rumores nublaban tempestuosamente las fuentes de información. A pesar de la insipidez y la contradicción en los relatos al respecto, en Lavapiés y Somos agua algunos sentían llegar algo que nadie podía aún determinar con exactitud.

Las primeras insinuaciones de la autoría islamista comenzaban a cobrar sentimiento.

—COPE y Cadena SER* afirmaban esta mañana que los atentados de ayer pueden ser obra de terroristas islamistas.

—¡Vete ya! ¿Cómo van a ser musulmanes? ¿Qué musulmán puede cometer tan atroz crimen?

—Mira, Mohamed, yo te acabo de contar lo que me han dicho. Además tú, mejor que cualquiera de nosotros porque eres amigo de los «afganos» sabes que hay musulmán y musulmán.

—Sí, pero...

—Sin peros, Mohamed. Déjame terminar. ¿Eran musulmanes los que perpetraron los atentados de Casablanca o antes de Nueva York y Washington?

No obstante, sin énfasis ni opacidad, después de observar cierta expresividad que desvela mil eventualidades, muchos musulmanes de Madrid comenzaban a contemplar lo peor.

El comportamiento de algunos de ellos era insólito casi surrealista. Un equilibrio entre el suspense, la inquietud y el miedo de que la, hasta entonces era simple duda, se convierta en una certeza.

Comenzaban a barajar hipótesis, a llevar a cabo investigaciones propias y a insultar «la tolerancia que nos conduciría a la tragedia».

«¿Dónde estaba ayer fulano, desde cuándo desapareció, con quien iba y cómo actuaba?».

Llovía inquietud por los instintos.

Con paso de los días se iba acentuando el sentido de culpabilidad de quienes no insistieron en su disconformidad con el desprecio del riesgo, prefiriendo no hacer frente a la paulatina reconversión de los que eran presa de las empresas del horror.

«El que no duda, no sabe cosa alguna», repetía apurado Mehdí como si presagiara la pertinencia o como exigiese una redefinición del concepto de solidaridad.

Quería acusar a alguien… a algo… pero lo dejaba para su intimidad porque era consciente de que «de ser como dicen pondrían colofón a largos y difíciles esfuerzos por una mejor convivencia y cohabitación confesional». Estaba seguro de que «por más mínima que fuese la implicación musulmana en lo ocurrido, siempre habrá quien lo exageraría».

La ecuación segura y la posterior avalancha de arrestos impidió a algunas lenguas, dilatadas desde que se supo «una supuesta implicación islamista» a mostrarse más reservadas, más discretas y más tímidas. El curso de las investigaciones no podía ser peor.

—¿Pero si han dicho que era ETA?

* Emisoras de radio de los que los marroquíes de España son asiduos agentes.

—Creo que ETA...ban confundidos.

—Lo de los musulmanes debe ser…

—No hace falta avanzar argumentos ni...

Durante días el abominable crimen de Atocha eclipsaba todos los comentarios de la comunidad musulmana de Madrid y de España.

Con las primeras certezas comenzó una mezcla de vergüenza y consternación. Críticas y autocríticas. Acusaciones, insultos, sospechas y estigmas a los que «ya le he dicho a mi hijo Bachir que cuide con el afgano este…»

La psicosis del miedo y de la incertidumbre llegaba hasta el extremo del llanto y de crisis de alucinación.

—¡Oye, Alí, ¿dónde estabas la madrugada del pasado día 11?

—Contigo, aquí en casa. ¿No te acuerdas, mamá, cuando me contaste la historia de quien madrugó y Dios ayudó, encontrando cien euros?

—No, hijo, Dios no ayudó a nadie aquella madrugada. Además desde ahora en adelante debes saber que a quien cayeron los cien euros madrugó antes de quien los encontró.

—¿Pero, qué te pasa?

—Nada, como decimos nosotros en Marruecos, por los hijos cobardes, las madres no suelen inquietarse.

Dante y su Divina Comedia. Abu Al Alaa Al Mari y su «Episodios y finalidades»*.

En las familias musulmanas de la capital de España el clima era literalmente irrespirable a pesar de la total ausencia de indicios de una eventual caza de brujas.

En efecto ni en el aeropuerto internacional de Barajas ni en las recepciones de los hoteles en Madrid asustaba aún el pasaporte verde del Reino Jerifiano.

Una normalidad que, además de asustar, intrigaba.

Tanto estas madres como otros francotiradores de la igualdad de las oportunidades y de una integración armoniosa han tenido que esperar más de cinco años antes de que el Parlamento Europeo rechazara con los votos de 431 eurodiputados contra 55 y 94 abstenciones la creación de clases especiales para los menores de edad inmigrantes en los Estados miembros, a los que se insta a evitarlas. Con ello el Parlamento Europeo respaldaba la integración lingüística de los pequeños inmigrantes, solicitando incluso que se incluya su lengua materna en los planes de estudio y financiar el aprendizaje de la lengua del país de acogida con profesores que entiendan la lengua materna de los hijos de los inmigrantes.

La cuestión de la inmigración y más concretamente su integración social es tan seria como para no dejarla entre las manos de los ministerios del interior. Nada, efectivamente, es más complejo

* Filosofo y poeta árabe del que Dante copió su «Divina Comedia». Maari pidió antes de morir que su epitafio llevara la expresión « A esto me condenó mi padre y no condené a nadie». Se refería a la muerte y al hecho de no haber tenido hijos para morir.

que el tejido familiar de las generaciones de la inmigración. En la misma familia existen diversas corrientes del pensamiento que delimitan las fronteras de estas generaciones. La emergencia de una generación migratoria, cualquiera que fuera el país acogedor, no disuelve la anterior. De tal manera que las ideas conviven de manera frágil y a menudo reveladora de inevitables conflictos generalizaciones que llegan a veces hasta la ruptura y la negación de los valores intrínsecos del país de origen e inversamente de los del país de acogida con lo que ello representa en tanto que amenaza a la estructura familiar inmigrante y a la paz social en general en el país huésped.

Tanto en Marruecos como en España, se han llevado a cabo estudios de un inestimable valor social e incluso analítico que desgraciadamente, en vez de ser complementarios, la inercia política o intelectual de algunos en los dos países, transformó, a pesar de la buena voluntad de muchos, en contradictorios y por consiguiente inútiles y superfluos.

Todo el mundo prefirió optar por la cooperación segura… Era más fácil y más cómoda.

Los milagros del garrote vil.

V

Hasta ahora nadie logró resolver la ecuación paro-trabajo-emigración en Marruecos. La psicología del humor marroquí al respecto es, a más de un titulo ilustrativa. Por ejemplo cuentan que un rico empresario que atravesaba la Calle Mohamed VI en Rabat, principal arteria de la capital marroquí, al llegar a la altura del Parlamento se encontró en medio de una multitudinaria manifestación de los parados. Crisis de conciencia o deseo de ilustrarse, el empresario ordenó al conductor parar el vehículo, abrió la portezuela y llamó a uno de los manifestantes:

—Tú, ven aquí.

—Sí, señor.

—Toma mi tarjeta. Mañana a las nueve de la mañana ven a mi oficina y te daré un trabajo bien remunerado.

—¡Parece mentira! Aquí hay más de cinco mil manifestantes y sólo me has visto a mí.

La paradoja migratoria queda con esta anécdota medio explicada. La mayoría de los «pasajeros» de las pateras y de los cayucos creen que lo difícil es atravesar. Una vez «allí» se les recibirá con palma. De donde la elevada cifra de los marroquíes en el vecino país.

En efecto, frente a los 51.145 argelinos o los 46.145 pakistaníes, los residentes marroquíes en España alcanzan la muy electoralista cifra de 644.688 y el flujo aumenta[*].

En el 2004 y mucho antes, una fuerte polémica comenzó a cobrar cuerpo en el seno de la Comisión Islámica, cuya reforma muchos, especialmente la Unión de Comunidades Islámicas de España (UCIDE) han combatido a capa y espada.

Sus órganos, como los de su homóloga componente de la Comisión islámica, la Federación Española de Entidades Religiosas Islámicas (FEERI), nunca fueron elegidos democráticamente, además de que sus diferentes visiones del Islam hacen, como lo ha calificado la misma administración española, de «insostenible».

Ni en el seno de las mil y una asociación y entidades musulmanas ni en el ministerio español de Justicia, donde se entiende que «los musulmanes son los que se articulan. La decisión la deben tomar ellos y no el Estado»[*] se ignora que en el hipotético caso de que se optara por las elecciones, los marroquíes ostentarían el control de los musulmanes de su vecino del norte.

El 11-M no pudo constituir ningún punto de inflexión en la función de la imagen de los musulmanes marroquíes de España ni los posteriores arrestos pudieron alterar las crecientes coordenadas de la exigencia de reforma de este organismo, clave para el estado español.

[*] Ana del Barrio en El Mundo (16-3-2009).
[*] José Manuel López, director de la Fundación Pluralismo y Convivencia que depende del Ministerio de Justicia de España.

Desde mediados del 2002 en los barrios periféricos de la capital española, habitualmente habitados por una mayoría de marroquíes, irrumpen nuevos «exiliados» con diferentes acentos y distintas formaciones dogmáticas.

Poco a poco, sin que nadie lo sintiera, la «pleitesía» comenzaba a cambiar de significado y de sentido. La impostura confesional conquistaba la moderación ideológica.

Los que no seguían la corriente expresaban en voz alta y en toda ocasión sus quejas y sus inquietudes. Algo se movía en Somosaguas. Algo invadía Leganés. Algo se extendía como la peste por donde se proclamaba «Allah Hu Akbar»*. La inconciencia juvenil y una irresistible atracción por la aventura y la curiosidad constituían un terreno fértil para la propagación de ideas que ningún clarividente prodigó en el país natal.

El síndrome de la discordia y la contrariedad de las opiniones presagiaban lo peor. De lo que eran, Afganistán y Chechenia se han convertido en dorados del pensamiento suicidiario.

Falsos profetas que predican la violencia y el horror. Falsos fieles que inculcan el pecado y la profanación. Falsos maestros que enseñan el error y la perversidad.

De este modo comenzaban a aparecer los primeros indicios del odio y de la iniquidad. Los hermanos de ayer se veían de reojo y los que no siguieron los retos fueron acusados de mil perjuicios.

La filosofía del terror eclipsaba toda cultura de tolerancia, eclipsando la lógica del compromiso y de convivencia pacífica. De nada servían los consejos prodigados insistentemente por Mansur, Haj Ahmed y otros francotiradores de buenos auspicios. La avalancha extremista arrasaba todo a su paso.

La confusión del Estado español entre laicidad y abstencionismo* impulsó de manera absolutamente impresionante la arquitectura, cada vez más creciente, de los discursos de la violencia y del desorden.

—¿Has escuchado al nuevo imam?

—Primero no es el nuevo imam, sino un usurpador. Pidió a Haj Ahmed que le dejara pronunciar aquel diabólico sermón y…

—¡Hombre! Tanto como diabólico.

—Escúchame, hijo, el término es suave y exageradamente amable. Quien venga hasta esta tierra para no ver en el Islam más que el Jihad, no me digas que es inocente.

—Yo no digo nada, pero…

—Sin excepciones, te lo ruego, debes exhortar a tus amigos a dejar de escuchar a este Satán y a los de su calaña.

Ofensiva y contra-ofensiva. Entre ambas ingenuos espectadores que esperan el argumento convincente. La proliferación de las injusticias y de incondicionales apoyos a Israel y a quien mostrara

* Dios es grande.

* Instando a la reforma de la Comisión Islámica, el doctor en derecho Jiménez Aybar lo advierte a las autoridades españolas.

odio alguno contra los musulmanes inclinaba la balanza en favor de los alérgicos a la paz y a la concordia.

—¿Has visto las noticias?

—¿Qué noticias?

—El Telediario de la Primera.

—No, ¿por qué?

—Israel ha vuelto a bombardear los territorios palestinos.

—No es nuevo.

—Ya lo sé. Lo nuevo es que a excepción de China y Rusia los demás miembros del Consejo de Seguridad se opusieron a una resolución que condenara el nuevo genocidio.

—Tampoco es nuevo.

—¿En tu opinión qué es lo que puede ser nuevo?

Reflexión gratuita seguida de un humor envuelto en signos y reflejos:

—Dijo que nos acusan de no conocer a nuestras esposas hasta el día de la boda. Es cierto. Pero ¿Quién de ellos puede pretender conocer la suya incluso después de lustros?

—Humor machista. ¿Sabes lo que te digo? Que eres un chorizo.

Preguntas y respuestas. Preguntas y mensajes. Preguntas y posturas. No poca gente se ha «tragado» lo de «podemos…».

El profeta Sidna Mohammad dijo: «la incredulidad existe siempre entre nosotros. Maldito sea quien la provoque».

Los que la provocaron han venido de lejos. Actuaron en una total y paradójica impunidad y cosecharon los frutos de su siniestra obra ante la mirada impotente de unos y la complicidad involuntaria de otros.

Las campanadas en el mundo de la negligencia de muchos se quedaron sin eco y la arriesgada acción de otros, huérfana[*] por la simple aunque irracional razón de que la juventud musulmana inmigrante no estaba inmunizada ante tan siniestra doctrina de intolerabilidad e intolerancia.

La inmensa mayoría de los jóvenes inmigrantes marroquíes sentían un respeto y una admiración inexplicablemente religiosa por los que creían símbolos de su país de origen[*].

Eran moldeables pero nadie juzgó oportuno intentarlo.

Todo quedó en el recuerdo de un 24 de enero de 1977*.

[*] Durante los reportajes del autor en Somos agua y en Lavapiés se han recogido testimonios de dos personas: un F'kih en situación irregular en España y un dueño de un restaurante que le revelaron que arriesgarán sus vidas, presentando recursos judiciales por lo que llamaban «extraños personajes orientales que intoxican a nuestros hijos y e nuestra juventud».

[*] En sus reportajes por los barrios en que residía una mayoría de los marroquíes, por ser de la televisión marroquí, el autor era recibido con honores dignos de un jefe de Estado.

[*] Atentado de la calle de Atocha.

CAPÍTULO SEXTO

EFECTOS SECUNDARIOS

I

Del cuatro por cuatro verdeceladón descendió una mujer cincuentona, elegantemente vestida y con un velo de seda que le cubría parte de su, aparentemente retocado rostro. Con pasos lentos se dirigió hacia la plazoleta donde había una mezquita. Seguida de las curiosas miradas de los numerosos asiduos matutinos de las cafeterías y restaurantes de enfrente, la dama buscaba algo o a alguien. Inspeccionó con gestos aristocráticos la zona precintada y se dirigió solemnemente a un limpiabotas, quien, adivinando la perplejidad de la dama la saludó cortésmente antes de preguntarle inclinado:

—¿Busca algo, señora?

—La dama giró sobre sus talones. Se quedó muda un largo instante, observando los zapatos cuidadosamente brillantes del extraño personaje mientras que él levantaba tímidamente la cabeza para comprobar si aun estaba allí.

—Por allí había una mezquita. ¿Quién la derribó?

—Están haciendo una nueva. Dicen que va a ser mejor. Más digna de lo que se ha convertido F'nideq.

—¿Dónde?

—En el mismo lugar. Allí, indico con el índice de su mano izquierda, constatando ella que de su mano derecha le faltaban cuatro dedos.

—Toma, deslizó un billete de 50 dírhams en el bolsillo del delantal azul cubierto por, por lo menos, tres capas de polvo negro del providencial ángel de la Guarda.

—¿Algo más, señora?

—Sí. Alabar a Dios y desplegar un esfuerzo para lavar un poco esta cosa, respondió con acento severo, indicado su delantal.

—Al hamdu Lilah*.

Comenzó a buscar con sus ojos en medio del hormiguero humano. F'nideq presentaba a las cinco de la tarde una imagen dantesca. Allí se hablaban todas las lenguas y ninguna. Allí se vendía de todo y de nada. Allí se contaba de mil maneras. Allí se pagaba en euros y en dírhams... allí se estafaba como nadie lo pueda notar. Desde la colina contigua se podía ver a caravanas humanas, serpenteando, algunas en doble fila, cargadas de mercancía de contrabando procedente de la vecina

* Gracias a Dios.

Ceuta. De repente, dio un sobresalto, cambió de dirección, dirigiéndose hacia donde estaba una anciana.

—¿Cómo estás, Aicha?

Esta voz la reconocería entre todos los habitantes de China. ¿Eres Muy Malika? ¿Dónde estabas? ¿A dónde te llevaron los hijos de…? ¿Te han liberado?

—Sigues tan entupida como siempre.

—Y tú, tan torpe como para no poder descubrir que tu hermana Aicha ha dejado de ver la luz del día.

—¡Anda, si es verdad, eres ciega! Pobre Aicha pero… ¿cómo fue? Cuéntame, te lo ruego.

—No. Nada. No tiene importancia. Éste es Dios y éste es Su destino. Ya sabes que yo no soy apóstata, como tú. Pero… no me has dicho dónde estabas durante todo este tiempo.

—No tiene ninguna importancia. Éste es Dios y éste Su destino. Como tú, yo también lo acepto y lo acato.

Silencio glacial. Lenguaje ocular. Se mira, se calcula y se siente una extraña, sensación de que el túnel del tiempo sea una realidad… aunque momentáneamente.

Sin pedir permiso, Aicha extiende las palmas de sus manos en el cuerpo de Muy Mailka en una misión de reconocimiento, comprobando minuciosamente cuerpo y vestido. Se quedó quieta un instante. Elevó su rostro hacia el cielo salmeando con tono docto en un lenguaje corporal: «Loor a Dios Único y Poderoso. Bendito seas que transformas lo que no puede ser transformado».

El espejo del alma.

—Creo que ahora Dios te ha inmunizado contra la necesidad.

—Como se dice: Dios me lo dio, Dios me lo quitó, Dios me lo restituyó, Bendito sea Su santo Nombre.

—Se acabaron las limosnas, las súplicas, el sufrimiento, el hambre y…

—La degradación humana.

Parecía que la corriente dejo de pasar entre las dos ex amigas. Aicha olfateaba como un perro el lujoso perfume de Al Ud que llevaba su homóloga de antaño. Parecía exageradamente llena de ansia. En aquel instante, nada en este mundo le habrá gustado más que volver a ver la cara de su antigua colega, su transformación, su metamorfosis y el milagroso efecto del dinero sobre la persona y su alma.

—¿Has venido de fuera de F'nideq?

—Sí. Quería verte. Desde hace tiempo me preguntaba si algo importante de haya ocurrido. Si la vida te ha vuelto a sonreír…

—¿Ha vuelto? Si yo no conozco otro destino. Así nací y así viví y moriré. Por cierto, ¿dónde vives ahora?

—En Ceuta.

—¡Qué suerte! ¿Tienes pasaporte?

—Sí. El mío, el que tenía siempre.

—Ya me decía yo que pertenecías a otra calaña.

Aicha volvía a comprobar la calidad del tejido de la jelaba de Muy Malika, su velo, sus zapatos y el estado de su piel.

—¿Has venido en coche?

—Sí. El mío. O sea el nuestro.

—¿De qué color es?

—Verdeceledón.

—Como el kife…

—¡Hija de perra! No has cambiado. Sigues tan mala como siempre. Fiel a tu humor de perros.

—Así me gustas, Muy Malika. El dinero lo puede cambiarlo todo, todo menos el mal carácter.

—Ya te dije mil veces que en mi caso no se trata del dinero. Siempre o casi siempre lo he tenido es…

—¡Otra vez, el terrorista de tu hijo! ¿No lo vas a olvidar?

—Si no he podido olvidarte ni a ti, tan pobremente terrorista.

No sabiendo de dónde sacaba Aicha tan clínica honestidad moral, Muy Malika le reconocía este mérito e intuía que tenía cita con una irresistible tentación de, en vez de vivir, como su ex amiga, disfrazarse de mendiga. Pero ahora casi prefería hablar de ello en presente o incluso en futuro. Seguía sin renunciar a su convicción de que unos establecen las reglas, otros las padecen. Quería preguntar a su antigua amiga lo que más le apetecía en aquél instante, que ella lo podía realizar, que su nuevo estatuto social se lo permitía todo, pero no se atrevía. No quería lógicas represivas ni desbarajustes sociales ni desorden clasista. Ella era lo que es y su ex amiga lo que había sido. Anegada en la incertidumbre, se esforzaba inútilmente en encarnar la realidad más próxima a la facultad mental de Aicha.

—Te dije mil veces que yo era otra cosa, dijo con una tonalidad levemente diferente.

«El oficio de vivir», pensó haciendo un enorme esfuerzo para que no se reflejara en su rostro.

Por la mente de Aicha pasaba un sinfín imágenes del pasado y preguntas con sus respuestas «prêt-à-porter». No lograba disimular ni su ansiedad ni su ansión. Trataba de desfigurar sus sentimientos con gesticulaciones torpes e inadecuadas. A penas lograba contener las pocas lágrimas que aún le quedaban en sus deformados ojos. Sus gestos lentos y abstractos reflejaban una sobredosis de emoción. En el fondo no esperaba de su ex colega nada… absolutamente nada que no fuera que viniera a verla de vez en cuando. «Claro, cuando tu tiempo te lo permita». Buscaba en el cielo alguna providencial luz con la que pudiera vislumbrar los rasgos de quien compartió con ella «los felices días en que no había nada… Salvo la vista y la luz…»

«Dale limosna, mujer, que no hay nada en este mundo peor que ser ciego en…». Ebrio, el guardián de coches no terminó la frase.

—¿Sabes Aicha?

—Desde hace tiempo no sé nada. No veo nada, no siento nada. Desde hace tiempo no me siento tan feliz como ahora y no sé por qué.

—Pues… casi es mejor así. No hay nada que saber. ¿Y si te digo que añoro los instantes pasados en el umbral de aquella mezquita?

—¡Vete a la mierda! No eran instantes. Era una eternidad.

—Sí, es la verdad. Ignorante como eres, tú no lo puedes imaginar.

—Tu hijo, su obra siniestra y el recuerdo de que, con un poco más de suerte o de providencia, hubiera podido ser infinitamente mejor.

—Su padre no se lo permitió.

—Ni a los doscientos inocentes que murieron sin saber por qué ni a los centenares de heridos, muchos de ellos inválidos para toda la vida.

—Que eres una perversa que quiero un montón.

II

En el complejo Palm Beach todo el mundo le llamaba cariñosamente «El Moro» pero nadie sabía a lo que se dedicaba. El lujoso apartamento en que solía pasar algunos fines de semana, propiedad, según la oficina de timbre y registro de la Conservaduría Inmobiliaria de Fuengirola, de la súbdita marroquí afincada en Ceuta, Malika El Yedri, indicaba el grado de opulencia de Don Abdelkrim.

—¿Pero nadie conoce el apellido de este hombre?

—A mí me basta y me sobra su nombre.

Su enigmático silencio y sus misteriosas idas y venidas entre las ciudades andaluzas y el norte de Marruecos despertaban una desenfrenada psicología del rumor y de la más disparatada especulación.

—Nunca revela nada, ni de dónde viene ni a dónde va ni, ni dónde dormirá ni a dónde tiene la intención de llegar, ni lo que tiene ni lo que le falta.

—¡Y a ti qué te importa!

—Lo único que sabe decir, repetir y abusar de repetir es «a boca cerrada no entran moscas»

En efecto Don Abdelkrim para la «aristocracia» de la bella ciudad balnearia y Si Abdelkrim para sus paisanos no dejaba indiferente a nadie. A los que insistían para saber un poco más sobre su estado civil solía contar la misma anécdota:

—Érase una vez una mujer que conducía en una carretera de montaña sinusoidal y empinada. De repente cruza otro coche cuyo conductor le grita: «¡vaca gorda!», a lo que le responde «¡imbécil!» Prosigue su camino pero choca en una curva con una vaca gorda.

—¡Y qué!

—Que las mujeres deben escuchar siempre a los hombres.

Los que conocían un poco su pasado afirmaban que se refería a su esposa cuyo secreto guardaba a cal y a canto.

Sin embargo, su desproporcionada dilapidación, sus suntuosas recepciones en el Club Náutico de Málaga y su desordenada generosidad con o sin motivo se convirtieron en verdaderas crónicas de sociedad en Costa del Sol.

Sus amigos afirmaban sus raíces de una nobleza marroquí. Sus detractores sus labores en el narcotráfico. Unos y otros reconocían su ejemplar conducta desde que un 20 de marzo del 2004 llegaba a Estepona, luego a Marbella y poco después a Fuengirola.

Nocherniego y vehemente, Don Abdelkrim prefería las largas noches de Ven Almudena y las sencillas pero exquisitas cenas en los restaurantes con Sin especialidad de pescado de Málaga. Taurófobo y alérgico al fútbol nadie comprendía como hacía para contar con tantos amigos en los dos

medios. Sin embargo no ocultaba su cariño por el equipo de su ciudad natal: El Mogreb Atlético de Tetuán y «un poquito por el Betis de Sevilla».

—Nunca le he visto beber

—Es que no bebe. Lo he visto rezar.

—Pero siempre está solo.

—Es un hombre discreto pero generoso. No puede hacer daño a una mosca.

Su amabilidad le ha valido una estima general. Todo el vecindario hablaba de «aquel santo que da sin ver a quién».

Cuentan algunos de sus domésticos que tras sus largas y frecuentes meditaciones a menudo llora a cántaros y relatan asustados a menudo con evidente exageración sus instantes de alucinación.

—La otra vez en medio de una larga siesta comenzó a gritar in congruencias.

—Pesadillas, como todo el mundo.

—No. Los decía con los ojos abiertos.

—¿Y qué decía?

—Cosas raras como por ejemplo «nació ángel y termino diablo».

—Debe ser el título de alguna película egipcia que le gustan tanto.

—Otro título: «hice de ella la mendiga más rica del planeta porque nunca descubrió que sus bienes superaban los del gobernador».

El cocinero Paco y su ayudante Tommy, un homosexual sevillano inconfesado, solían contarse barbaridades de Don Abdelkrim mientras pelaban patatas y zanahorias. Pero ambos lo consideraban, a justo título, como una verdadera providencia. En más de cinco años a su servicio no tuvieron el menor roce con él o con alguien de sus huéspedes, casi todos de dudosa procedencia.

Durante los fines de semana, la calidad de sus invitados con, generalmente un aspecto descuidado, su manera de actuar y las discretas medidas de seguridad desataban una ola de rumores y de especulaciones en Palm Beach. Llegaban en costosos vehículos y abandonaban el apartamento a altas horas de la noche.

—Lo curioso es que no juegan.

—Don Abdelkrim nunca juega. Es profundamente religioso y solo se siente seguro entre los magrebíes.

—¿Querrás decir los marroquíes?

—No, los marroquíes porque no paran de hablar de Tetuán, Tánger y sobre todo de Castillejos.

—Oye Tommy, ¿de qué suelen hablar?

—De todo pero principalmente de política porque he captado más de una vez términos como elecciones, campana electoral, candidatos, municipios y parlamentos.

—¿Y qué más, Tommy? Paco comienzo a creer que tu eres un «honorable correspondiente».

—Cada vez me sorprendes más, Tommy. ¿Y qué es eso?

—Que eres un «chivato» de mierda.

Con su marcado espíritu surtido, Don Abdekrim contaba siempre con una fuerte carga de emoción lo que llamaba sin ningún tipo de precisiones «mi salida de Tetuán que se transformó en algo». Se autocensuraba su derecho de expresión, limitándose a frases inconclusas y a metáforas sensibles a la pertinencia del pretexto y desplegando enormes esfuerzos para evitar errores de interpretación o simplemente deducciones fortuitas. Con la prudencia de un arzobispo, trataba siempre de quemar pistas, de dejar el relato donde no puede llegar a ninguna conclusión y de dar la impresión más radicalmente opuesta o contradictoria de lo que quiere realmente dar.

Su obsesión de codearse siempre con los que no sienten tentación ni curiosidad alguna por los detalles ha hecho de él una Qaid* con rostro humano. Escuchaba a todo ya todos. Nunca reaccionaba violentamente aunque el argumento no resultara de su agrado. Inspiraba, a la vez, confianza y susto, tranquilidad e inquietud, satisfacción y frustración. «Lo suyo es sobrevivir» comentaba su más próximo colaborador-confidente Mohamed Larbi.

Sobrevivía… pero a su manera, fausta y fastuosamente. Decían las malas y también las buenas lenguas «como si acatase la sentencia del destino». No se cansaba de repetir que «la vida no obsequia nada» antes de rematar «…pero Dios es Grande». Le gustaba decir a los que le envidiaban que «si Dios os dé la victoria, nadie será capaz de venceros»* y prodigaba sus consejos bajo forma de pensamientos proféticos: «obra en tu vida como si vas a morir mañana y obra en el otro mundo como si vas a vivir eternamente».

Nadie lograba catalogarlo con precisión. A falta de su pasado, difícilmente se podía leer su presente. Repetía hasta la saciedad que «de nada sirve saber más de lo que se sabía sobre él». «Soy un subordinado que decidió tomar el mando», solía decir entre sonrisas y tristezas».

—¿Y lo lograste?

—Casi… casi.

Para él, más que delicadeza, el respeto al prójimo era una necesidad… un imperativo social… una condición fundamental en el trato y las relaciones humanas. Aconsejaba ser evidente ante las cosas más complejas. «Nos hundimos cuando perdemos los nervios» y, contrariamente a muchos de sus huéspedes de etiqueta, para él los valores supremos suelen ser nociones poco claras.

—Nunca habla de su país de origen.

—Sí habla y en la mayoría de los casos bien. Habla con un respeto religioso hacia el rey Mohamed VI y su padre el difunto Hassan II.

Efectivamente Si Abdelkrim evocaba con veneración el recuerdo de «aquél gran rey» y cuando se le recordaban sus «años de plomo» contestaba enfadado pero con un esfuerzo de energía serena para poder convencer que «es un enojo de los que le responsabilizan al llorado soberano hasta de lo que cometieron simples cabos de la policía en la más recónditas comisarías del reino». Se

* El jefe de una banda de delincuentes.
* Corán.

declaraba voluntario y con sumo placer «el más fiel entre los fieles súbditos de SM aunque, ni a mí ni a mi hermano Seddiq se nos presento nunca la insigne oportunidad de besarle la mano porque entonces éramos vulgares agentes de cambio ilícito en el mercado municipal de Ceuta».

«Hassan II era un gran soberano. Los que le faltan el debido respeto lo lamentaran», clamaba en medio de la extrema atención, mezcla de interés y miedo de su audiencia.

III

En su «Tabula» de adopción, Kadur un ex empleado municipal reconvertido en vidriero conoce el barrio de Jamaa Al Mezouak como la palma de su mano. Lo descubrió cuando decidió montar allí una vidriería inmediatamente después de jubilarse en los años 90. «Esto estaba entonces desértico. Unas cuantas familias de origen rural procedentes de los suburbios de Tetuán encontraban aquí arrendamientos aun razonables».

«Entre estas pocas familias figuraba —recuerda Kadur— una formada por el padre Abdelkrim al que llamábamos cariñosamente Krimu, su hijo de nueve anos, Yussef y su esposa Muy Malika, una bella señora que sorprendía por su nivel de instrucción».

A Abdelkrim que, por su origen ceutí, los vecinos apodaban «Sebtaui», sus amigos le reprochaban su lógica de sospecha con los suyos, particularmente el pequeño cuyo menor indicio se convertía para el padre en irrefutable prueba. Pero él se defendía ante propio y extraño que las travesuras de su hijo se convirtieron en el barrio y sus habitantes en una notoriedad pública y su peculiar conducta con los mayores alimentaba el delirio. Solo la madre era capaz de apaciguar los ánimos cuando el pequeño protagonizaba alguna «marimorena».

—No sé pero tengo la impresión de que Yussef presenta cada vez más los síntomas de un marcado síndrome de criminalidad precoz.

—Que Dios no te escuche.

—Abre bien los ojos, mujer, que, con tu desorbitada protección, lo estás destrozando.

—El que lo está destrozando eres tú con tus erróneas referencias casi reverencias.

Los compañeros de Krimu le aconsejaban a menudo alejarse de aquella acuidad de juicio «porque su sutileza respecto al pequeño produciría un efecto contrario». En cambio él se quejaba continuamente de la educación de su esposa «que exagera tolerando todo».

Se preguntaba si el cambio del entorno y el paso de una cultura a otra no surtirían un efecto negativo sobre el pequeño.

—Pero si en Ceuta es peor que aquí.

—Yo no he dicho que era mejor, sino distinto.

Al final Krimu decidió seguir única y exclusivamente su intuición. Estaba persuadido de que, de seguir así, su hijo se convertiría en un criminal potencial. Comenzó a aplicar una nueva constitución en su hogar, privando al pequeño de todos los medios de diversión e inculcándole una ortodoxia que él nunca aprendió.

El pequeño Yussef se asfixiaba. Para él Jamaa Al Mezouak se quedaba pequeña y aburrida. Sin admitirlo explícitamente la madre comenzaba a inquietarse seriamente por el vertiginoso desarrollo de la personalidad delictiva de su hijo, quien no pensaba más que en «ir a España».

—¿Pero, qué vas a hacer en España si tienes apenas diez años?

—En España no todos son adultos.

—Pero ellos son españoles.

—Yo también lo soy. Mi padre tiene papeles españoles.

Su padre hablaba de la integración mientras el hijo profesaba el rechazo y la exclusión.

En una de sus, últimamente, frecuentes discusiones con el F'Kih Hammadi, Krimu expresó su cada vez más firme intención de irse del barrio, de sus pecados y de sus ardores resignados, donde su pequeño hijo se convirtió, sin que se notara, en su talón de Aquiles.

—¿Y a donde piensas ir, hijo?

—Volver a Ceuta.

—Más cerca de España a donde, según su madre, está obsesionado ir.

—No lo sé pero confieso que este niño me da miedo.

Krimu se dejaba convencer por una extraña superstición.

Sin saber por qué ni cómo y sin mostrarlo nunca Muy Malika también tenía la misma extraña sensación de que su hijo estaba predestinado a una tragedia en España. Lo confesó casi murmurando a su amiga R'himu quien le aconsejo que «con una buena paliza todo volvería a entrar en orden». «Todas son ignorantes aquí», pensó.

Un auténtico himno a la pasión. A falta de una posible armonía con su padre, Yussef comenzaba a buscar el calor familiar entre los maleantes del barrio, causando continuos descalabros en el ritmo de vida y de trabajo de su padre.

Krimu buscaba con todos los medios para encontrar un punto de inflexión en la, cada vez más expuesta, vida de su hijo.

Mientras tanto el pequeño Yussef se imponía en su calle y en las colindantes, dando de este modo el primer y decisivo paso hacia la delincuencia organizada: robaba, fumaba y nunca perdonaba. Su mal carácter y su regida forma de ser eran motivo de in quietud para grandes y pequeños.

Kadur se acuerda ahora de que le llamaban «el terror en ciernes».

Sin escuela, una pequeña mezquita, dos M'sides* y un improvisado mercado semanal, Jamaa Al Mezuak, fruto de una falsa promesa de un tiempo corrupto, adquiría, sin que nadie hiciera nada para evitarlo, la forma de un germen olvidado de los «townships» que en el 2003 eructó decenas de terroristas radicales y una triste fecha: el 16-5. Casablanca nunca volvió la cara para preguntar por qué ni quiénes eran aquellos que una noche de mayo vinieron como un espejismo… como una fatalidad… como una ilusión frustrada.

El barrio creció como hongos en medio de una total anarquía, en ausencia de toda ordenación del territorio, a espaldas de la ley y del esquema general de la provincia y merced a un entorno

* Escuelas coránicas.

marcado por una inevitable corrupción y la violación de la legislación urbanística en rigor. En una palabra: un terreno abonado e idóneo a la emergencia y la eclosión de las ideologías extremistas.

Tetuán ocultaba su rostro para no ver ni ser testigo del monstruo que engendraba su irresponsabilidad. Ni allí ni en Rabat nadie quería saber lo que pasaba en tan descuidado lugar.

Menos que una autodeterminación y casi una autonomía.

Tiempo descompuesto.

Cuenta Kadur a sus hijos, todos con excelentes posiciones sociales que fue gracias a algunos de sus hijos como se logró construir las primeras infraestructuras del tan desaliñado barrio. «Nosotros nos encargamos de todo: escuelas, mezquitas y sobre todo de las presiones de todo orden para traer electricidad y agua potable».

Las elecciones comunales y las codicias de quienes comenzaron a comprarse terrenos se encargaron de realizar el milagro.

La necesidad es la madre de la… fortuna.

Años después, los tetuaníes que nunca se vieron obligados a conocer los Karianes* se preguntaban si era el destino que colocó a este gueto dorado en su periferia.

Como diría Kadur «Bienvenido a Tetuán sin ver a tu izquierda». A la izquierda quedaba Jamaa Al Mezouak, escurrida en la ladera del monte Dersa «como si fuera un accidente».

Testigo ocular de un fenómeno que, según él, creció y se desarrollo fuera del barrio y lejos del país, Kadur pruebas a mano y clarividencia en la visión explica a los reporteros extranjeros, especialmente los españoles que «yo llevo lustros viviendo aquí. Sin embargo mis hijos todos son altos cuadros de este país, algunos incluso ilustres abogados a nivel nacional». «Les aseguró, afirma a sus interlocutores españoles, que aquí nunca creció la hierba mala».

—¿Y Yussef y los otros?

—Se equivocan ustedes del tiempo y del espacio.

—¿Qué quiere decir?

—Que las causas o simplemente los indicios las debéis buscar en Lavapiés o Somosaguas.

Uno de los mejores conocedores de la historia futbolística de la llamada ciudad de la Paloma Blanca, Kadur acababa siempre recordando lo que fue la ciudad con el Atlético de Tetuán y la presencia en el estadio «La Hípica» de Alfredo Di Stéfano o de Ladislao Kubala «cuando los rojiblancos jugaban en primera división española».

Orgullosa de su glorioso pasado, Tetuán la musulmana sabía que no debía excomulgar a sus hijos.

* Barrios de lata o de chabolas.

IV

«La modernización del Islam no tiene nada que ver con la islamización de la modernización». La voz del imam en su sermón que precede la oración solemne del viernes le recordaba a Abdelkrim tiempos muy difíciles en que se encerraba en el templo para que nadie lo descubriera y empezaba a pedir a Dios a «indicar a Yusef la vía justa». Levanto levemente la cabeza. Recorrió la enorme sala, ricamente decorada con versículos del Corán y de velas de Mulay Yakub* y sonrió disimuladamente al pensar que «que tanto pedía a Dios por mi hijo que se me olvido pedirle hacer algo por mi y por Malika».

«Dios mío como cambio todo», exclamaba y volvía a exclamar perplejo, admirando la suntuosidad de algunos edificios.

Jamaa Al Mezouak dejó de ser lo que era, pero los recuerdos seguían quemando su imaginación. Al observar la sonrisa de los niños del barrio, en su inmensa mayoría felices pobres, Krimu* convertido ahora, gracias a su cuatro por cuatro y a su «generosidad» objeto de mil leyendas en Si Abdelkrim* se preguntaba mil veces si su esposa Mailka asumió debidamente su responsabilidad de madre y de educadora.

—Bastante ha sufrido la pobre, le advirtió su hermano cuando observando a un grupo de niños corriendo Si Abdelkrim levanto la cara hacia el cielo y dijo: «La Haula ua la Kouatta ila bi lah»*.

—Yo lo perdoné todo. Malika es mi otra mitad pero Malika debía acercarse más a su hijo y dejar de alimentar las susceptibilidades entre él y yo. Lo primero no quita mérito al otro.

—Pero...

—Escúchame y sobre todo entiéndeme, Seddiq. Quiero que lo que voy a decir quede claro… muy claro: yo no reprocho ahora nada a nadie. Lo de Yussef fue voluntad de Dios. Nunca supe por qué y no me gustaría saber ahora. Además no se trata de la vida de mi hijo sino de la de doscientos inocentes y no me acuerdo del espeluznante número de los heridos entre leves y graves. ¿Me entiendes? Nuestra responsabilidad es enorme. La debemos asumir. La educación de los niños, en nuestra sociedad, es responsabilidad exclusiva de las madres. ¿Sigues mi mirada?

—Sí, pero el pasado está detrás.

—Estar detrás no significa borrado y no debe asustarnos. Bastaría plantarle cara y es precisamente lo que hago y he decidido hacer. Allí tienes a Malika recuperando el tiempo perdido. Ahora todos los niños de este barrio deben ser sus hijos. Que los cuide, que les enseñe los errores de Yussef y los suyos, que trate de evitar que nadie se descarríe que...

---

* Estación-santuario térmica en las cercanías de Fez.
* Diminutivo de Abdelkrim.
* Señor Abdelkrim.
* «Sólo Dios es fuerte», exclamación de los musulmanes en momentos de desamparo o apuro.

—Que nadie juegue con cinturones explosivos.

Una metamorfosis humana. Seddiq informó a algunos miembros del consejo municipal de la intención de su hermano de invertir en el dominio de la enseñanza privada en el barrio.

Su hermano le prometió que «desde ahora en adelante me encargaré personalmente de, por un lado, que nuestros hijos hicieran una sana lectura del Corán y de los preceptos de nuestra noble religión e intensificar la legítima reivindicación para que el Ministerio Marroquí de Asuntos Islámicos nos mandara a predicadores a nivel de la mentalidad de nuestros hijos en España, por otro»

«El efecto Yussef» cuya catastrófica subterfugio tendente a subyugar con la violencia y el rencor, surte, tres años después de su desaparición, una nueva conciencia plasmada en loables iniciativas para el barrio y quizás para la comunidad internacional en general.

Abdekrim a quien más de uno acusa, con o sin razón de ser un narcotraficante se reconvierte en francotirador de la paz, de la concordia y de la coexistencia pacífica y armoniosa. Abdekrim a quien pocos le pueden perdonar por lo que ha hecho a su esposa, opta por dar el ejemplo… el mejor ejemplo para luchar eficazmente contra el extremismo y la utopía religiosa. Abdekrim a quien la mayoría teme y envidia se pone al servicio de la comunidad y de las causas justas y nobles de la humanidad.

—Si el hombre se blanquea.

—¿De qué se le acusa?

—No lo sé.

—En cambio sabes que se blanquea.

Con su audaz proyecto antiterrorista, el hombre adquiría dimensión y con ella, adeptos y detractores. Las incidencias de la nueva situación creada a raíz de la reconciliación de Abdelkrim con su esposa y la emergencia de una nueva conciencia adaptada perfectamente a los imperativos de la cohabitación, lejos de la subjetividad de unos y la xenofobia de otros.

Durante meses, Abdelkrim, sus abogados y sus empleados recorrían oficinas y departamentos para lanzar su estrategia de comunicación a través de la creación, no solo de lugares de culto, sino también y sobre todo de educación y de reflexión.

—Toda esta gente está corrupta

—¿Y qué? Lo más importante es que no me voy a cansar y que por fin, después de cincuenta y nueve años de vida me doy la perfecta cuenta de que esto se debe llamar dar un sentido a su vida… una razón de ser… un sano motivo para dormir con satisfacción y despertarse, ávido de ayudar al prójimo.

Sin platonismo ni idealismo, Abdekrim tenía una clara idea de su proyecto para combatir el criterio absoluto e ideas que rozaban las nefastas lucubraciones. Tenía lo necesario para ponerlo marcha. No le importaba el concierto de pasiones ni las dificultades ante aquel mundo injusto y cruel pero tolerado por el miedo al cambio o la ignorancia de la virtud de este cambio. No cesaba de prodigar sus consejos a sus colaboradores para obrar conforme a la realidad existente y con la suficiente voluntad de hacer frente a toda eventual zancadilla «porque los hay y no precisamente malos que

prefieren los valores existentes y el modelo del que se han inspirado siempre». Advertía contra lo que calificaba de «zafarrancho» y auspiciaba paciencia, ponderación y cultura de tolerancia.

Sabía pertinentemente que no iba a ser fácil. «Os juro que vale la pena. Siempre vale la pena salvar vidas humanas. Estoy seguro de que habrán muchos que van a renunciar a sus proyectos terroristas. Esto en terminología geoestratégica se llama secarles las fuentes de recursos humanos».

Poco a poco el proyecto anti-extremista de Abdelkrim se convertía en una autentica obsesión. Su casa convertida en una verdadera mansión presentaba el aspecto de una sala de operaciones con interminables debates y sugerencias. En primer factor común entre todos los actores del proyecto consistía en que todos estaban seguros del éxito de su empresa.

—Lo vamos a intentar.

—No vamos a hacer algo más que intentar.

—La idea es noble

—Es más que una idea. Es un proyecto y una determinación inquebrantable.

Mezuakistan* debía imperiosamente dejar de serlo. Sus hijos debían recobrar indispensablemente su sonrisa y sus travesuras y sus adultos dejar de escuchar constantemente gritos de guerra y que sepan perfectamente los límites de la tolerancia. Las mentes debían encontrar soluciones a los atascos confesionales, producidos por profesionales del terror, venidos de donde nadie sabe.

Un mañana distinto y distante hecho a base de la buena fe, la compresión, el amor y la mano eternamente tendida. Un mañana en el que se pondrá término al hooliganismo religioso a menudo difícil de describir casi siempre duro a soportar. Un mañana en que todos comiencen a vivir en vez de limitarse a existir… Un mañana en el que desaparecerá la ingravidez sin aviso previo y la ingenuidad gratuita.

Lo que Jamaa Al Mezouak se disponía a estrenar era… un nuevo capítulo en el que no se cerrarán los ojos ante predilecciones dudosas ni ante predicaciones sospechosas en terrenos abonados con injusticia, exclusión y segregación social.

Si Abdelkrim quería que en Jamaa Al Mezuak todos sean testigos oculares de la victoria de la virtud sobre la impostura y el placer.

* En referencia a los talibanes en Afganistán.

V

«El que no asume no se redime». Merat Habibi* una sexagenaria que nadie supo nunca de donde aprendió tan angelical sonrisa, lo decía y lo recordaba con un deshonroso placer, especialmente en presencia de su amiga Lala* Mailka.

Cuenta Merat Habibi que durante el voluntario exilio en Costa del Sol de su esposo a raíz del acto terrorista de su hijo Yussef, recibía diariamente a un extraño emisario que «velaba para que no le faltara nada».

—Esto fue durante las primeras tres semanas luego la repudio obligándola a un forzoso y humillante recoleto en los lugares más extravagantes.

—Sinceramente yo que conozco a Lala Malika lo de Yussef fue su culpa.

—¡Mujer, pide perdón a Dios!

Merat Habibi quien no comprendía por qué su apellido era Al Bahar* a pesar de que el mar no le inspiraba confianza alguna, no estaba de acuerdo ni con una ni con otra. Para ella la obra siniestra de Yussef era absolutamente imprevisible.

—¿Quién de vosotras hubiera imaginado que dentro de aquél pequeño diablo con sus amigas, sus botellas y sus «porros» se ocultaba un ángel exterminador?

—Pero su padre no lo sabía, ella sí y nunca le informaba.

—Es que tú, Achucha, nunca has sido madre.

Por envidia o simplemente por detracción, los rumores en Jamaa Al Mezouak sobre la reconciliación de Si Abdelkrim y su esposa Lala Malika rozaban la mitología. Algunas la vinculaban a la magia que la mujer aprendió en las puertas de algunos santuarios donde vivía durante años cuando la abandonó su esposo. Otras a una pretendida crisis de conciencia del hombre al ser informado del estado vegetativo en que vivía en F'nideq de su ex esposa. Todas querían saber algo pero nunca supieron nada. Ni Si Abdelkrim ni Lala Malika toleraban que se evocara este «siniestro pasado». Ambos se instalaban en un confortable «borrón y cuenta nueva». Él dedicándose casi integralmente a su nueva obsesión de la salvaguardia de la juventud y ella en su nueva calidad de propietaria-directora de sus nuevas guarderías infantiles en Jamaa el Mezouak y F'nideq sin olvidar nunca su «visita de inspección» por algunas calles y callejuelas de F'nideq y sus largas e interminables conversaciones con su amiga Aicha.

—Me han dicho que en Barcelona hay un excelente oftalmólogo que puede devolverte la vista.

—Pero, si yo no me quejo. Es la voluntad de Dios y la acepto voluntaria incluso.

---

* Tía paterna.
* Doña, en árabe.
* Mar, en árabe.

—Mira mujer, lo que estás diciendo no es Islam. Islam prohíbe determinantemente la auto-mutilación.

—Esto fue de Él y si Él no desea devolverme lo que me quitó por algo será.

—Aicha todo es voluntad de Dios pero todos estamos obligados a hacer un esfuerzo de imaginación.

Aicha insinuaba que prefería seguir ciega, que ve de otra manera pero solo lo que ella quiere ver o por lo menos imaginar. Ni siquiera ha permitido que se le consultara un especialista. Decía y repetía que como estaba era mejor.

—Muy Malika, ¿no te molesta que te siga llamando así?

—No, al contrario me complace.

—Sé que me quieres mucho. Yo nunca he servido a gran cosa. Contrariamente a lo que te ha sucedido, en mi vida no hay episodios, ni altibajos ni inflexiones. Siempre ha sido lo mismo: la misma pobreza. La misma humillación. La misma función… eternamente insignificante. ¿Por qué no me preguntas si cuando veía me sentía mejor?

La lógica incongruente. A Aicha le bastaba muy poco. Ella sabía que no era Muy Malika. Ella no tenía una historia que contar. Ella no sabía contar pero estaba inquebrantablemente convencida de que el placer de vivir arrastra consigo la obligación de morir. Por no haber vivido nunca porque se limitaba a existir vegetando y por no haber muerto aun no acababa de descubrir los misterios de la vida y muerte.

Escuchaba con una sonrisa que no se apagaba, durante horas el relato de Lala Malika sobre las guarderías, los niños, el instante de la comida en los comedores y los informes de los maestros sobre la conducta y la forma de ser de cada alumna u alumno.

Todo un motivo de orgullo y de satisfacción.

—A fin de cuentas no somos tan apaches como nos describió el llorado Hassan II.

—Depende.

Aicha le confesó a Lala Malika de que ella aprendió mucho de ella y le reveló por primera vez que más de una vez vino «gente rara que me preguntaba sobre ti». No quería secretos desagradables en sus relaciones con su amiga. Pero tampoco esperaba gran cosa de ella. Casi un mes después aun conservaba envueltas en su papel dorado las jelabas* que Muy Malika le regaló Muy Malika y que le servían ahora de almohada. Reconocía inconsciente o deliberadamente que, para ella, la presencia de Muy Malika se ha convertido en una terapia. No estaba acostumbrada a la gente que se comporta cortésmente. Sin embargo la escuchaba siempre con una emoción abrasadora y solo la interrumpía cuando trataba de maquillar el crimen de su hijo.

Reacciones de una intensidad difícil de determinar. Agobio absoluto. Cortejo de desilusiones pero no de quejas ni de reivindicaciones.

* Atuendo tradicional marroquí en forma de túnica con capucha de diferente tamaño.

—¿Te acuerdas cuando decías que había muchas maneras de prohibir, matar no es la peor?

—Estoy observando que la ceguera te ha aportado una fuerte dosis de clarividencia.

—Lo dijiste tú no yo. De hecho, ¿sigues tan culta como cuando no tenias donde caerte muerta?

Con sus casi diarias sesiones con Aicha, Lala Malika tenía la intima convicción de la enorme metamorfosis de su amiga desde que la dejó en el umbral de aquella mezquita, tanto, que se atrevió a decirle un día cuando le evocaba con una complejidad apasionante como concebía ahora la vida «mi querida Aicha, estoy segurísima de que tú no eres ciega sino han decidido cerrar los ojos para no tener que ver prácticas horrorosas».

Lala Malika se daba la perfecta cuenta de la prodigiosa memoria que tiene ahora Aicha como si la pérdida de visión haya sido recompensada por el fortalecimiento de la memoria.

—La otra vez escuchaba a dos forasteros hablar de los imames en Marruecos. Me intereso la discusión. ¿Sabes lo que le dijo uno a otro?

—¡Cómo lo voy a saber!

—Que el 82% de los más de 45.000 imames marroquíes que ejercen en los diferentes lugares de culto musulmán en Marruecos o en el extranjero, según el Ministro Marroquí de Asuntos y Bienes Islámicos, no poseen ninguna formación de base. Marruecos, eso sí, forma cada año para un periodo de doce meses a unos ciento cincuenta imames laureados de las universidades.

—Aicha, que Dios te proteja, lo de tu memoria no es normal.

—¿No me digas que tienes la intención de llevarme a un médico?

Cuando, una vez en casa lo contó a su marido, éste la aconsejó no volver a ver nunca a esta mujer.

—¿Pero, por qué?

—No es fácil creer que lo haya captado durante una conversación fortuita. Esta mujer es otra cosa.

Lala Malika no creía lo que escuchaba. Casi confesaba que su amistad con Aicha era tan importante como su matrimonio con él. Él lo adivinó.

—Ves… esto es lo que yo quería advertirte.

Lala Malika volvió mil veces a F'nideq nadie se acordaba de que allí vivía una mendiga ciega. Nadie se acordaba de ninguno de sus encuentros con Aicha. Nadie conocía la historia de una mujer que perdió la vista y que….

Sin embargo, decidió esclarecer el misterio, consagrando horas y horas preguntando a propios y extraños y averiguando indicios que iban surgiendo sobre el destino de su amiga, convertida en una obsesión. ¿Pero, qué quería decir, Abdelkrim con «esta mujer es otra cosa»?

Aicha no aparecía por ningún lado. Lala Malika volvió a la tienda donde compró las tres jilabas.

—Muy buenas ¿te acuerdas de mí?

—No señora. Lo siento ya sabes cuantos clientes entran y salen continuamente.

—Yo compré en esta tienda, hace de eso como un par de semanas, tres chilabas.

—Señora, yo no vendo chilabas. Como ves, me dedico al tejido. O sea a lo textil que si necesita algo pues esta tienda esta a su disposición…

—Perdón…

Salió de la tienda precipitadamente se quedo observando el lugar un instante, pregunto a dos o tres transeúntes, se dirigió a la cafetería de al lado y volvió a la tienda.

—¿No ha cambiado esta tienda de propietario o por lo menos de comercio?

—Señora llevo 18 años aquí y en F'nideq e incluso en Ceuta soy una notoriedad pública.

Volvió a salir perpleja, recorriendo casi todas las tiendas de confección por si lograra resolver aquel crucigrama. Al final, resignada volvió a donde había encontrado a Aicha. Se acercó al limpiabotas.

—Asalam Ua Alikum.

—Ua Alikum Asalam. ¿Desea algo?

Antes de responder sacó un billete de cien dírham y se lo entregó.

—Que Dios se lo pague, señora.

—Dime, ¿te acuerdas del día que vine y...?

—No señora. Se lo juro por Dios…

El concierto de carencias no terminaba. Lala Malika no encontraba ningún indicio del ayer ni de hacia tres semanas. Nadie la conocía. Nadie se acordaba de nada y la mezquita seguía donde siempre ha estado.

Cansada y decepcionada regreso a casa.

—¿Pero qué te pasa Malika?

—No lo sé.

—Desde hace casi una semana sales y vuelves destrozada y profundamente inquieta. Yo diría incluso que estás más delgada.

—Probablemente el calor.

—¿El calor en pleno octubre?

—¡Ah... si hoy es el cuatro de octubre! ¡Hoy es el aniversario de Yussef!

—¿Yussef? ¿Quién es este Yussef?

EPÍLOGO

Era el 5 de junio del 2003. Entre cordón policial y cordón policial había otro cordón policial. Los controles y verificaciones de identidad no se acababan. Una pesadilla… Avanzábamos con los documentos entre las manos.

Al final llegamos a la finca toledana de Quintas de Mora, donde, como lo definiría atinadamente otro testimonio ocular del acontecimiento, Mohamed Boundi* en Identidad Andaluza, un 3 de abril del 2009, José María Aznar con su infinita admiración por su amigo Georges Bush, trató de montar su propio Camp David en este coto real o reserva natural, iba a recibir a su homólogo marroquí, Dris Jettou en el marco de una Cumbre de una importancia particular habida cuenta de que se celebraba pocas semanas después del quíntuplo atentado terrorista de Casablanca y quince meses de una ruptura consumida.

Yo conocía al presidente del gobierno español… a medias. Siendo aún Presidente del principal partido de la oposición en España (PP) viajó a Marruecos. A su llegada a Casablanca le hice una breve entrevista para Galavisión (Televisa-México) de la que era entonces corresponsal en el Magreb.

En «Quintas de Mora» comencé a barajar las posibilidades del ex alumno de «Nuestra Señora del Pilar» de Madrid de poder agasajar al Primer Ministro de un país con el que las declaraciones altisonantes y los desplantes continuos formaban parte de la autosugestión diplomática del entonces inquilino de la Moncloa y de la línea de conducta de su partido hacia el indomable vecino.

¿Por qué en «Quintas del Moro» (que, por su lejanía y el defectuoso acceso, a los reporteros marroquíes nos pareció más acorde con el apodo de «Quinto C.») y no en la Moncloa?

La pregunta estaba a flor de boca entre el reducido grupo de los periodistas marroquíes que acompañamos a Dris Jettou.

Finalmente los que dudábamos seguimos sin saber cosa alguna…

Después de un largo suspense, los señores Aznar y Jettou nos aparecieron como buenos amigos…. Embestidamente reconciliados.

Un feliz pero, para muchos de los que estábamos en «Quintas de la Mora», surrealista desenlace.

Entre los miembros de la delegación marroquí nadie juzgó oportuno hacer preguntas sobre las múltiples zonas de sombra que rodearon este encuentro, particularmente las razones que indujeron al Sr. Aznar a «exiliarse» en tan recóndito «escondrijo» de tan descortés nombre.

* Mohamed Boundi era entonces Jefe de la Oficina de la Agencia Marroquí de Noticias (MAP) en Madrid.

Durante las entrevistas a solas que duraron horas aproveché para contar a mis compañeros la mil veces contada pero sin perder nunca su frescura, historia de una de las crisis pesqueras entre España y Marruecos en los años 80 cuando SM el rey Juan Carlos llamo a su amigo, el difunto SM Hassan II para pedirle una excepcional prorroga para permitir a la flota pesquera amarrada a reanudar su actividad en aguas marroquíes. El Soberano marroquí acepto inmediatamente y pidió al Monarca español mandar, lo antes posible, a Rabat a una delegación negociadora. Dada la urgencia del tema la delegación española llego al día siguiente muy temprano. Comenzaron las negociaciones y de pronto me llama jefe de la delegación marroquí, el entonces Ministro, Encargado de Asuntos Económicos, Taieb Ben Sheik y me pidió explicarle lo que significaba el nombre del que dirigía la delegación española. Le pregunté cómo se llamaba. Me respondió: MATAMOROS.

Casi 30 años después, el 20 de abril del 2009 el gobierno… Socialista Obrero Español, bajo la égida de su canciller Miguel Ángel Moratinos no encontró mejor sede en Córdoba para la reunión del Foro Mediterráneo de la UE y el Magreb llamado 5+5 que… el Alcázar de los reyes Católicos.

Los jefes de diplomacia de Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez se quedaron boca abierta.

El evento y su significado. La historia que se repite. El error que renace de sus cenizas. La lección que no se aprende.

Durante la posterior rueda de prensa, evoqué con el entonces director de gabinete del primer ministro, Mohamed Ibrahimi la posibilidad de una declaración en exclusiva del Sr. Jettou. Me instó esperar el fin de las entrevistas oficiales.

No obstante antes de que me diera cuenta descubrí que entre los dos jefes de gobierno y la prensa fue instalado un auténtico «check point».

Imposible de llegar hasta el helicóptero que iba a conducir al primer ministro marroquí y a la delegación que le acompañaba al aeropuerto de Barajas donde les esperaba un avión especial.

De pronto, sin pensarlo dos veces decidí «franquear» el control policial y llegar hasta donde estaban Aznar y Jettou... El primero al pié del aparato y el segundo a bordo. Afortunadamente me vio Mohamed Ibrahimi y pidió a los agentes de seguridad dejarme pasar. Subí al aparato donde ya tomó asiento el Primer Ministro Marroquí quien se excusó, explicándome elocuentemente que no era correcto dejar al huésped español esperando. Comprendí y bajé decepcionado del helicóptero. Al emprender la vuelta al lugar reservado a la prensa escuché la voz del Presidente del Gobierno Español llamándome pero sin atraer la atención de que lo estaba haciendo. Me dirigí a él.

—¿Problemas? Me preguntó con una dudosa curiosidad.

—No Señor. Ninguno.

—¿Entonces por qué ha visto usted al Sr. Jettou en el último instante? Me dijo, insinuando haber visto la recomendación del Sr. Ibrahimi.

—Sencillamente porque creía que podía obtener una declaración en exclusiva para la Televisión Marroquí.

—Pero… si ya las hemos hecho en la rueda de prensa de hace unos instantes, me recordó con un acento acusador y una sonrisa cómplice.

Con su discreto interrogatorio porque en ningún instante dejó de sonreír, aparentemente el Sr. Aznar quería descubrir «algo » más…. «Algo» que sólo anidaba en su visceral concepción de lo que somos los marroquíes.

—Ya le dije, Sr. Presidente, que quería algo en exclusividad.

Me despedí del Sr. Aznar y antes de llegar a la tribuna de la prensa me interceptó una pareja de agentes de la seguridad presidencial.

Casi simultáneamente llega corriendo su superior y les indica que fue el director del gabinete del primer ministro de Marruecos quien me pidió venir a donde estaba el aparato de Dris Jettou.

Poco después tuvo que repetir el mismo «rollo» a nuestro embajador en Madrid, Abdeslam Baraka y al personal de su embajada que me advertían que «por poco iba a crear un incidente diplomático porque agentes de la seguridad presidencial no entendieron nada y estaban a punto de disparar…».

Parece que me tomaron por un terrorista. Para ellos, como para su Presidente, todos los «moros» o casi todos somos, sino terroristas, casi…les parecemos como una gota de agua.

No sé por qué el 11 de marzo del 2004 volví a pensar en todo instante vivido aquél 5 de junio del 2003 en Quintas de Mora. Tampoco logré comprender por qué me vino a la memoria la imagen y el elíptico «interés» de José María Aznar con su mueca, medio burlón, medio ilustrativo de lo que «sentía» por Marruecos y por los marroquíes. En cambio me era familiar la cortesía de un hombre, como el Primer Ministro de Marruecos que, para no dejar esperar a su homólogo español, dio el «portazo» a la televisión estatal.

Fue el epítome de una legítima duda en torno a lo que, para mí, era una incómoda verdad sobre un gobierno y su presidente que, por razones que sólo ellos conocen, aprendieron a no confiar en su vecino del sur y que, por las crisis vividas y la naturaleza de sus desenlaces, esperaban proclamar un día que «… cautivo y desarmado… Marruecos….).

No pudo ser así y las cosas tomaron otro rumbo… gracias en parte a que, ante los complejos de superioridad geopolítica de algunos gobernantes en España y su memoria, respecto a su vecino del sur, nefastamente selectiva, Marruecos demostró siempre ser adulto y estar vacunado.

Espada de nadie.

Entiendo también (porque así me lo imaginé desde el primer instante en que vi los resultados de la instrucción del 11-M y el consiguiente desenlace de su proceso judicial) que en mi calidad del único musulmán testigo de su tiempo en este entreverado asunto, debo imperativamente tomar una palabra que ningún juez me ha dado.

Así fue… años después… desde la otra rivera del Estrecho de Gibraltar… Mi palabra se llama: «11-M: MADRID 1425».